

EL
DESTINO
DEL ORELUM



RAQUEL VALENCIA

EL DESTINO
DEL ORELUM

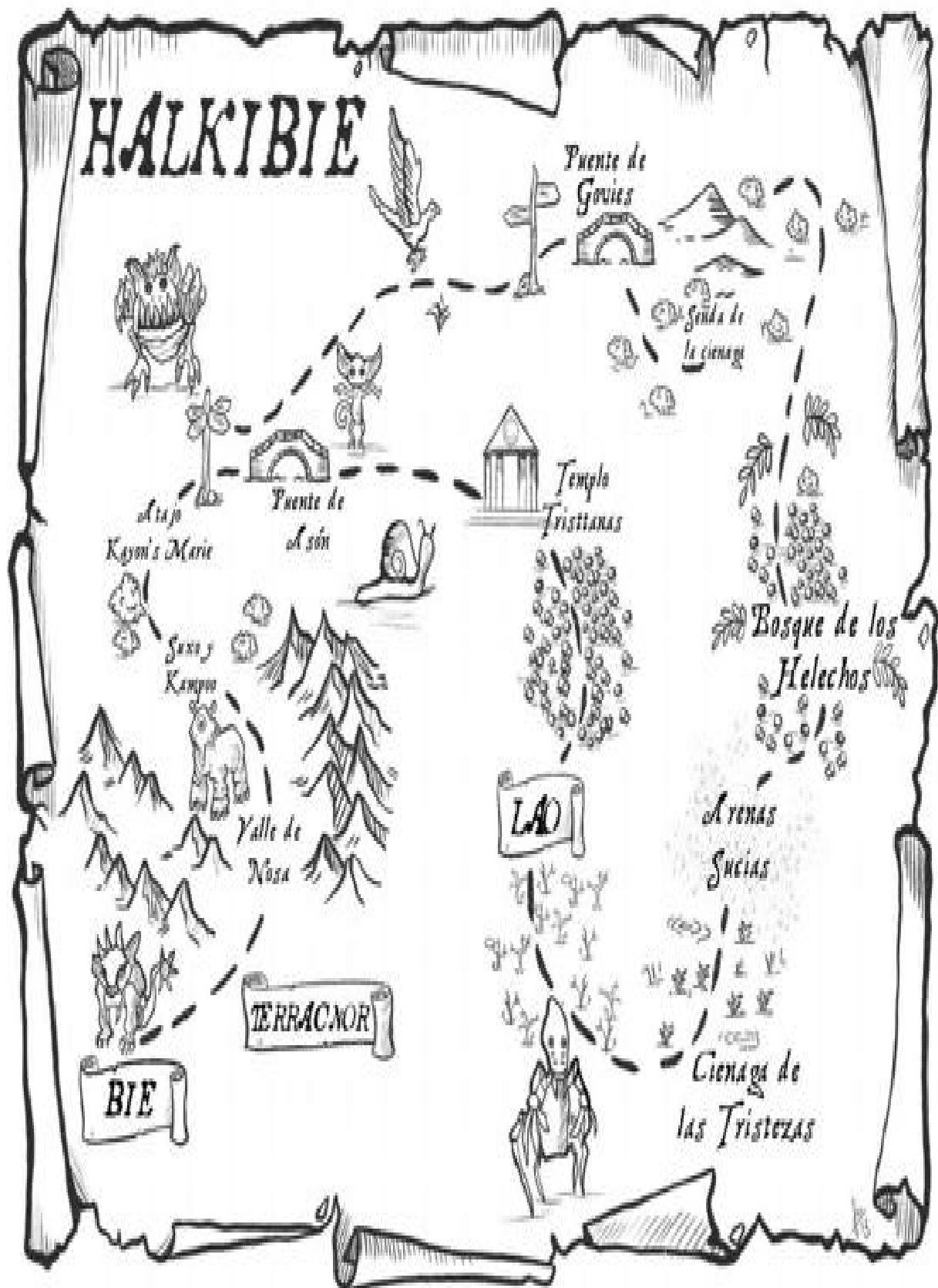
RAQUEL VALENCIA

Primera edición: 2023 ©Raquel Valencia
Maquetación: Raúl Alcantarilla
Diseño de portada: Eva de José González (@lluvia_de_acuarelas)
Corrección: Mayte Velilla y Ana González Duque
Ilustración del mapa: Sara Ávila
Ilustración de los separadores: Alderdoodle
Ilustraciones del bestiario: Iñigo Miranda
ISBN: 978-84-09-53516-3
Depósito legal: LG G 00588-2023

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*A veces sueño que los dragones no existen,
menos mal que me despierto y los veo volar.*

HALKIBIE



1

¿Quién no ha sentido alguna vez miedo? A veces el miedo surge por no poder evitar el sufrimiento de un hijo, un hermano, una madre o una amiga. Se apodera de ti como un veneno que invade cada poro de la piel ante la incertidumbre de no poder protegerlo de un peligro evidente. La opresión en el pecho, la ansiedad amarrada a la garganta y los pensamientos revueltos, desorientados, persistentes. El miedo se convierte en obsesión si la clave para resolver el peligro está en manos de un hijo de cuya actitud depende el futuro de miles de personas.



Asón apoyó la mano en el hombro de su mujer, Nansa, que miraba ensimismada a Thery mientras dormía.

Debían marcharse enseguida. Adal Istroval los esperaba en el coche para cumplir la misión: cerrar el portal antes de que lo atravesaran los guerreros procedentes de Halkibie.

Días atrás habían aniquilado a un grupo de mercenarios a los que vencieron y ahora debían evitar un nuevo ataque antes de que fuera demasiado tarde. Era evidente que ya no estaban seguros en Santander y debían proteger a Thery.

De madrugada, Asón y Nansa habían redactado una carta donde le explicaban sus orígenes, el poder que tenía y los pasos que debía seguir en caso de estar en peligro. Después de meter en el sobre una foto que la ayudaría a entenderlo todo, lo escondieron tras el lienzo en blanco que cubría la pared principal del salón.

—Debemos despertarla —dijo Asón a su mujer—. Se hace tarde.

Nansa se sentó en el borde de la cama y acarició con suavidad a Thery antes de susurrarle al oído:

—Felicidades, cariño.

Querida Thery:

Felicidades. Hoy cumples dieciocho años. Es una fecha importante. A partir de ahora podrás tomar decisiones y hacer cosas que antes no podías por ser menor de edad. Pero también ha llegado el momento de que sepas quiénes somos en realidad y de dónde venimos. Espero que tengamos la ocasión de contártelo en persona, pero, por si no es posible, al menos, te lo explicamos por escrito. (Yo tan exagerado como siempre estarás pensando).

Quizá lo que vas a leer, te resulte descabellado y propio de un cuento de ciencia ficción o fantasía, pero es cierto.

¿Recuerdas todas esas historias de dragones y tierras extrañas que te contábamos de niña sobre un lugar imaginario llamado Halkibie?

Pues bien, no todo eran relatos de fantasía.

Contarte aquellas anécdotas en forma de cuentos era la manera de no olvidar nuestro pasado e ir poniéndote en antecedentes por si en algún momento el pasado nos acechaba.

Verás, cariño, hace muchos años (no te puedo precisar cuántos porque no lo sé) un grupo de científicos halló la manera de acceder, a través de portales, a otros sistemas solares. Después de múltiples investigaciones, descubrieron uno a millones de años luz del nuestro, dispuesto en una vertical simétrica.

De todos los planetas existentes en él, Halkibie era el único habitable por su similitud a la Tierra. Por eso, desde hace al menos un centenar de años, ingenieros, exploradores y científicos estudian las condiciones de vida en él. El aire resulta más liviano que aquí y la flora y la fauna son muy distintas a las de nuestro planeta, con criaturas que parecen sacadas de la prehistoria.

Una de las tierras de Halkibie es Lao, el pueblo del que proviene tu madre, un lugar apartado habitado por dragones (sí, has leído bien), piasas (mitad humanos, mitad dragones) y un ejército compuesto por monjes, que viven al margen de los otros pueblos.

Otra de las tierras es Terractnor, el pueblo donde llegaron los primeros científicos, que iniciaron una convivencia pacífica durante años con los habitantes de aquellas tierras, los terractnores. Poseían una energía interna que los guarecía de los peligros envolviéndolos en un aura. Eran educados de pequeños para canalizarla y, en caso de ser atacados, poder defenderse bien con este aura o activando la energía con una descarga que inmovilizara o destruyera la amenaza que los acechaba.

De aquel mestizaje nacieron descendientes. Con el tiempo, descubrieron que algunos de ellos no tenían el poder de utilizar su energía interior e inventaron argucias para conseguirla a costa de las vidas inocentes de quienes sí la poseían, llamados candiles. Cuando los habitantes originarios de Terractnor lo descubrieron, se llenaron de ira, condenaron a los mestizos al ostracismo y estos se instalaron en una nueva tierra, Bie (en su idioma ancestral y ya en desuso «destierro»).

La envidia de los de Bie se transformó en codicia por obtener toda la energía posible matando candiles. Forjaron un amuleto llamado Orelum con los huesos de sus víctimas e instauraron el día del Vulrum, su particular fiesta de la cosecha de energía. Durante años engañaron a la población, las generaciones alumbradas allí y a los reclutados de la tierra con falsos argumentos para que donasen sus corazones. Inventaron un lugar llamado Sortine, una tierra en la que los candiles residían tras la entrega de energía.

Imaginamos que estás muy sorprendida con esta historia que, en realidad, es la tuya, la nuestra, la de nuestros antepasados.

Tú no eres adoptada. Hicimos creer a todos que lo eras para protegerte por si eras portadora de un corazón generador de energía. Será ahora, a partir de tu mayoría de edad, cuando podrás desarrollar y utilizar tu poder. Empléalo para protegerte y ayudar a tu pueblo.

Coudet, una de las componentes más

importantes del Concejo de Bie intentará por todos los medios aniquilarte si descubre que existes. De ahí nuestro afán por protegerte, más aún ahora que sabemos de tu poderosa energía, tal vez, fruto de tu mestizaje, eres descendiente de Lao-Bie, y de tu nacimiento en la Tierra.

Los Terractnores intentarán aliarse contigo para vencer a los Bienses. Los dragones de Lao te protegerán siempre porque eres parte de su estirpe.

Ojalá podamos contarte tu historia nosotros mismos. Si no fuera posible, esperemos que estas palabras te ayuden a encontrar tu camino. El anillo te protegerá y contendrá tu energía hasta que seas capaz de controlarla de manera consciente.

Pase lo que pase, te queremos.

Papá y mamá.

2

EN LA ACTUALIDAD

Thery ahogó un grito entre las sábanas y se despertó. Le dolía la cabeza de tanto apretarla contra la almohada y el resto del cuerpo estaba entumecido de la tensión. Otra vez aquel sueño. El mismo desde que perdiera a sus padres en un accidente de tráfico justo el día en que cumplía los dieciocho. Habían pasado ya doce años y lo recordaba como si fuera ayer. Ahora rememoraba el sueño recurrente, en el que realidad y ficción se daban cita en forma pesadilla.

Thery soplabla las velas de su cumpleaños entre sonrisas y besos, aún metida en la cama. Sus padres tenían prisa, pero le habían prometido celebrarlo con una cena en su restaurante preferido cuando terminaran de trabajar. Para compensarla, le entregaban el primer regalo: un anillo de oro blanco formado por dos aros engarzados. Se lo colocó, movió la mano con delicadeza y sonrió al ver lo sencillo y bello que resultaba en su dedo.

—No es un anillo cualquiera, cariño —le aseguró su madre—. Te protegerá, traerá suerte a tu vida y, quién sabe, si el amor.

—Al final tienes dos anillos en uno, se complementan a la perfección —sonrió su padre—. No te lo quites nunca, cielo —apostilló—. Contendrá toda la fuerza y energía de tu interior. También es el símbolo de la alianza con nosotros y con nuestro pueblo.

—Mira que eres, Asón —lo interrumpió Nansa al ver el desconcierto en el rostro de Thery—. Es un símbolo de amor y de unión con nosotros y nuestra familia. Es idéntico al que llevaba tu abuela —dijo dirigiéndose a la chica.

—Os quiero. —Thery los achuchó—. Os quiero tanto, tanto, tanto...

Se levantaba, los acompañaba hasta la puerta y después se asomaba a la terraza para despedirlos. Observaba cómo se metían en el coche de su amigo y compañero de trabajo Adal Istroval y, tras unos segundos, el vehículo se ponía en movimiento. Mientras su cabeza revoloteaba entre qué ponerse aquella mañana y lo que cenarían esa noche, el coche explotaba y ella despertaba chillando aterrorizada.

Desde hacía unos meses, el sueño se había modificado. Mientras ella pensaba en la cena de cumpleaños, de la nada aparecía un dragón gigante sobrevolando el coche. Como si fuera su guardián, el dragón los escoltaba cuando el vehículo se ponía en movimiento, seguido por un séquito de monjes con túnicas azul turquesa e insignias en el pecho de lapislázuli que custodiaban el coche por ambos flancos, perdiéndose en el horizonte en lugar de explotar.

¿Por qué había cambiado el sueño recurrente durante años? Quizá tuviera algo que ver el extraño monje con el que se había cruzado a las puertas de su trabajo uno de los días que había decidido ir andando. El hombre había mirado con atención el anillo y le había dicho que era el símbolo de la alianza con su pueblo.

Thery se disculpó con la excusa de llegar tarde al trabajo y dejó al monje hablando de la

necesidad de utilizar la energía positiva para alcanzar la paz y el equilibrio. Seguro que practicaba meditación o alguna cosa de esas de vida contemplativa, como Iris, pensó Thery antes de acelerar el paso y atravesar la puerta de la oficina.

3

El general Blantz estaba sentado en una piedra frente al río.

El atardecer le regalaba una fresca pero suave brisa, nada propia de finales de febrero. Mecía los cerezos, que ese año tenían prisa por florecer. Los rayos anaranjados del sol se escondían tímidamente mientras él pensaba en sus guerreros y en sí ellos también habrían sido capaces de esconderse para evitar ser reconocidos en la Tierra. Su hombre en la sombra, Dobres, era su última esperanza de encontrar a su nieta y protegerla. En cuanto supo de su existencia gracias a Abionzo, se convirtió en su prioridad.

Los dragones compartían un fuerte vínculo, que les permitía sentir los corazones de sus congéneres sin importar la distancia. Dicho vínculo era más fuerte aún, si eran de la misma familia. Por eso Abionzo sentía la presencia de Thery aunque le resultaba confuso y débil, pues no podía situarla en el mismo plano e imaginó que no se encontraba en Halkibie. El general debería de contar con él por su nieta.



Halkibie estaba en una situación de extremo peligro. Bie y Terractnor se enfrentaban sin tregua por mantener o destruir el Orelum, ese maldito amuleto de cuya energía dependía la existencia del planeta. Los de Bie necesitaban trasladarse de inmediato a la Tierra, capturar y regresar a Halkibie con el mayor número de humanos candiles posible, cuyo corazón mantuviera la energía del Orelum durante otros cuatro años.

Con el tiempo, parte de la población empezó a cuestionarse si aquella costumbre de sacrificar a los candiles era necesaria, si no se podía buscar la manera de no acabar con sus vidas.

Entonces surgió una idea en el Concejo, los candiles tendrían la oportunidad de escoger vivir en una isla remota llamada Sortine, la elegirían si así lo deseaban o volver a su lugar de origen, el regalo con el que los premiaban tras su entrega de energía. Al ver aquella tierra prometida aceptaban el presente y no se les volvía a ver.

La realidad era bien distinta, era un burdo truco para que el pueblo no se enterara de que seguían siendo sacrificados. Les contaban que habían ido a la tierra inventada, les enseñaban cartas de despedida escritas de su puño y letra. Usaban todo tipo de argucias para mantener el engaño. Así consiguieron apaciguar por un tiempo a los divergentes.

El general ya no estaba seguro de nada. A pesar de pertenecer a Bie y acatar con firmeza todas las normas. Ahora dudaba en querer seguirlas. Todo había cambiado.

El general Blantz sabía que los terractnores estaban hartos de aquellas guerras y él también. Los entendía a la perfección. Los de Bie fueron expulsados de las tierras fértiles repletas de materias primas y energía por no querer someterse a las leyes de Terractnor y por las aberraciones cometidas a los candiles. Desde entonces, luchaban contra ellos por arrebatárles su poder.

El Orelum era lo único que permitía a los bienses mantener su territorio, aunque solo ofrecía una energía efímera que recargaban a base de vidas inocentes. Eso suponía que, al debilitarse su poder, estuvieran expuestos a ser conquistados.

El trayecto hasta el Templo de Tristtanas donde tenía lugar el intercambio de energía era muy peligroso, lleno de trampas que ponían los terractnores y los de la propia naturaleza del lugar. Este era año de cosecha de energía, estaban a punto de celebrar la ceremonia y no podían ofrecer nada por no haber encontrado candiles cuyos corazones tuvieran suficiente energía. Si no conseguían renovarla, el día del Vulrum perderían la guerra sin remedio y no tendrían ni con qué luchar si los terractnores decidían atacar.

El planeta estaba inmerso en una guerra sin cuartel entre dos de los tres territorios que lo componían. Al margen, estaban los dragones en Lao sin querer saber nada de uno ni de otros. Aunque eso ahora podía cambiar tras la aparición de Thery, por ser la hija de Nansa y de su hijo Asón.

Por eso, Blantz había trazado un plan propio, al margen de los intereses de su pueblo: buscar a su nieta y ponerla a salvo como fuera. La situación se había complicado en exceso. Atrás

quedaron los tiempos en que los tres pueblos convivían sin tensiones, cada uno aportando lo que era necesario para vivir en paz. A pesar de haber sido desterrados, los de Bie, prometieron enmendar su comportamiento. Pronto su naturaleza salió a la luz, no iban a cambiar.

Desde que construyeron el muro que separa Bie de Terractnor, los enfrentamientos no daban tregua. En Bie se quedaron con el Orelum, pero en el otro lado tenían la energía. Y ahora luchaban de manera incansable para hacerse con el poder, unos y otros. Mientras tanto, habían aniquilado a cientos de humanos para alimentar con sus corazones aquel pozo sin fondo. Seguro que las autoridades de la Tierra no tardarían en darse cuenta y entonces tendrían otro conflicto más que añadir a la lista.

Blantz ya había perdido demasiado. Su amplia experiencia e integridad en el arte de la guerra le habían forjado desde joven una reputación intachable. Años atrás, hasta tuvo que desterrar a su propio hijo y a su nuera, por incumplir los protocolos establecidos. Pero ese no fue el único suplicio que tuvieron que superar él y su mujer, Arenal. Aún quedaba lo peor. Les conmocionó la noticia de la muerte de ambos junto a Adal Istroval. Ese día algo en el interior de Blantz cambió. Sus ideas comenzaron a distanciarse de las de su pueblo, aunque no lo supiera hasta mucho más tarde.

Blantz pensaba en lo dura que había sido la vida de todos, hasta la de su peor enemiga. No había nada más doloroso que la muerte de un hijo y él lo sabía por experiencia, pero esto no justificaba la maldad de Coudet. El general sabía de lo que era capaz. Estaba convencido de que ella era la única responsable de la muerte de Asón, aunque no tenía pruebas. Y era muy consciente de que con Thery no se lo iba a poner fácil. Estaba seguro, gracias a un agente doble, de que Coudet sabía de su existencia e iba a tomar cartas en el asunto.

Con el paso del tiempo, todos habían cambiado en Bie. La gente ya no respetaba los protocolos e incluso se marchaba por voluntad propia a la Tierra en cuanto podían, poniendo en peligro la estabilidad del lugar. De ahí que los portales estuvieran protegidos por coordenadas. Muchos decían ir a Sortine, la Tierra inventada, cuando querían abandonar Bie cada vez más devastado. Blantz no pudo evitar sonreír. El Concejo engañaba al pueblo diciéndole que llevaban a los candiles autóctonos y los capturados en la Tierra a ese sitio paradisíaco y ahora la élite asistía atónita a la desbandada propiciada por su propia mentira.

Por eso, cuando encontró a su nieta, lo tuvo muy claro y más sabiendo que Coudet también la buscaría para matarla, como venganza, por la muerte de su hijo al intentar perpetuar el Orelum.

Blantz sabía que esta era su última oportunidad para rescatar a su nieta y lo arriesgaría todo para conseguirlo. Por eso, en esta misión crucial había infiltrado a Dobres y tenía su propio equipo trabajando oculto.

Además, sabía que, a estas alturas, Abionzo ya había ordenado a sus dragones buscar a su nieta y, si no habían dado con ella aún, era cuestión de tiempo. Nansa fue muy importante en la corte de Abionzo. Cuando murió, el gran dragón mandó a Blantz y Arenal sus condolencias a través de una carta donde también dejaba claro que buscaría a su nieta para cuidarla, fue entonces cuando sus prioridades cambiaron. Eso debían haber hecho ellos desde el principio y, sin embargo, a pesar de que Arenal no había dejado de insistir desde entonces, Blantz no había hecho caso.

Respiró hondo y entristecido al recordarlo, esperaba la llegada de los encargados de dirigir el equipo que viajaría a la Tierra mientras recapacitaba sobre la decisión que había tomado. Tenía que adelantarse a los acontecimientos. Por ese motivo, días antes, al darse cuenta de lo difícil que sería poner a todo el mundo de acuerdo, reclutó a los integrantes encargados de la misión oficial, al margen de lo que acordara el Concejo. Quería ganar tiempo, pues sabía que darían el visto bueno, pero la burocracia retrasaría el viaje y la misión días.



—General —oyó una voz ronca llamarlo—. ¿Está listo para el Concejo?

—Claro, Dobres. Estaba pensando en todo lo que nos espera.

—Capitaneados por Maxt, los reclutadores sabrán hacer su trabajo. A pesar de su juventud, son muy buenos —aseguró Dobres.

—¿Recuerdas lo que debes hacer al llegar o lo repasamos?

—Lo tengo claro. Gracias por confiar en mí. No le defraudaré —aseguró el guerrero—. Tenemos que actuar con rapidez. Le prometo que haré bien mi trabajo.

Al poco aparecieron Flinner y Maxt, y entre los cuatro repasaron el plan. Llegarían a la Tierra como una delegación comercial e instalarían su base en Santander, donde tenían un enlace en una empresa. Serían los proveedores potenciales a los que siempre se acoge bien. Desde ahí se moverían dependiendo de las necesidades de la misión y la suerte que tuvieran ojeando a los posibles candiles y guerreros. En sus manos estaba convencerlos para que viajaran con ellos a Bie, ofreciéndoles maravillas tan inexistentes como Sortine o raptarlos si se negaban. Para solventar cualquier complicación llevaban los medallones protectores y los brazaletes medicalizados. Además, disponían de inhibidores, transpondedores y un coordinador de portales. Desintegradores de partículas, activadores de reconocimiento facial (ARF), gafas de protección lumínica, veneno en las armas blancas y balas lumínicas, además de las de fuego.

4

Thery llevaba semanas debatiendo consigo misma. Dudaba si había hecho bien en pedir el traslado. Por un lado, le encantaba trabajar en los grandes almacenes, sobre todo, por la gente que había conocido. Los compañeros, en especial Jon, eran amables con ella y aceptaban sus rarezas, y su jefe era comprensivo y nunca había tenido ningún problema más allá de los puntuales de su trabajo. Por otro lado, no quería seguir en la ciudad donde todo le recordaba a sus padres. Además, le gustaba Jon y le partía el corazón ver cómo, a pesar del cariño que el joven le profesaba, bebía los vientos por Deba, otra compañera de departamento. Sabía que tenía que marcharse de allí, si quería ser feliz. Por mucho que le doliera, debía comenzar de nuevo.

Llevaba años en el departamento de administración de los grandes almacenes y le encantaba su trabajo. La única pega era que las oficinas estaban en el subsuelo y le pesaba no ver la luz del sol, pero los números eran lo suyo. Eran fiables y fáciles de controlar. Por eso nunca había pensado en cambiar de oficio, sino de lugar donde realizarlo. Además, la empresa era considerada con los trabajadores, los incentivaba por las ideas de mejora y no ponía inconveniente para coger los días de asuntos propios, la conciliación familiar o si pedían algún favor, eso la reconfortaba.

También, había muy buen ambiente entre todos los compañeros. Sin ir más lejos, un grupo llevaba semanas organizando una fiesta de disfraces a la que Thery no quería ir. Coincidió con su cumpleaños y el aniversario de la muerte de sus padres. Los compañeros insistían en lo divertida que resultaría y en los disfraces tan espectaculares que iban a lucir, aunque ya la conocían lo suficiente para saber que en un día así, con aglomeraciones y disfraces de por medio, no iba a tener ganas de fiesta.

5

Los integrantes de la expedición se habían congregado en casa del general Blantz con el fin de ultimar los detalles de la misión y esperar al alcalde que les entregaría las coordenadas de acceso al portal para llegar a la Tierra.

En Bie se había extendido el miedo a la invasión de otros pueblos, sobre todo entre la élite del Concejo, aunque no tenía sentido porque, como todos sabían, los bienses preferían emigrar a tierras con más recursos. Estaban en una encrucijada.

A pesar de esa contradicción, cada vez que abrían un portal de acceso a la Tierra, extremaban la seguridad para evitar un éxodo migratorio.

Esto ponía en peligro a los soldados de Blantz, quienes muchas veces se veían perdidos en la Tierra hasta que lograban contactar para abrir de nuevo los portales.

Mientras esperaban, el general hablaba con el capitán Maxt sobre Flinner. Aquella iba a ser la primera misión en la que participaba. El sobrino de Blantz estaba capacitado para viajar y tenía intuición para identificar candiles, pero su ímpetu podía ponerlos a todos en peligro. Blantz aún no le había perdonado sus salidas de tono en el Concejo que decidió sobre esta misión. Hubo momentos muy tensos en la reunión, en especial, cuando Flinner intervino en una discusión en la que los integrantes no se ponían de acuerdo sobre los pasos a seguir:

—Un poco de silencio —pidió serio Flinner—. Estamos todos de acuerdo en que hoy tomamos una decisión importante para los habitantes de Bie. Nos va la vida en ello, nunca mejor dicho.

—Flinner, ¿qué estás haciendo? —le preguntó enfadado Blantz para impedir que siguiera.

—Tenemos pocas alternativas —contestó mirando a los miembros del Concejo—. Estamos al borde de la aniquilación. No es ningún secreto.

—No procede decirlo de esa forma —espetó el alcalde Hankli—. Tienes la actitud de un niño enfadado.

—Da igual cómo lo diga. Se puede explicar con otras palabras, pero es imposible ocultar la evidencia —contestó Flinner.

—Ya está el rarito con sus trabalenguas —masculló uno de los ancianos—. Se libra porque es el sobrino del general, si no... se llevaba un puntapié.

—Basta, señores —intervino el general para apaciguar los ánimos—. El muchacho tiene razón. Bie está en una situación complicada. No perdamos más tiempo y busquemos una solución ya —dijo controlando la ira que sentía hacia Flinner por haberse extralimitado.

Desde ese error que soliviantó al Concejo, Flinner se había comportado como un soldado cabal. De hecho, era quien más se había esforzado para que no faltara ni un detalle en el material que debían transportar, pero, aun así, Blantz dudaba si estaba preparado para la misión, entre otras razones por que podía poner en peligro la estrategia alternativa de Dobres.

En todo esto pensaba cuando apareció el alcalde Hankli quien, al parecer, tampoco lo tenía

claro porque, antes de darles las coordenadas, llamó aparte a Maxt y Blantz.

—¿Estáis seguros de lo que vais a hacer? —preguntó mirando a Flinner que se encontraba a varios metros de distancia departiendo con otros guerreros.

—Es despistado, algo torpe y demasiado hablador, pero tiene buen corazón —susurró el general.

—Necesitamos guerreros, no melindres, Blantz.

—No en la Tierra —intervino Maxt convencido—. Lo mismo que hay colonizadores por naturaleza, hay gente de buen fondo. Y él los sabe detectar mejor que nadie. Su intuición nos puede ayudar a reclutar no solo a los candiles que necesitamos, sino a los guerreros. Hankli, confíe en mi instinto.

—De acuerdo, Blantz. Confío en tu criterio —tras un instante de silencio con la vista puesta en Flinner, continuó—. Suerte. La vais a necesitar.

—Gracias, Hankli. Por favor, no seas tan negativo.

6

La mañana comenzó para Thery como el resto de las de esa semana: sueño torturador, plagado de dragones y agobio por el cambio de trabajo. Luis, su jefe, le había dicho que el traslado era inminente y aún no lo sabían sus compañeros, ni siquiera Jon. Además, para rematar el día, era su cumpleaños y el aniversario de la muerte de sus padres. Cuando acabara de trabajar, necesitaba ir al cementerio, mientras todos sus compañeros se preparaban para la fiesta de disfraces.

Al salir de casa, se encontró en el rellano una tarta con una nota de sus vecinas: «Muchos besos y abrazos en este día tan especial. Esperamos endulzarte un poco el finde. Iris e Ingrid. PD. Esta tarde subimos a probar la tarta y a despedirnos antes de marcharnos».

No pudo evitar llorar. Era indudable que, cuando se mudase, echaría a muchas personas de menos, más de las que en principio pudiera pensar. Sus vecinas eran tan amorosas con ella que ahora se sentía desagradecida por marcharse y no haberles dedicado más tiempo.

Ya en la calle, le costó encontrar el coche. Siempre olvidaba dónde lo había aparcado el día anterior y se preocupó porque iba tarde. Aquella sería una mañana dura. Ni siquiera la broma que mantenía con Jon a primera hora aliviaría el peso que sentía en el corazón. Desde que se conocían, jugaban a buscar una profesión más acorde con Jon porque el chico quería convertirse en emprendedor. Ansiaba un negocio propio.

Ella necesitaba un cambio real y su compañero no iba a proporcionárselo. Llevaban tiempo siendo amigos y no había posibilidad de que fueran nada más, reflexionó con tristeza, aunque tampoco estaba segura de que lo que sintiera por él fuera amor, cariño seguro y atracción, pero no amor. Thery había cumplido treinta años, quería encauzar su vida y no sabía cómo. Si fuera más atrevida se sinceraría con Jon. Ni siquiera había sido capaz de contarle que había pedido el traslado. Solo lo sabía Luis porque no había quedado más remedio. Al final, era la relación más sincera que tenía. Resopló resignada pensando en el día que le esperaba.

Al llegar al parking del trabajo, sus pensamientos se escaparon de nuevo hacia sus padres y sacó la foto que guardaba en la guantera. La besó y la estrechó junto a su pecho para que le dieran fuerzas antes de dejarla en el mismo sitio.

Buscó en el bolso la tarjeta de fichar, pero no la encontró. Echó un vistazo en el vehículo, palpó encima de los bolsillos y empezó a inquietarse al notar que tampoco la tenía. Salió del coche nerviosa. Volvió a revisar el interior del vehículo y después el bolso. Trastabilló por no prestar atención. No había rastro de la tarjeta. Con lágrimas de impotencia y agobiada porque llegaba tarde, cerró el vehículo y se dirigió a la entrada limpiándose la cara e intentando tranquilizarse para que nadie notara su angustia.

Ahora la tocaría lidiar con Toño, el de seguridad para que le diera un pase de día.

Iba tan absorta buscando una solución que apenas se dio cuenta de que un coche casi la arrolla.

Por suerte, su compañero Ignacio la agarró del hombro mientras increpaba al conductor.

—Buenos días, Toño, no encuentro mi tarjeta —dijo, mientras su compañero Ignacio entraba y se quedaba esperándola—. Mi número de operario es el 11799. Esther Arantiones Esles.

—A ver... —Sonrió con sorna el vigilante—. Miro a ver si trabajas aquí y te doy un pase de día.

—Venga, Toño, no me entretengas que llego tarde —dijo la muchacha—. Luego subo a administración para que me den otra tarjeta.

—Señorita Esther Arantiones Esles. Por fin, he descubierto el nombre que se escondía bajo el diminutivo de Thery. Muy bien y encima me debes un café. Quiero un capuchino. Mmm...

—¡Porque tú lo digas! —exclamó—. No, si todavía llegaré tarde. Dame el pase, anda. Eso del café te lo has sacado de la manga.

—Ah, con que esas tenemos... Pues por indisciplina ante la autoridad..., me debes un café y un bollito. No te olvides mañana —la advirtió entregándole un pase.

—Por ser tan amable te invitaré al café, pero el lunes. Mañana es sábado y yo no trabajo —comentó Thery—. Y será sin bollito. *Toñito*.

—Pero, ¿qué os pasa? ¿Ya estáis otra vez discutiendo?—preguntó Jon que llegaba en ese momento.

—Si no es por una cosa, es por otra, —sentenció Ignacio resignado mientras tecleaba en el móvil.

—Nada, este que no sabía cómo hacer para que le pagara el café y se ha inventado que le debo uno por darme un pase de día.

—¿Sabías que se llama Esther? —preguntó el vigilante sonriendo.

—Claro —asintió Jon.

—¿Qué hiciste para que te lo contara? —preguntó.

—La invité a un café —guiñó el ojo a Thery, mientras esta cabeceaba—. Y a un bollito —concluyó entrando en el ascensor al que sus compañeros ya habían entrado.

Thery pulsó el botón mientras lanzaba un bostezo que les contagió y el ascensor descendió al subsuelo uno.

—¿Ya me has buscado profesión hoy? —preguntó Jon componiendo una sonrisa cómplice.

—Por supuesto, jefe —dijo Thery—. Podrías ser modelo. Con tu metro ochenta y cinco, tu complexión atlética y tu pelo rubio darías el pego, aunque eres un soso; o si no, ¿qué te parece montar una cafetería o un spa?

—Buff. El spa no va conmigo y lo de la cafetería no lo veo, seguro que tendría a alguno todo el día tomando café y bollitos —se carcajeó—. Así no voy a poder contratarte, tenemos que dar ya con el negocio apropiado. Y sí, tienes razón. Soy un soso, pero no valgo para modelo. Además, no podría contratarte.

—Al paso que vamos, seguro que emprendo yo antes que tú —bromeó—. Ya buscaré otras alternativas para el lunes. Podría ser tu agente si fueras modelo.

—Podríaís comprar esta empresa, llevarla entre los dos y hacerme vuestro consejero particular —intervino Ignacio mientras guardaba el móvil—. Así no tendría que madrugar y casi ser

arrollado por Jon cuando llega tarde —se dirigió a él en tono socarrón.

—Lo siento, chicos, no os he visto —se disculpó el muchacho—. ¡Menudo susto!

—Susto el de Ignacio. Yo ni me he enterado hasta que me ha agarrado él. Gracias de nuevo por salvarme de este malhechor, mi caballero andante. —Se rio Thery mientras se abrían las puertas del ascensor y ellos sonreían...

Al salir, tropezaron con un chico que entraba en el ascensor a toda prisa. Casi se lleva por delante a Thery quien, al chocarse con él, sintió calambre. A la chica le llamó la atención su altura y su complexión fuerte, pero sobre todo, que ya fuera vestido para la fiesta de disfraces.

—Tan pronto y ya viene disfrazado —comentó ella—. Y menudo brío, casi me lleva por delante.

—Parece salido del futuro con ese traje y esas botas de neopreno —añadió Ignacio.

—Lo mismo viene de otra fiesta —añadió la chica.

—Hablando de fiestas —dijo Jon dirigiéndose a Thery—. Si cambias de opinión y quieres venir, avísame y te recojo.

—No te preocupes, prefiero quedarme en casa. Además, he quedado con mis vecinas para tomar algo. Si no nos vemos luego, disfrutad mucho —dijo con una sonrisa antes de que los tres cogieran distintas direcciones.

Caminó tranquila, saludando a su paso a los compañeros, con la extraña sensación de que alguien la vigilaba. Se giró un par de veces, pero no advirtió nada extraño. Se volvió una vez más y dio un respingo. Un muchacho la observaba desde la distancia. Por unos instantes, ambos se miraron, retándose. Thery no pensaba apartar los ojos hasta que él lo hiciera, pero en ese momento sintió una mano en su hombro y se asustó.

—¿Qué miras? —preguntó Deba—. Estás ensimismada.

—Nada, me había parecido ver a alguien desconocido —contestó.

—Será uno de los nuevos —apuntó Deba mirando hacia el chico que desapareció al instante.

—Pero, ¿los nuevos no entraban el lunes?

—A lo mejor empiezan hoy, como toma de contacto, yo qué sé —bromeó—. Puede ser uno de los comerciales que venían esta semana a hablar con Luis por el tema de los suministros. Ya sabes que quieren cambiar de proveedores.

—Ah, es verdad. Luis me comentó qué tal vez vinieran antes del fin de semana —recordó Thery—. Bueno, me voy que tengo mucho lío. Luego nos vemos.

—¡Que pases un buen día, rubita!

—¡Y tú! —respondió mientras se alejaba buscando de nuevo al misterioso retador de miradas.

7

Maxt llevaba casi media hora esperando en el aparcamiento con el silenciador preparado. Se había escondido tras una columna, cerca del sitio donde Thery aparcaba de forma habitual, como había visto revisando las cámaras de seguridad. Según Luis, la muchacha era muy puntual y solía llegar sobre las siete menos diez.

Doce minutos la separaban de su final. El guerrero tendría el tiempo justo para descerrajarle dos tiros y salir del aparcamiento antes de que llegara el resto de personal. Luego se cambiaría de ropa y se incorporaría al resto del equipo que seguían con el plan establecido.

A la hora prevista oyó un coche acercarse. Era ella. Estaba a escasos metros de la chica y desde allí apreció su rostro serio que emanaba tristeza. Le llamó la atención su belleza, aunque supuso que era una forma de camuflar la maldad, de la que le habían advertido Coudet y sus consejeros durante años, en un cuerpo que no pareciese hostil.

Estaba preparado para disparar a quemarropa en cuanto bajara del vehículo, pero mientras esperaba sucedió un imprevisto. Thery abrió la guantera del coche y vio cómo sacaba un papel que besó y abrazó, antes de volver a guardarlo y limpiarse las lágrimas.

Esa actitud lo descolocó por completo. ¿Qué clase de monstruo era? ¿La chica tenía sentimientos? Coudet le había hablado tantas veces de su fiereza terrible ante los adversarios, de su falta de compasión ante sus enemigos que le desconcertó verla llorar. No parecía el monstruo descrito por Coudet. Aun así, Maxt debía actuar. Así que fijó su objetivo justo cuando la chica se puso como una loca a buscar algo dentro del coche. Se movía tan deprisa que no era posible apuntar con seguridad.

Cuando ya estaba a punto de apretar el gatillo, Thery bajó del coche como una exhalación. Maxt dudó un segundo, acto seguido, oyó unos pasos no muy lejos de él, aunque al girarse no vio a nadie. Centró de nuevo la atención en la chica que seguía en una búsqueda frenética con medio cuerpo dentro del coche. Se acercó un poco más, para centrar bien el tiro. Lo suficiente como para percibir un sutil olor a mandarina. ¿Cómo un monstruo podía emanar un olor tan agradable? La chica tropezó con algo, ahogó un grito y después cerró el coche, pero Maxt no consiguió apretar el gatillo.

Con tanta duda, la joven ya se había encaminado hacia la puerta de entrada y, por el camino, se había encontrado con Ignacio, otro de los posibles reclutados. Quien evitó que la arrollara un coche que llegaba en ese momento. En cuanto el conductor se bajó, lo identificó. Era Jon, el guerrero a quien había estado vigilando, el candil elegido. El mismo con quien se había topado en el cementerio años atrás al dejar las flores en la tumba de su padre. En aquel momento se había dado cuenta del potencial que tenía, pero en esa época tenían demasiados candiles así que lo dejó en la lista para más adelante y por eso habían montado esta misión justo ahora que carecían de buen material.

La escena le había dejado un poco descolocado, debía llevar a cabo su objetivo lo antes posible. Guardó el arma y sacó del bolsillo interior un inyectable que provocaba una muerte rápida y casi indolora. Al final se había apiadado de ella. Ni siquiera se daría cuenta cuando la envenenara. El inyectable tardaría unos cinco minutos en hacer efecto, tiempo suficiente para que la joven llegara a la oficina y se desplomara allí por un fallo cardíaco que parecería una muerte natural. Se encaminó hacia el muelle de carga y descarga para estudiar bien cuándo abordarla. No tenía mucho tiempo porque en breve debía reunirse con Luis en su despacho y aún debía cambiarse. El resto del equipo estaría pululando por aquellos grandes almacenes y no se fiaba de que Flinner supiera comportarse el primer día. En efecto, allí estaban todos menos él, atendiendo a las explicaciones de Luis. No le veía, tal vez se había quedado rezagado.

Entró en el área de oficinas, directo hacia el ascensor por donde aparecería la chica, pero le sorprendió ver a Flinner entrar en uno de los despachos y le hizo una señal para que se detuviera.

—¿Qué haces aquí? —susurró con disimulo cuando estuvo a su lado.

—Estoy investigando —contestó tranquilo—. ¿Por qué aún no te has cambiado? Quedamos en encontrarnos aquí ya cambiados. —Puso una mueca de desconcierto al ver que Maxt aún seguía con la ropa de su tierra, un mono de microfibra y neopreno de color azul que no pasaba desapercibido.

—Estuve explorando hasta ahora —mintió—. Voy a cambiarme y me reúno con vosotros. Debes irte con el grupo de inmediato. En breve, nos espera Luis en el despacho tras el paseo por las instalaciones y no debemos de llamar la atención.

—Pues aplícate el cuento —se enfadó Flinner—. Estoy tan expuesto como tú.

—Tengo que recoger unos planos. Adelántate tú primero. Creo que están en la entrada a recepción, junto al garaje. Ahora me uno a vosotros.

Flinner lo miró un segundo pensativo y se dirigió hasta su grupo que veían cómo se realizaba una carga de mercancía. Dobres los vio desde la distancia inquieto, sacó un dispositivo del bolsillo, tras observarlo su rostro se destensó y volvió a guardarlo. Recibió a Flinner con una palmada en el hombro.

Maxt se aproximó de nuevo al ascensor justo cuando las puertas se abrían y la muchacha aparecía ante él bromeando con los otros dos chicos. Era el momento. Percibió el olor a mandarina de nuevo, volvió a dudar y, si su paciencia se lo hubiera permitido, habría notado el aura protectora de ella, pero solo sintió una descarga que le impidió sacar el inyectable.

Desconcertado por tener que abortar otra vez la misión, casi ni esperó a que salieran del ascensor y subió al primer piso para trazar acelerado un nuevo plan. Cuando las puertas se abrieron, buscó rápido las escaleras para volver a la planta de las oficinas y localizar a la chica.

La encontró cerca de su puesto de trabajo con la mirada fija en un punto. En cuanto se percató del objetivo que observaba, su corazón dio un vuelco.

Descubrió a su grupo en la visita guiada y a Flinner que no apartaba la vista de ella en actitud retadora

Por fortuna, llegó una compañera a saludarla y Maxt pudo darle el segundo toque de atención a Flinner desde la distancia.

8

Jon tenía sueños que estaba dispuesto a conseguir. En el fondo, le hubiera gustado ser guerrero y salvar al mundo, como en los videojuegos o los cuentos de hadas, pero esto era la vida real y no ficción. No quedaba más remedio que ceñirse al plan de ser adulto y tomar las riendas de su vida. Era mozo de almacén en la empresa, un puesto estable con el que no se conformaba. Su época de chiquillo se había esfumado y ahora tocaba centrarse. Quizá el dinero que ahorraba todos los meses le serviría para emprender su propio negocio. ¿Por qué no? Ese era su sueño, su objetivo, y estaba dispuesto a luchar para conseguirlo.

Ese viernes iba a ser diferente, lo presentía. Estaba ilusionado con la fiesta que habían organizado en el trabajo. Se verían en un pub cercano, todos disfrazados. A última hora habían decidido vestirse de vikingos, justo la idea que él había propuesto.

En casa dejaría todo preparado para no perder mucho tiempo en arreglarse después de salir de trabajar. Aunque, antes de volver para disfrazarse, pasaría por el cementerio para comprobar si, como cada año, alguien había dejado tres rosas en la tumba de su padre. Torció el gesto al recordarlo. Habían pasado doce años desde que su padre había muerto en un accidente de tráfico. Desde el primer aniversario de la muerte, alguien dejaba flores en su tumba y, a pesar de que había intentado averiguar quién era, nunca lo conseguía. Tal vez eso le ayudaría a saber algo más de él. No lo había tratado mucho. Debido a su trabajo de comercial, pasaba poco tiempo en casa y cuando venía de viaje, no paraba de discutir con su madre, así que no tenía buen concepto de él. Su padre nunca fue un gran conversador, Adal Istroval era bastante autoritario y cada vez que discutían Jon le recordaba que él llevaba los apellidos de su madre. Tal vez ni fuese su hijo. Cuando desapareció, le quedó un regusto amargo por no haber aprovechado el tiempo juntos. Su madre decía que era un buen hombre, pero con una vida complicada. Con el tiempo descubrió la verdad, tenía una doble vida. Otra familia, de ahí las largas ausencias. Quizá había llegado el momento de dejar de ir al cementerio, pensó compungido. Tal vez sea su otra familia quien pone las rosas. Ya tomaría la decisión más adelante. Se sacudió los pensamientos y se centró en la fiesta.

Podía ser un día importante. Había pensado dar el paso con Deba Lavín, una compañera de administración. Quería impresionarla, pero no sabía cómo. Le hubiera preguntado a Thery por alguna estrategia para conquistar a la chica, pero su amiga era muy espontánea y no se fiaba de ella. Ya lo había puesto en un aprieto el día que los presentó en el ascensor. Aún recordaba las ganas de desaparecer de la vergüenza que pasó. Thery sabía que llevaba semanas buscando una excusa para hablar con Deba. Por eso, una mañana en la que la chica entró con ellos en el ascensor, puso en marcha aquello que, según ella, era un plan sin fisuras.

—Por favor, sujeta el café que llevo el cordón desatado —le pidió a Jon sin dar opción a negarse—. ¿Has visto qué chico *guardacafés*? Es mono, ¿verdad? —le dijo a Deba mientras se

agachaba.

—Parece simpático —afirmó la chica riéndose y apretando los labios ante la mirada atónita de Jon.

—Pues todo tuyo, porque yo solo necesito que me sujete el café mientras me ato los zapatos —guiñó el ojo mientras seguía—. Deba, Jon. Jon, Deba. Es un buen partido y se enfada poco. Y ella —dijo mirándolo, mientras apuntaba con el dedo en dirección a Deba—, es muy callada al principio, pero luego no para.

—Gracias por la información —rio Jon—. Lo tendré en cuenta.

—Ahora que ya os conocéis, te lo mando luego con los albaranes de ayer —dijo dirigiéndose a Deba cuando se volvían a abrir las puertas del ascensor—. Bueno, nos vamos que el chico guardacafés y yo llegamos tarde.

—Hasta luego —se oyó decir a Deba mientras se cerraba el ascensor.

—¿Te ha comido la lengua un dragón? —le espetó a Jon como si nada cuando se quedaron solos.

—¿Un dragón? —repitió estupefacto—. Pero, ¡qué...!

—Si fuese por ti estarías todavía dándole los buenos días —comentó cogiéndole el café—. Esto es mío y tú tienes una cita con esa chica en un rato para darle los albaranes. Así que, hielo roto.

—Yo alucino contigo.

—Sí, me lo dicen mucho —sonrió Thery—. Los albaranes están encima de mi mesa. Cógelos y sube.

¡Cómo para decirle hoy a Thery su plan de declararse a Deba! Era capaz de saltarse la regla de no ir a fiestas con tal de hacer de celestina y esta vez prefería hacerlo a su modo. Solo esperaba tener una mañana movida en el trabajo para que pasara volando la jornada laboral. No había nada mejor que sentirse bien en todos los sitios para estar en paz.

9

—Flinner, no podemos tener contacto con ellos antes de reclutarlos. Podrían sospechar —le susurró entre dientes Maxt.

—Perdona. No he podido evitarlo, pero ella... Es ella. Tenemos que reclutarla, es parte de lo que buscamos. ¿Has visto cómo brilla? Además, tú te has tropezado con la chica en el ascensor. Lo he visto. Así que eso de no tener contacto...

—¿A qué te refieres?

—Te vi.

—Empezamos mal, Flinner.

—¡Esa chica brilla y no sé por qué! Lo importante es que la necesitamos y la tenemos que conseguir.

—No hay tiempo, Flinner. Nos llevamos al guerrero, que se ve claro que es un candil. Todos los que necesitamos estarán en la fiesta, pero la pequeñita luz destellante se queda —bromeó nervioso—. Lo siento.

—No me tomes el pelo. Me has traído aquí porque confías en mí. Nos llevamos a la rubita también —concluyó impositivo.

—Ya lo discutiremos luego. Tiene pinta de dar problemas. Es demasiado pequeñita y parece frágil. Necesitaría protección constante y aquí venimos a por guerreros, no a por princesitas.

—Sé reconocer a guerreros cuando los veo —dijo Flinner ofendido por la desconfianza—. O ella viene o yo me quedo.

—Flinner, te has enamorado a primera vista y eso no es bueno —se carcajeó Maxt que ya no sabía cómo convencerlo.

—¡No entiendo qué te pasa! —Flinner se llevó las manos a la cabeza.

¿Cómo era posible que su jefe no hubiera percibido la luz de la chica al cruzarse con ella? Algo no encajaba.

—¡Tú no tomas decisiones, eres ojeador y consejero! —Maxt lo apuntó con el dedo en actitud retadora.

—La chica es un candil potente. Lo sé. Es lo que necesitamos.

—Vamos, no perdamos más tiempo. Debemos prepararlo todo para esta noche y Luis nos espera —ordenó Maxt.

—Pero...

—Nada de peros y ya hablaremos sobre tu salida de tono antes. No puedes andar merodeando por ahí y menos el primer día.

—He sentido su aura y...

—Acata las normas o nos pondrás a todos en peligro, no solo a ti.

—Lo siento, Maxt. No volverá a suceder.

—Eso espero. No me gustaría tener que tomar medidas —concluyó Maxt un tanto escéptico.

La misión se complicaba, pensó Maxt mientras se acercaban al despacho de Luis. Flinner era su hombre de confianza. Ciertamente no era un fornido guerrero como otros que se manejaban sin problema en el arte de la lucha. No. Él prefería librar las batallas defendiéndose, en lugar de atacar, a pesar de la formación en artes marciales que recibían en la escuela. Sin embargo, percibía lo que otros no alcanzaban a ver. Flinner era especial. Por eso, lo había defendido en muchas ocasiones y por eso también lo había elegido para esta misión. ¿Cómo era posible que él mismo hubiera estado cerca de la chica y no se hubiera percatado de que era diferente? No encajaba para nada con su naturaleza malvada. Ese era el motivo de aniquilarla, se suponía que no era un candil. Al estar cerca su aura debía haberlo atacado, en lugar de reaccionar ante el contacto defendiéndose.

10

Cuando Jon llegó al pub, poco antes de las ocho de la tarde, algunos compañeros ya estaban hablando en la barra y otros se contoneaban al ritmo de la música. No era tan estricto como Thery a quien si alguien se retrasaba un minuto se la llevaban los dragones, como ella misma decía, pero le gustaba llegar con tiempo.

—Don Jon Jain Liaño. ¿Cómo estás? ¿Al final no vendrá nuestra amiga Esther? —gritó el de seguridad cuando el chico se acercó a ellos.

—Creo que no. Tenía otros planes —contestó Jon también en tono alto.

—Una pena porque le iba a tomar el pelo toda la noche —rio.

—Pues tendrás que esperar al lunes.

—Voy a llamarla por si se anima a última hora —dijo una compañera con el móvil en la mano—. Nada, no lo coge —concluyó después de esperar unos segundos con el dispositivo en una oreja y tapándose la otra con la mano—. Lo tendrá en vibración como siempre.

—Déjala. Quizá tenga una cita o algo importante que hacer —supuso Ignacio mientras bailaba—. Además, sin disfraz no vendrá.

—Ya sabéis que no le van mucho las aglomeraciones —recordó Jon que sabía que su amiga no iría, aunque la llamaran—. Venga, vamos a saludar a los compañeros —propuso al ver que el local comenzaba a ambientarse.

Conforme avanzaban entre la gente, salieron los primeros pinchos y se acercaron para probar algunos. El olor a cebolla caramelizada y tortilla de patata recién hecha los atrajo como un imán.

Poco a poco llegaron los demás y se saludaron mientras observaban y comentaban entre risas los disfraces. El pub se llenó de superhéroes, princesas, animales e infinidad de disfraces, algunos de ellos indescriptibles. El ambiente se fue caldeando a medida que avanzaba la noche y la música ofrecía las novedades del momento.

En una de las esquinas del pub y a una distancia prudencial, el equipo de Bie observaba al grupo, atentos al momento de actuar. Al verlos, Deba, que los había conocido por la mañana, los saludó y los invitó a unirse a ellos.

—¿Vamos a esperar a que cenén o lo haremos antes? —Flinner se acercó al oído de Maxt.

—No lo tengo claro —contestó Maxt, que acababa de llegar del cementerio a toda prisa—. Creo que debemos esperar a ver cómo se desarrolla la noche —dijo con la preocupación marcada en el rostro.

Entre la música, el baile y la conversación transcurrió la fiesta mientras los asistentes se acercaban al buffet para disfrutar de la cena estilo cóctel.

Durante horas, los chicos estuvieron divirtiéndose. Jon y Deba se fueron acercando más y la complicidad entre ellos era evidente. Ignacio, en la pista de baile, no dejaba indiferente a nadie con su manera de mover las caderas mientras el vigilante de seguridad lo jaleaba y otra

compañera de administración, que se les había unido esa misma noche, no paraba de reír con sus tonterías.

Maxt observaba con disimulo los movimientos de Jon y Deba. No se separaban ni un instante. Sin duda, la misión se había complicado, pensaba cuando Dobres lo interrumpió:

—¡Capitán! Se acercan tres patrullas de mercenarios. No he podido reconocer bien sus insignias, creo que eran espinelas. —Alterado, el guerrero se acercó a Maxt después de inspeccionar el exterior—. ¿Cuál es la estrategia, capitán?

—¿Estás seguro de que eran mercenarios? —preguntó inquieto, intuyendo que podía tratarse del séquito de Coudet por la insignia e intentó desviar la atención— tal vez sea la insignia de los lapislázulis, la marca de los dragones.

—Las insignias eran espinelas, pero no sé a qué grupo pertenecen. Por la ropa y los rifles de asalto que llevaban, estoy convencido de que eran mercenarios. Dudo mucho que así puedan pasar desapercibidos por mucho que sea carnaval —respondió mientras notaba la mirada inquieta de Maxt clavada en él.

—Vamos a actuar ya —determinó Maxt—. Atentos. —Hizo una señal a los soldados para que se acercaran. Ella le avisó de que si fracasaba en su cometido, pasaría al plan B y ese era el dichoso plan B—. Si no salimos antes de que lleguen, esto se convertirá en una locura. Intentad pasar desapercibidos y sacad a los candiles cuanto antes. Dobres, dirige la contraofensiva. Te dejo a cargo con Bartan, Xima y Linux. El resto, a por los reclutados.

Después de que Dobres diera las instrucciones, el grupo se abrió en abanico para cubrir todo el local. Aún no tenían claro cómo conseguirían llevarse a los elegidos sin que nadie más lo notara. Maxt había aleccionado a los soldados para emplear los inhibidores de recuerdos que guardaban en el bolsillo de atrás de sus uniformes, confundidos con disfraces.

Flinner tenía como misión coger a Deba, pero era complicado encontrar la oportunidad porque siempre estaba con Jon que era objetivo de Maxt. En un segundo se miraron y Flinner siguió los movimientos de su capitán por primera vez en todo el día. Ya los tenían a punto.

11

El tono del teléfono anunció un nuevo mensaje de Deba:

Venga, Señorita Arantiones. VEEEEEEEN.

No, Deba. Ya tengo planes, disfrutad de la noche.

Thery había llegado a su casa del cementerio a media tarde, sin ganas de nada. Para no dejarse arrastrar por la tristeza, había ido a comprar algo de cenar y, con las prisas, se había dejado lo que más le apetecía, fresas. Ahora se debatía entre bajar de nuevo a por ellas o no. Al final, decidió volver al súper, a por una cajita y a por naranjas para macerarlas en zumo.

Estaba seleccionando las naranjas en la frutería del supermercado cuando oyó una voz que se dirigía a ella:

—Creo que las rojizas estarán más ricas. Son más dulces que las otras —le aconsejó un chico con el que solía coincidir desde hacía un tiempo.

—Gracias —respondió sin hacer caso a la sugerencia.

—¿No las coges?

—No, me gustan más ácidas, pero te agradezco el consejo —dijo Thery para evitar ser descortés.

—De acuerdo. Entonces esas te gustarán —dijo el desconocido señalando las naranjas que Thery estaba cogiendo.

—Gracias, te haré caso, esta vez —dijo sonriendo.

—Luey, mi nombre es Luey. ¿Y el tuyo?

—Thery.

—Ya verás cómo te van a encantar, Thery.

—Eso espero o si no, te lo tendré en cuenta. —Sonrió y se centró en las fresas.

—Deberías probar también estas manzanas. Son riquísimas, aunque seguro prefieres las verdes —intuyó el muchacho.

—Sí, pero estas también me gustan, Luey.

—Me alegro, Thery.

—Voy a seguir con la compra —concluyó levantando una bolsa de manzanas.

Cuando comenzó a avanzar, su cesta chocó con el zapato de un chico muy alto y musculoso, con aspecto huraño, con la mirada penetrante puesta en ella.

—Perdona, no te he visto —se disculpó la muchacha.

—No pasa nada. Te llamas Thery, ¿no?

Contrariada, asintió con un movimiento de cabeza.

—Bien —dijo mientras se acercaba para cogerla del brazo—. Tranquila, no voy a hacerte nada —le reprochó al ver que ella se apartaba—. Auuu... me has dado calambre.

—¿Qué haces? —preguntó desconfiada—. No me toques. No te conozco de nada.

—Soy Xion. ¿Así mejor? No tengo todo el día —respondió el chico.

—Perdona a mi hermano, es un poco impulsivo a veces —se disculpó Luey en cuanto se acercó—. Xion, no puedes ir por ahí tocando a la gente. Tienes que respetar su espacio —dijo el chico mientras hacía señas a su hermano para que se apartara de ella.

—No podemos perder tiempo, Luey. Aún no le has dicho nada, ¿verdad? Es muy sencillo. Mira...

—Perdona si te ha asustado —lo interrumpió Luey mirando a Thery—. Mi hermano es especial y, aunque tiene apariencia de bruto, es un trozo de pan. Te pido disculpas en nombre de los dos.

—No pasa nada. Espero que encontréis lo que buscáis y tengáis un buen día —se despidió Thery alarmada y avanzó rápido en dirección a las cajas.

—¡Luey, deténla! Dile algo o lo haré yo —se enfadó Xion.

—Perdona, no quería que te sintieras intimidada —se disculpó de nuevo Luey cuando la detuvo.

—Tranquilo, no pasa nada. —Thery intentó disimular su desconcierto devolviéndole una sonrisa.

—Pero, ¿tú quieres ligar con ella? —le reprochó Xion que se había apresurado para alcanzarlo. Ambos se giraron y le miraron un poco ruborizados.

—Mira, ya que él es muy lento, te lo cuento yo —continuó—. No tenemos mucho tiempo y este aire me está matando. Sé que lo que te voy a decir suena un poco raro, pero tienes que creerme, porque de ello dependen muchas vidas. Venimos de Terractnor, un reino de un planeta simétrico al vuestro llamado Halkibie, que se encuentra a millones de años luz, en otro sistema solar.

—Entiendo —contestó ella asintiendo una mezcla de incredulidad y temor.

—Hemos venido aquí a través de un portal para buscar aliados. Nuestro planeta está devastado y algunos seres humanos de vuestro mundo nos pueden ayudar a reconstruirlo —continuó con naturalidad.

—¿Ah, sí? —preguntó Thery intentando controlar la ansiedad. Entonces notó que le ardía el dedo donde llevaba el anillo de sus padres—. Oye, mira...

—Nos gustaría llevarte con nosotros para que nos ayudaras —la interrumpió—. Nuestro aire es menos espeso que el vuestro y te costará respirar, pero con la vacuna pertinente no tendrás problemas para estar allí. Y que conste que todos somos seres humanos, vosotros terrestres y nosotros halkibios.

—Bien... Yo... —intentó componer una frase lógica ante la desconcertante información que le daba el chico. Tomó aire antes de seguir—. No entiendo bien lo que me dices.

¿Le estaba tomando el pelo o era un desequilibrado de libro? Empezó a angustiarse pensando en cómo se los podría quitar de encima.

—No tenemos mucho tiempo —insistió Xion—. Hay una guerra que librar y debes elegir el bando al que perteneces. Yo creo que encajas en el nuestro.

—Vale, bien, Xion —mientras en su mente se debatía entre salir corriendo o ponerse a chillar—. Reflexiono y te contesto otro día —respondió tratando de controlarse.

—No hay tiempo. Necesito una respuesta.

—Lo pienso y te contesto —respondió Thery en tono seco.

—¿Cuánto vas a tardar en pensártelo? Es que preciso saberlo.

—Voy a la parte de los dulces, elijo algo y te contesto. ¿De acuerdo? —dijo confusa.

—¿Ves, Luey, que fácil ha sido? ¡Y tú complicándote!

—Sí, ya veo —asintió cínico el chico mirando a Thery.

—Bueno, pero ven enseguida que tenemos prisa.

—Así lo haré, no te preocupes —dijo ella alejándose a paso ligero.

—La has asustado y cree que quieres una cita. Por eso ha salido pitando —le reprochó Xion—. ¿Qué hacemos? ¿La seguimos, la acompañamos o nos la llevamos con las fresas y las naranjas?

—Más bien se ha asustado por lo que le has dicho tú —aseguró Luey molesto—. Será mejor que nos tranquilicemos o la perderemos.

—¿Bromeas? Con la de luz que despide, lo raro es que los otros no la hayan encontrado ya.

—Razón de más para esperar el momento oportuno y este no es. Debíamos esperar al traslado. ¿No has visto sus ojos? Estaba aterrada. Tenemos que convencerla de otra manera o todo el trabajo de los últimos dos meses no servirá de nada.

—No vamos a tener muchas más oportunidades y los de Bie andan detrás de ella.

—Lo sé. Blantz nos va a matar. Además, al parecer mi inhibidor de recuerdos no ha funcionado en ninguna de las ocasiones que hemos coincidido porque ella se acordaba de mí.

—¿Ves? Estamos perdiendo el tiempo. Ella es demasiado especial.

Al salir a la calle, la vieron a lo lejos y la siguieron unos metros por detrás, acelerando el paso para no perderla.

Luey se puso un poco nervioso porque no sabía cómo iba a reaccionar al volver a verlos. Estaban a punto de alcanzarla cuando dos chicas saludaron a su objetivo y se dirigieron juntas al portal de la joven.

Thery respiró aliviada al encontrarse con sus vecinas. Entraron en el portal y mientras subían, quedaron después de cenar para comer la tarta juntas. En cuanto Thery entró en casa, dejó la fruta en la cocina y fue directa a la ventana. Ya no estaban aquellos hermanos tan extraños con los que había vivido una situación tan surrealista.

Se sobresaltó al notar la vibración del teléfono en el bolsillo trasero del pantalón. Era Deba otra vez. Lanzó un resoplido, pero no cogió la llamada y volvió a mirar por la ventana.

Decidió no volver a ese supermercado para evitar un nuevo encuentro con los desconocidos.

Se tocó por instinto el anillo que le habían regalado sus padres. No era la primera vez que sentía que cambiaba de temperatura, como hacía unos minutos mientras compraba. Lo notaba incandescente en el dedo.

Varios pitidos del móvil desviaron su pensamiento. Eran mensajes de Deba con fotos de todos ellos disfrazados. Sorprendida, agrandó una de ellas. A un lado aparecía el extraño retador de miradas de la mañana y, en el fondo, observándolos, también distinguió al chico alto y enorme

del ascensor. «Pues sí que le dura a ese la fiesta», pensó divertida.

Puso a macerar las fresas con zumo de naranja y leyó un rato hasta la hora de cenar. Después, tomó una cena ligera y las fresas, y preparó la cafetera para cuando las chicas llegaran a comer la tarta.

12

La reverberación del ultrasonido hizo volar por los aires las ventanas del pub antes de que Flinner y Maxt hubieran hecho su trabajo. Todos gritaban y se tapaban los oídos por el estruendo. Unos se tiraron al suelo en un acto reflejo y otros intentaron salir del local despavoridos en medio del caos y del desconcierto. Los de Bie tenían los oídos protegidos con tapones. Su idea para poder escapar de los mercenarios y llevarse consigo a los muchachos había sido provocar una serie de ultrasonidos y explosiones lumínicas que les dejarían fuera de juego a todos al menos unos instantes.

—Se nos han adelantado —gritó Maxt colérico asomándose por una de las ventanas destrozadas.

—Tenemos que actuar. ¡Nos los llevamos por el callejón! —gritó Dobres—. ¿Tenéis las gafas y repuestos? —preguntó refiriéndose a los distintos objetos que les servirían para despistar a los asistentes a la fiesta y poder llevárselos.

—Sí —respondieron todos.

Pudieron secuestrar al grupo de Jon. Le tenían a él, al candil más importante, pensaba Maxt mientras le ponía las gafas inhibitoras al grandullón rubio que no paró de protestar hasta que sus ojos entraron en contacto con la lente. Después, acató las órdenes y junto con sus compañeros salió al callejón del pub y entraron en una furgoneta sin rechistar. Maxt comentó a su equipo no tener claro si la explosión la habían ocasionado el séquito de los dragones o los de Terractnor, pero, en cualquier caso, debían dejarlos fuera de combate antes de que les reventaran la misión. A esas alturas ya tenía la certeza de que eran los mercenarios de Coudet.

El capitán volvió al pub donde una veintena de hombres armados buscaban entre la gente. Sin mediar palabra, dio orden a sus guerreros de que dispararan, pero enseguida se extendió sobre el bando oponente una capa que no dejaba pasar las balas. Maxt cambió de táctica, hizo un gesto a sus hombres para que lo imitaran y se acercó a algunos contrincantes para luchar cuerpo a cuerpo.

La pelea duró poco. Los asaltantes lograron salir prácticamente ilesos y se fueron tan rápido como habían entrado. El único herido fue Maxt, pero logró establecer de nuevo el control sobre sus soldados. Estos se ocuparon de los asistentes a la fiesta que aún continuaban agazapados en el suelo soportando el molesto ultrasonido.

Como ninguno estaba herido, solo tuvieron que usar el inhibidor de recuerdos con ellos para evitar problemas posteriores. Enseguida actuó un grupo de apoyo para solucionar los detalles antes de que llegase la policía y el equipo de Maxt se retiró al callejón para organizar la huida hacia el portal que los devolvería de nuevo a su planeta.

—Maxt, ¿estás bien? ¡Te han herido! ¿Cómo te encuentras? —le preguntó Flinner preocupado.

—Bien, solo es un rasguño.

—Pues tu rasguño sangra y brilla. Es posible que te hayan inoculado veneno. Aquí no podemos curarte y ni siquiera sabemos con qué clase de arma te han herido —dijo Dobres examinando la herida.

—No importa, nos ceñimos al plan. La extracción es lo más importante ahora y no se puede ver comprometida por nada. Yo me quedo para reclutar más guerreros porque no hemos podido coger todos los que necesitamos —contestó Maxt con un gesto de dolor.

—¿Cómo te vas a quedar aquí? —preguntó Flinner.

—Si los atacantes vienen del territorio de los dragones, en la Tierra no hay remedio conocido para ese veneno. Debes venir con nosotros —sugirió Dobres que no dejaba de pensar en cómo completar la misión de Blantz.

—No sabemos quiénes eran. ¿Por qué iban a ser de Abionzo, si sus monjes raras veces salen más allá de la Ciénaga de la Tristeza y nunca se han metido en nuestra guerra? —preguntó Maxt que no entendía tanta resistencia de sus hombres y con aquel comentario se contradecía a él mismo.

—Yo me quedo —concluyó Dobres—. Mandadme refuerzos y en poco tiempo tendréis más guerreros listos para la misión.

—De eso nada. —Maxt le puso la mano en el hombro—. Yo soy el capitán y yo me quedo.

—Ya está bien. Estamos perdiendo el tiempo —dijo Flinner—. Vámonos antes de que nos pillen o el inhibidor pierda su efecto con los que hemos reclutado. Deberíamos darles dosis de refuerzo aunque perdieran los recuerdos de hoy para siempre.

Cuando todo el equipo menos Maxt se iba a subir al vehículo, Flinner, se acercó a él:

—Aún estamos a tiempo de llevárnosla —susurró Flinner al oído de Maxt con cara suplicante.

—Flinner, no te saldrás con la tuya. La chica se queda, no hay más que hablar. No tendremos contacto con ella. —Maxt se dio la vuelta para marcharse cuando Flinner insistió:

—Pero es nuestra mayor baza. Estoy convencido de que es un candil muy poderoso y nos podría proteger...

—¡He dicho que no!

Maxt se despidió del grupo y se dirigió hacia la casa de Thery. Antes de ponerse a salvo, debía terminar lo que había empezado. Debía acabar con ella de manera inmediata, luego ya vería cómo regresar y con quién.

13

Thery entornó la puerta con el pestillo por fuera para que no se cerrara y bajó por las escaleras a avisar a sus vecinas para que subieran a comer un trozo de tarta. Se le acababa de fundir la batería del móvil, aprovechó la coyuntura para hacer algo tan descabellado y aventurero como eso. Para ella era un subidón de adrenalina, menuda peripecia si se cerraba la puerta. Era lo más fuera de lo común que había hecho nunca.

En ese instante, se abrió el ascensor y Maxt apareció en la planta de Thery con un dolor insufrible en el costado que le había dificultado forzar la cerradura del portal. Tal vez había subestimado la herida, pero tampoco podía poner en peligro la misión. Acabaría el trabajo en unos minutos y luego buscaría ayuda.

Empujó la puerta, sorprendido de que estuviera abierta. Desenfundó el arma y entró con sigilo hasta el salón. Sintió que se mareaba, se le nubló la vista y, antes de que pudiera sentarse, se desmayó.

Unos minutos después, Thery y sus vecinas se quedaron extrañadas al ver la puerta de casa abierta. Entraron con precaución y se sobresaltaron al ver el cuerpo de Maxt tendido en el suelo.

—¡Madre mía! —exclamó Thery alterada—. Es el chico con el que me topé esta mañana.

—Tiene una herida bastante fea en el costado —señaló Iris que se había acercado al joven—. ¿Le conoces? Será mejor que no lo toquemos, hay que llamar a una ambulancia.

—No, lo vi hoy y... —acertó a decir Thery confusa—. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Llamar a la policía —sugirió Ingrid.

—No, a la policía no —balbuceó Maxt antes de volver a desmayarse al tiempo que las tres chicas se sobresaltaron.

Entonces Thery la vio. Se fijó en la pistola tirada en medio del salón y en la que no habían reparado, y la cogió. Era extraña, pensó Thery mientras se acercaba despacio, como si fuera un animal salvaje que pudiera saltar encima de ella sin previo aviso. Sus vecinas contuvieron la respiración mientras la chica cogía el arma.

En ese momento entró en el salón otro desconocido y las tres empezaron a gritar despavoridas. Miraban con los ojos desencajados al recién llegado que enseguida levantó las manos en son de paz.

—No os asustéis —les pidió Flinner que retrocedió unos pasos con las manos en alto para que las chicas se tranquilizaran—. No pretendo haceros ningún daño —explicó en tono conciliador. Le he seguido hasta aquí...

Thery, en un acto reflejo, lo apuntó con el arma.

—¿Tú? Te vi hoy en el trabajo. —El recuerdo de la mañana se presentó nítido en su pensamiento—. Él es el tipo del ascensor y tú el que me miraba desde la distancia. ¿Qué...?

—No hay tiempo que perder —la interrumpió—. Maxt necesita ayuda. Su herida está infectada

con un veneno muy potente—intentó sonar convincente—. Se debe quedar aquí hasta que venga con soporte medicalizado cuanto antes, pero debéis cuidarle.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué tengo que ayudaros sin conoceros? —Las preguntas se acumulaban apelotonadas en su mente.

—No querrás que a tus amigas les pase nada, ¿verdad? —volvió a interrumpirla mientras utilizaba el inhibidor de recuerdos con la pareja y las dejaba paralizadas en el acto—. Ni a tus amigos de la fiesta a los que hemos secuestrado, supongo.

—Pero, pero...

—Nada de peros. Si no lo haces por ellos, hazlo por ti.

—¿Quién eres? —El corazón de Thery latía acelerado y el anillo le oprimía el dedo.

—Deberás cuidar de Maxt hasta que yo vuelva y resuelva todas tus dudas. No obstante, también puede ayudarte tu jefe Luis. Él está al corriente.

—No te creo. Me estás intentando asustar —dijo apuntándolo con el arma—. Me estás utilizando vilmente...

—Si quisieras disparar ya lo habrías hecho —se mofó sin dejar que terminara de hablar—. No lo harás.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Voy a llevar a tus amigas a su piso. Les he borrado la memoria de la última media hora. No sabrán qué ha sucedido aquí. —Extendió la mano para que le entregara el arma—. Cuando pregunten por Maxt estos días, es un amigo tuyo, un ligue o lo que se te ocurra. ¿Estamos?

Asintió con la cabeza, asustada.

—De acuerdo, pero yo nunca ligo —titubeó mientras se la entregaba—. No les hagas daño ni a mis compañeros tampoco. Necesito saber qué pasa, qué es todo esto.

—Descuida —contestó con una sonrisa complaciente—. Lo sabrás a su debido tiempo.

—Pero...

—Cuando recobre el sentido, dile que os haré llegar las coordenadas. Él lo entenderá. Por cierto, se llama Maxt y yo, Flinner.

—No quiero problemas. No sé qué hacéis aquí ni quiénes sois. Te juro que no me importa y no diré nada. Solo quiero recuperar mi vida.

—Ahora la prioridad es Maxt. Deja que las lleve a su casa. Por si te da la tentación de llamar a la policía, te diré que esto está relacionado con tu pasado. Más bien con el de tus padres. Voy a dejar a tus vecinas en su casa, os vi salir del apartamento y subir aquí, les he administrado un inhibidor de recuerdos, se borrará la última media hora. Cuando te digan de venir, les contestas que estás cansada y mañana os veis.

Ella se quedó tan contrariada al oírle que ni se movió.

Antes de salir con las vecinas que se dejaban conducir con docilidad, Flinner se volvió para mirar a Maxt. ¿Qué hacía en casa de Thery? ¿Se lo habría pensado? Se lo tendría que explicar cuando se recuperara. Y, por el bien de todos, esperaba que ella colaborara por qué la necesitaban.

Hacía unos segundos que habían salido cuando Thery escuchó de nuevo la puerta. Pensó que

Flinner volvía a decirle algo, pero en su lugar apareció en el salón otro hombre. La chica dio un respingo, asustada al verlo. Era corpulento y vestía de la misma forma que los otros dos. Sonreía apoyado con la mano en el quicio de la puerta.

—Soy Dobres —dijo acompañando la presentación de un saludo militar—. ¿Dónde está Flinner?

Thery retrocedió con cara de espanto.

—Tranquila. He venido a protegerte —intentó tranquilizarla con los brazos estirados y las palmas de las manos abiertas, como el que se acerca a un cachorro herido—. Eres la nieta del general Blantz, hija de Asón y Nansa. Mira esto —dijo sacando una foto del bolsillo interior de su chaqueta.

—Yo, yo...—Thery se quedó estupefacta al reconocer a sus padres de jóvenes junto a un hombre y a una mujer mayores.

—Quizás pienses que es una estratagema para hacerte daño, pero no lo es, Thery. Tus padres debieron de darte ese anillo al cumplir los dieciocho y contarte la historia de tu pasado.

—Yo, yo... —Thery era incapaz de hilar las ideas—. No sé quién es el general, ni por qué sabes tú lo del anillo.

—Porque fui amigo de tus padres y quien los ayudó a escapar de nuestra tierra cuando estuvieron en peligro. Te lo explicaré con detalle en otro momento. No sé qué hace Maxt aquí, pero yo he venido a protegerte. —Dobres guardó la foto en la chaqueta de Thery al escuchar unos pasos que se acercaban.

—¿De quién? Tu compañero... Ha ido a acompañar a mis vecinas —acertó a decir justo cuando entraba Flinner.

—¿Qué haces aquí? ¿Y los amigos de la chica? —Era evidente el tono preocupado de Flinner.

—Abajo en la furgoneta. Creí que estabas en peligro —mintió Dobres.

—Ya hablaremos —contestó Flinner que no pensaba dar explicaciones—. Ahora, vámonos —ordenó.

—No podemos dejarlo aquí. —Señaló a Maxt—. ¿Por qué ha venido?

—No queda otro remedio, mira cómo está —le cortó Flinner—. Sé lo mismo que tú. Tal vez se lo pensó y decidió reclutarla también. La descubrimos esta mañana en la ruta que preparó el general.

—Nos lo podemos llevar igual —insistió Dobres mirando a Maxt.

—No va a resistir el traslado. Es mejor que volvamos después a curarle.

—Dame unos minutos para revisar la herida. Ve bajando.

Nada más desaparecer Flinner, Dobres se acercó a Thery y le susurró:

—Toma —le dijo extendiéndole una tarjeta—. Marca este número si estás en peligro y vendré a por ti. Ten mucho cuidado. No confíes en nadie. Solo en tu intuición. Sabrá guiarte. Pero has de saber que puedes contar conmigo y con Luis. Él está en el equipo del general.

14

Se despertó sobresaltada, mirando con desconcierto a un lado y otro de la habitación para cerciorarse de que estaba en su dormitorio. La pesadilla de los dragones había sido un mal sueño, como tantos.

Thery se desperezó con desgana y desactivó la alarma antes de empezar a prepararse para ir a trabajar mientras repasaba los acontecimientos de los últimos días. Era todo raro, muy raro. Primero, el encuentro con los dos desconocidos en el súper y, después, la irrupción del extraño herido en casa que había cuidado durante todo el fin de semana.

Tras marcharse los dos extraños, había llamado a Luis y le había pedido que fuera a su casa. Al fin y al cabo, era el único con el que tenía confianza y de alguna extraña manera parecía estar al corriente de lo que sucedía. Todo parecía estar conectado.

Cuando llegó, le contó lo ocurrido ante la atenta mirada de él que no parecía sorprendido.

Al terminar Thery, Luis le explicó todo lo que sus padres, por alguna extraña razón, no la habían contado. Le sorprendió que ni tan siquiera le hubieran dejado una nota de aviso o una persona de contacto. Cuándo Thery se quedó huérfana, él le ofreció trabajo en la empresa. Nunca sacó el tema a la espera de que ella lo hiciera cuándo estuviera preparada. Hablando, supusieron que lo tendrían reservado para la cena que nunca llegó. Él se había mantenido al margen y, cuando ella decidió irse a Barcelona, no hizo preguntas. Creyó que Thery quería ser libre de todo lo relacionado con Halkibie. También le explicó su papel como agente en la Tierra desde que había perdido a su hermano, reclutado como candil.

Luis no estaba de acuerdo con las costumbres de Bie, ayudaba a proteger candiles en la medida de lo posible. Hasta la llegada de Flinner al equipo se había encargado también de las tareas de ojeador.

Desde que él estaba en la Tierra, los candiles sacrificados eran personas de dudoso honor. Asesinos implacables y gente sin escrúpulos, ya que debía morir gente, prefería limpiar las calles de malhechores. De ahí que durara tan poco la energía del Orelum. Y deseaba que el cambio de postura de Blantz sirviera para solucionar el problema en Halkibie.

Se había infiltrado en la facción de Coudet, sabía que planeaban matarla y fue entonces cuando habló con el general Blantz para protegerla cuando ella se trasladara a Barcelona. Hasta entonces no había revelado su paradero, no quería ponerla en peligro e imaginaba que Maxt era el hombre en la sombra de Blantz, él nunca daba nombres, y se había colado en su piso para protegerla.

Días atrás, Maxt y Luis monitorizaron sus costumbres, sus horarios, todo lo relacionado con su vida. Lo mismo hizo con el monje de los lapislázulis, cuando se presentó tras la reentrada de Maxt en el portal hacia Bie.

Tenía suerte de que, entre tanto mal, hubiese gente dispuesta a jugarse la vida por ayudarla.

Thery aún en estado de *shock*, no sabía qué creer, pero la foto que le había enseñado el tal

Dobres parecía real. La iba a explotar la cabeza. Parecía que de repente se hubiera colado en la historia extraña de una novela de ficción.

Su anillo empezó a vibrar y a despedir una luz intensa mientras le oprimía el dedo. Se asustó sin comprender qué ocurría.

—Tranquila —susurró Luis—. El anillo te protege y tiene el poder de controlar tu energía. Tus emociones están sobrepasadas y ...

Interrumpió el comentario al ver el movimiento brusco que Thery hacía de manera involuntaria, motivada por el impulso del anillo. Se dirigía hacia uno de los lienzos colgados en el salón, el único que permanecía intacto. Nunca quiso pintar en él. Lo conservaba como lo colgaron, en blanco. Fue otro de los regalos de su cumpleaños. Cuando salió al salón aquel día después de despedir a sus padres por la ventana, se lo encontró colgado en ese mismo sitio con una nota: «Piensa en qué vida quieres pintar para ti. Te queremos, cariño». Tras la muerte de sus padres, se sintió vacía y, durante un tiempo, no tuvo ganas de continuar la afición que compartía con su madre. Sin embargo, desde el encuentro con el monje extraño había vuelto a pintar. Paisajes extraños, amuletos y dragones se daban cita en su cabeza y debía plasmarlos desde entonces.

—¡Dios mío, Thery! —exclamó Luis—. Quizá en el cuadro esté la clave.

—No, no quiero tocar... —El anillo la impulsó con fuerza hacia el lienzo.

Se acercaron hasta él, lo descolgaron y al darle la vuelta vieron el sobre enganchado entre el lienzo y la madera que lo sujetaba.

Luis leyó la carta mientras Thery miraba la foto y escuchaba atónita las palabras de sus padres. Al finalizar, Thery enmudeció mientras las ideas daban vueltas en su cabeza como si se trataran de un tornado y ella era incapaz de articular palabra.

Se quedó en estado de shock. De pronto, todo en lo que había basado su existencia se desplomó. Nada era lo que parecía y se sentía muy confusa.

Luis le instó a tomarse unos días libres en el trabajo para asimilar la información y para tomar una determinación sobre su vida. Y, con respecto a Maxt, convinieron en que le cuidaría por el momento hasta que llegara la ayuda prometida de sus compañeros. Su traslado se haría efectivo pronto, así que nadie sospecharía si se tomaba un par de días libres. Luis se encargaría de prepararlo todo.

Juntos le cambiaron las vendas después de curarle las heridas que, al principio, supuraban un líquido extraño, luminiscente, que lanzaba destellos de vez en cuando. Según Maxt, se debía al veneno que le había inoculado el arma con la que le habían disparado.

Una vez sola con el soldado, Thery se quedó impresionada al ver que la herida cicatrizaba tan rápido cada vez que ella la curaba.

No entendía cómo era posible, pero los comentarios del guerrero sobre sus dotes sanadoras parecían ciertos. Además, la desconcertaba que el anillo reaccionara también al contacto con el desconocido. Se iluminaba, cambiaba de color y en ocasiones le apretaba el dedo.

A Thery le preocupaba el estado de Maxt. Quería que se recuperara para que se marchara de casa lo antes posible, pero, aunque la herida tenía buen color y estaba casi cerrada, la fiebre aún

no había remitido y los dolores era muy fuertes.

Tras los días de descanso acordados con Luis, volvió al trabajo. Se fue preocupada por dejarlo solo y le apuntó el número de su oficina y el móvil para que contactara con ella en caso de necesidad.

Ya en la entrada vio que había un sustituto desconocido en el puesto del compañero de seguridad. En la oficina faltaban compañeros y la desconcertó que todos actuaran como si nada hubiera pasado. Preguntó a un administrativo de otra oficina y parecía no recordar nada, ni siquiera de la fiesta de disfraces.

Cuando se presentó ante Luis, en lugar de darle indicaciones del trabajo, le pidió que cuidara a Maxt y que no se lo contara a nadie. La situación estaba controlada y la necesitaban para que todo saliera bien. ¿Situación controlada? ¿Todo saliera bien? Thery comenzó a ponerse nerviosa. No entendía nada.

—¿Dónde está el resto Luis? ¿Están bien? Todo esto... No sé qué pensar. Yo era una persona normal, con una vida al uso hasta que ellos irrumpieron la otra noche en mi casa y ahora todo mi mundo va a cambiar. ¡Y nunca mejor dicho!

—Thery, es mucha información de repente. Debes madurarla y decidir si descubres tus orígenes o emprendes la huida. No será fácil porque cada cual tiene sus propios motivos para dar contigo.

—Pero tú lo has hecho y...

—Yo formo parte de la resistencia —la cortó poniendo la mano en su hombro—. Mi misión es protegerte de todos los peligros que te acechen. Y ahora ve al trabajo, luego si quieres hablamos y no te preocupes por el resto.

—¿Dónde están Jon y los demás?

—No te preocupes por nada.

¿Cómo no iba a preocuparse por sus amigos? Tenía que averiguar dónde estaban. Una cosa era poner tierra de por medio porque Jon no se planteara tener algo con ella y otra muy distinta abandonarlo a su suerte, cuando quizá ella podría hacer algo para que todos regresaran. Aunque seguiría manteniendo en secreto lo que sentía hacia él.

Después de hablar con Luis, volvió al trabajo.

A lo largo de la jornada hizo un gran esfuerzo por que no se le notara lo extraño que era todo y nada más terminar, se marchó rápido a casa.

Cuando llegó, Maxt seguía durmiendo en el sofá y rebulló al escuchar movimiento.

—¿Cómo te encuentras hoy? —le preguntó.

—Estoy mucho mejor —le dijo con gratitud—. Gracias a tus cuidados, las heridas están cicatrizando enseguida.

—Ya lo veo, pero me encantaría que me explicarás por qué todo es tan extraño, de dónde vienes y por qué no bebes ni pruebas bocado.

—Vengo de otro planeta simétrico a la Tierra, llamado Halkibie —se sinceró—. Estoy acostumbrado a otra serie de nutrientes, antes de salir a una misión llevamos con nosotros unas píldoras que nos los proporcionan y nos causa sensación de saciedad por más tiempo. Esto es

como un aporte extra de energía. Allí nos nutrimos sobre todo de energía y tú estás cargada de ella.

—¿De energía? Todo esto es muy extraño. No estarás intentando sorprenderme para ligar conmigo, ¿verdad?

—Claro que no. Lo que te cuento es cierto. —Compuso una mueca de dolor algo ruborizado. Después continuó—. Yo pertenezco al territorio de Bie, uno de los últimos pueblos en pie. Estamos en una situación crítica porque necesitamos energía constante para vivir y tú posees una energía extraordinaria.

—Todo esto es muy raro —dijo relacionando las palabras de Maxt con lo que Luis le había contado—. La carta de mis padres, la foto, los chicos en el supermercado. —Los pensamientos circulaban veloces por la mente de Thery que no era capaz de organizarlos—. De repente —prosiguió con el gesto desconcertado— apareces en mi casa malherido y tus amigos detrás y uno amenaza con no devolverme a mis compañeros si no te cuido hasta que él aparezca con ayuda médica.

—Lo sé, lo entiendo. Son muchos interrogantes y pocas las respuestas. Intentaré responderte en la manera de lo posible. —Cerró los ojos, apretó los dientes y se llevó la mano a la herida.

—Déjame que le eche un vistazo —dijo Thery acercándose.

Cuando le quitó el apósito, él le cogió la mano y la colocó cerca de la herida. Thery sintió un escalofrío al notar la piel suave y tersa de Maxt que ahora mostraba un gesto más aliviado. El anillo oprimió su dedo, cambió de temperatura y la herida mejoró un poco al instante. La chica retiró la mano asustada y la cubrió de nuevo.

—No te asustes —susurró—. Es tu energía interior.

—Será mejor que prepare algo para comer. —Thery se apartó con la respiración entrecortada y puso rumbo a la cocina sin querer seguir la conversación.

Cuando volvió de la cocina, ya se había vuelto a dormir. No quiso despertarlo. Necesitaba tiempo para procesar todo lo que estaba pasando. Todo lo que contaba le resultaba tan extraño que unas veces la desconcertaba y otras, la sacaba de sus casillas. A pesar de todo lo vivido hasta el momento, estaba confusa y no quería creerse todo lo que estaba ocurriendo. Por eso seguía preguntando a Luis y a Maxt sin cesar todo aquello.

No comió mucho y, después de recoger la cocina, se sentó en el salón. Releyó la carta de sus padres varias veces y observó con detenimiento la fotografía. Se fijó en la pareja mayor situada en el centro. El hombre vestía un traje similar lleno de galones al que llevaba Maxt la mañana en la que lo conoció en el trabajo. Y la mujer llevaba ropa de labranza. Al lado izquierdo de ellos, estaban sus padres. Al otro extremo, Istroval, Dobres y Luis. Todos posaban de manera distendida. Pronto la imagen comenzó a emborronarse porque no pudo contener las lágrimas. ¿Qué había detrás de toda esa historia? ¿Quién era ella en realidad? Guardó la carta y la foto en un cajón y decidió dedicarse a pintar toda la tarde para evadirse y olvidarse de lo extraña que se sentía en su propia casa.

Antes de cenar, le cambió los vendajes a Maxt y comprobó que la herida seguía cicatrizando a un ritmo inusual mientras percibía en su interior una energía potente que la tensionaba y le

provocaba un cansancio fuera de lo normal.

Le ayudó a incorporarse en el sofá para que pudiera cenar algo, pero apenas probó bocado. Durante la cena, él intentó entablar conversación agradeciéndole sus cuidados, pero Thery se sentía bloqueada y no tenía ganas de hablar. Con la excusa de que no se encontraba bien, retiró los platos, le ayudó a acomodarse en el sofá y se acostó.

Pasaba la medianoche cuando Maxt volvió a despertar. No se oía ningún ruido en casa y en el exterior tan solo el sonido esporádico de algún vehículo alteraba el silencio. Enseguida su pensamiento se desvió hacia Thery y su capacidad para sanarlo sin ni siquiera ser consciente de ello. La energía que la muchacha le aportaba en cada cura lograba que su recuperación fuera más rápida de lo que él esperaba.

Luego ambos se quedaban exhaustos: ella, por el aporte de energía; él, debido al esfuerzo extra que su cuerpo hacía por recuperarse.

Le llamaba la atención el anillo que llevaba la chica en el anular de la mano izquierda, tan parecido a los anillos protectores de los guerreros de Bie. Aún no era capaz de entender qué estaba pasando, pero que Coudet le diera la misión encubierta de matar a Thery no era una casualidad. Ahora estaba más convencido que nunca de que esa chica molestaba a algunos, pero no por lo que a él le habían contado. ¿Podía un ser diabólico curarlo? Era el candil con la energía más potente que había conocido. ¿Estaría Flinner en lo cierto? Con las dudas acumuladas en la cabeza, empezó a sentir sueño y se quedó dormido de nuevo en el sofá al que se estaba acostumbrando.

15

La música se deslizaba suave por el salón por donde entraba la claridad de la mañana de sábado. Thery daba los últimos toques al cuadro en el que llevaba varias semanas trabajando, un amuleto extraño. No sabía que significaba, pero formaba parte de su vida en los últimos tiempos.

El frío aire de marzo se coló por la ventana cuando la muchacha la abrió para saber si había dejado de llover. Notó como la suave llovizna acariciaba su cara y aquella sensación la hizo por un momento olvidar su nueva realidad. Tras cerrar la ventana, volvió al cuadro percatándose de que Maxt se había despertado.

—¿Cómo estás? —preguntó mientras alternaba la vista entre el óleo y el chico—. Espero que el dolor vaya disminuyendo.

—Solo me duele si me muevo con brusquedad.

—Pues no te muevas con brusquedad.

—Tu amigo Flinder dijo que te habían herido con un veneno muy potente. Así que tardarás en sentir alivio. Bastante bien estás.

—Flinner, se llama Flinner —la corrigió intuyendo su desconcierto—. Es comprensible que estés confusa. Es todo un poco lioso.

—¿Un poco lioso? Es un delito y aún no sé cómo no he ido ya a la policía. Bueno —se calló unos segundos pensando en la carta de sus padres—. Al menos, Luis me ayudó a dar algo de sentido a todo.

—Tranquila, no va a suceder nada malo a tus amigos —mintió.

—Más os vale. Entonces, ¿por qué os los habéis llevado? —se atrevió a preguntar.

—No puedo decirte nada, pero debes confiar en mí.

—Ya, claro. ¿Sigues mareado o ya se te va pasando? —Cambió de tema porque estaba claro que no le iba a contar nada.

—Un poco sí, pero imagino que es por el aire este que respiro.

—Abriré un poco la ventana, aunque está lloviendo.

—No, tranquila. Es por la concentración de... —no terminó la oración sorprendido por los cuadros que decoraban el salón—. ¿Has pintado tú todos estos cuadros?

—Sí, todos.

—Se te da muy bien.

—Gracias, te pondré el desayuno, te vendrá bien comer algo. Tu amigo Flinner dijo que vendría con las coordenadas o algo así y con ayuda médica, pero aún no ha aparecido. Espero que venga pronto.

—Me gusta el cuadro del Orelum —dijo Maxt señalando el lienzo antes de que la chica se marchara a la cocina.

—¿Este? —apuntó ella el cuadro—. Lo pinté después de soñar una noche con ese símbolo.

—¿Sueñas también con dragones? —quiso saber el guerrero.

Thery, confundida, respondió un escueto sí, antes de salir del salón.

Mientras la chica estaba en la cocina, Maxt pensó en Flinner. ¿Tenía razón con respecto a Thery? Estaba claro que no era un ser vil como creía Coudet. La misión se había complicado por no haberlo escuchado, aunque ya no tenía sentido lamentarse. Lo importante era encontrar la manera de salir de allí con ella. Se preguntaba si Thery estaría a la altura de las circunstancias. Por el momento, tenía el poder de sanar en un mundo donde la curación mágica no existía.

La chica parecía no conocer sus poderes y eso la hacía vulnerable e impredecible, más de lo que ya lo eran los humanos terrestres de por sí. A lo mejor era una terractnor porque poseía energía o una biense escondida desde niña, pero entonces no tendría poderes a no ser que alguno de sus progenitores fuera de Terractnor o de Lao. O tal vez era de Lao, la tierra de los dragones. ¿Una descendiente de los monjes? Porque los dragones y los piasas no podían estar ni transformarse en la Tierra y tampoco poseían magia.

En principio, era una humana sin fe en nada, con dotes para la pintura y un carácter fuerte. Pero el hecho de cuidarle, a pesar de no comprender lo que sucedía, le estaba ayudando. Debía contactar con los suyos para contarles lo que había descubierto antes de volver a Bie. Flinner tenía razón.

16

Era la hora de cenar y las sardinas que había preparado Thery desprendían un olor delicioso.

—Han pasado varios días y aún no han mandado ayuda. ¿A qué esperan? —se impacientó Thery mientras servía—. Tampoco ha venido nadie.

—Bueno, tranquilízate y cena. A lo mejor les ha surgido algo y no han podido —repuso Maxt que comenzaba a acostumbrarse a aquel lugar—. De todos modos, Flinner te dijo que vendría con ayuda y lo hará.

—Pues espero que sea pronto.

—Lo harán, saben que, si tardan mucho, estamos muy expuestos.

—¿Expuestos a qué? Maxt, parece que hablas en clave.

—Es que no lo puedes entender y, aunque tratara de explicártelo, no me creerías.

—Prueba —le pidió ella.

—No. Vas a pensar que estoy loco.

—Prueba —repitió Thery dejando los cubiertos en la mesa con gesto hosco.

—Está bien. Ya sabes que procedo de Halkibie, un planeta simétrico a la Tierra. Nos trasladamos de uno a otro a través de portales a los que accedemos gracias a unas coordenadas.

—Hasta el otro día, nunca había escuchado el nombre de este planeta. Primero lo oí en el súper y después todo esto... —Se puso de pie y comenzó a dar paseos por el salón, inquieta—. Todo esto parece una mezcla de fantasía y realidad. Tu aparición, tu herida extraña, el portal invisible... Se me hace bola, Maxt.

—Confía en mí, por favor. ¿A quién se lo oíste?

Maxt imaginaba que la comitiva hacia Bie estaría de vuelta a la Tierra si no, no se hubieran ido sin él. Y, conociendo a Flinner, tampoco se marcharía sin Thery.

—¿Te parece que he confiado poco en ti? —preguntó en tono firme sin contestar a su pregunta—. Mi paciencia tiene un límite. —Se detuvo frente a él con las manos apoyadas en el respaldo de la silla y mirándolo con seguridad—. Llevo días cuidando a un desconocido y, al menos, merezco explicaciones y tiempo para reflexionar, digo yo.

—Tranquila —dijo sin mantener la mirada fija en ella, lo cual no pasó inadvertido para esta que volvió la cara—. Prometo contártelo todo, pero necesito que nos saquen de aquí.

—¿Nos saquen? Dirás que te saquen. Yo no pienso ir a ningún lado.

—Como quieras. Eso no es importante ahora. —Se llevó la mano a la frente y guardó silencio.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó Thery.

—Es este aire, al no disponer de la vacuna... En buena hora se me ocurrió no ponérmela.

—¿Qué vacuna? —Se sentó y cogió su móvil para mandar un mensaje.

—El aire de la tierra no es adecuado para mí.

—Ya, el aire. Pues te puedes juntar con Xion.

—¿Cómo? ¿Conoces a Xion? ¡El súper! —preguntó alterado mientras ataba cabos.

—¿Lo conoces tú? —se sorprendió ella.

—Yo he preguntado primero.

—Lo conocí en el supermercado hace unos días —explicó Thery después de respirar resignada—. No lo había visto antes. Y también se quejaba del aire cuando me abordó, hablaba de mundos e historias, creía que estaba chalado, pero... En fin, iba con su hermano, un chico muy raro también, y los dos decían que no podían respirar con este aire.

—¿También conoces a Luey?

—Bueno, hace un tiempo que coincidimos en el súper. Parece que vive por aquí cerca.

—¿Dónde? —quiso saber.

—No lo sé. No se lo he preguntado. No somos amigos. Solo nos vemos por el barrio. Y la última vez estaba muy extraño.

—¿Qué ocurrió? ¿Te hizo daño? Porque si es así...

—Oye, Maxt. Parece que sales de una película de acción. Para ti todo es lucha y...

La melodía del teléfono interrumpió sus palabras. Antes de descolgar, vio reflejado en pantalla el nombre de su jefe.

—Buenas noches, Thery. Voy a enviarte un mensaje con unos datos para que se los pases a Maxt, si no te importa.

—¿Unos datos? No entiendo tanto misterio... —Soltó un suspiro.

—Por favor, Thery —la interrumpió—. Dale la información. Y aguanta un poco más...

Respiró hondo, se quedó unos segundos con la mirada perdida.

—¿Quién era? —preguntó Maxt mientras la chica miraba el contenido del mensaje componiendo un gesto de extrañeza—. ¿Ocurre algo? —preguntó al ver que ella no contestaba.

—Claro que ocurre, Maxt. De hecho, no dejan de ocurrir cosas raras desde que has aparecido —le reprochó ofuscada sin despegar la vista de la pantalla—. Mi jefe me acaba de mandar un mensaje con una ubicación. ¿No serán tus coordenadas?

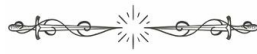
—Déjame ver. Las meteré en el rastreador y...

—No hace falta —dijo mientras observaba atenta el móvil—. Manda una ubicación en medio de un acantilado. No entiendo nada.

—¿Por qué te extraña?

—Es la zona de Mataleñas. En concreto en la parte donde se... —dejó de hablar unos segundos intentando ordenar los pensamientos y tecleó algo en el móvil. Había tomado una decisión—. Debe ser un error. Luis vendrá a buscarte enseguida. Necesito salir a despejarme. No quiero verte aquí cuando vuelva. Le he mandado un mensaje a mi jefe para que venga a recogerte. Yo he cumplido con mi parte del trato. Luis se encargará de todo a partir de ahora, espero que te vaya muy bien. Yo sí que necesito aire fresco. No me rechistes por favor, yo no puedo seguir con esto. Hasta aquí llegó mi aventura en esta historia.

Sin mediar palabra cogió las llaves, el abrigo y salió de casa.



Cuando Maxt se quedó solo, se acercó a la ventana. Había poco movimiento en el exterior, tan solo algunos vehículos transitaban por la calzada, pero no había nadie caminando por las aceras. Todo era tan diferente a su tierra, Vio como ella se alejaba, no sin antes echar la vista atrás y mirar hacia arriba con preocupación.

El día siguiente sería decisivo. No iba a ser fácil convencer a Thery para ir a Halkibie, pero debía hacerlo de alguna manera, con alguna excusa y sin utilizar la fuerza porque llamarían la atención. Tendría que recurrir al plan B, ser un hombre sumiso y amable, aunque le costaba acatar las normas de la joven. Tenía demasiado carácter, debatía cualquier idea y él no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria... Tragarse su orgullo por no comprometer la misión iba a resultarle más complejo que exponer su vida para protegerla de los peligros de los que ella no era consciente.

¿Cómo habría logrado sobrevivir todo este tiempo sin usar la magia ni ser descubierta?

El intenso aroma del café despertó a Maxt. Se desperezó y abrió los ojos, pero la claridad que entraba por la rendija del escondite improvisado le cegó al momento. Había pasado la noche escondido en una pequeña alacena que Thery usaba de cuarto escobero y pequeño almacén. Vio que Thery entraba en el salón e intentó no hacer ruido para no ser descubierto.

Oyó como recibía un mensaje y se enfurecía mientras marcaba algún número. La escuchó discutir con alguien y dedujo que era con Luis que le había descubierto. El día anterior no quiso moverse de allí y se escondió ante la desaprobación del jefe.

—Sal de ahí, sinvergüenza. —La vio aproximarse muy enfadada a la alacena—. ¿Qué parte de no te quiero en mi casa no entendiste anoche?

—¿Cómo has sabido qué...?

—Era ahí o debajo de la cama. Esta casa es demasiado pequeña para escondrijos —suspiró ante la mirada expectante de Maxt que no sabía a qué atenerse—. Siéntate en el sofá, te cambiaré las gasas. Conste que a petición de Luis —dijo clavándole la mirada mientras cogía aire con fuerza.

Enseguida notó sus manos cambiando el vendaje y la oyó susurrar que la herida tenía buen aspecto. Se dejó hacer, maravillado por el roce de sus dedos y cuando Thery se alejó, sintió no haberle cogido la mano para que se quedara.

Al poco, la chica volvió a la cocina y él la siguió con la mirada. Volvió al salón con el desayuno en una bandeja y lo depositó en la mesa. Sirvió los cafés en las tazas mientras él se acercaba y se sentaba a la mesa. Le acercó un plato con las tostadas. Le apetecía probar la mermelada de color rojo intenso que ella solía tomar. Cada vez que Maxt había ido a la tierra había comido en restaurantes o cafeterías, pero nunca en un hogar. Por eso le resultaba todo un descubrimiento, los sabores y olores que Thery había compartido con él. Después de tantos días sin las píldoras que le proporcionaban los nutrientes, por fin podía degustar aquellos platos sin la sensación de saciedad. Solo como un manjar.

—¿Te importaría hacerme un favor antes de irte? —le pidió en tono cándido.

—Tú dirás, pero no tengo mucho tiempo antes de empezar a trabajar.

—¿Te importaría llevarme al lugar que indican las coordenadas?

—Ya te dije ayer que creo que están equivocadas. ¿Cómo va a haber un portal en un acantilado?

—Necesito que me lleves a ese sitio.

—¿Y no sería mejor que preguntara antes a Luis por si es un error?

—Thery. —La miró a los ojos—. Hazme caso. Acompáñame.

Thery asintió de mala gana y, después de recoger el desayuno y arreglarse, llevó a Maxt en coche hasta Mataleñas.

Durante el trayecto, los dos se mantuvieron en silencio. Thery quería terminar cuanto antes para no llegar tarde al trabajo.

Conforme se acercaron al lugar, el coche empezó a dar trompicones. Aún quedaba un trecho hasta el acantilado, pero, dadas las dificultades del terreno, Thery consideró que era mejor no continuar en el vehículo.

—Maxt, me temo que el resto del recorrido lo tendremos que hacer a pie. No sé qué le ocurre al coche. Hasta ahora nunca me había dado problemas.

—A lo mejor te lo han trucado para que falle—dijo saliendo del vehículo.

—Es un coche muy viejo y es normal que dé problemas. ¿Siempre te pones en lo peor? —le preguntó mientras cerraba.

—No, solo cuando tengo una misión.

—Ya —contestó Thery con cinismo al tiempo que andaba para ponerse a su lado—. ¿Qué misión, Maxt? —Acompañó la pregunta con el gesto de entrecomillar con los dedos de ambas manos.

—Protegerte de los terractnores y encontrar el portal —respondió con naturalidad.

—No sé si sabes que las heridas del cuerpo cicatrizan rápido, pero las de la cabeza llevan más tiempo —dijo irónica— mira, Maxt necesito que te expliques mejor. No entiendo la mitad de lo que me dices.

—No me crees, ¿verdad?

—No sé qué pensar, porque lo que dices no tiene lógica, Maxt. —Apretó los dientes sin mirarlo. Quería saber más, necesitaba darle sentido a la carta de sus padres, a lo relatado por Luis. Se le ocurrió que jugar con el escepticismo le soltaría la lengua al chico—. Bueno, en hora y media empiezo a trabajar, así que vamos a darnos prisa o llegaré tarde.

—Hoy supongo que no irás al trabajo, Thery —afirmó una voz detrás que la sobresaltó.

Maxt y Thery se giraron y la chica arqueó las cejas en un gesto de sorpresa cuando vio a Luis.

—Debéis marcharos o no llegaréis al portal —advirtió el jefe de Thery.

—¿Qué significa esto? —Thery empezó a sentir ansiedad y el corazón latía con fuerza. Temblorosa, comenzó a caminar por donde habían venido.

—Espera, Thery. —Maxt puso sus manos sobre las de ella—. Perdóname. Debería haberte explicado todo antes. Lo siento —continuó sin dejar de mirarla—. Ya sabes que él es un halkibiense camuflado. Está en vuestro planeta para ayudarnos, proporcionarnos identidades falsas, suministros, información, coartadas y...

—¿De qué estás hablando? —lo interrumpió Thery—. Me vais a volver loca. Confío en ti porque siempre has estado ahí, incluso antes de descubrir la carta de mis padres.

—¿De qué carta hablas? —preguntó el muchacho al oírla.

—Maxt, no entiendo por qué aún no le has explicado nada. Ya no hay tiempo. Los terractnores os pisan los talones. Ahora debes ponerla a salvo. Thery —continuó dirigiéndose a la joven—, confía en él. Te protegerá y aunque no entiendas qué ocurre, no dudes de él. Te llevará con Jon y los demás compañeros. No hay tiempo, corred todo lo que podáis. Intentaré despistarlos —les apremió—. No os queda mucho para llegar. Confía en mí, Thery, confía en mí.

A lo lejos vieron unas sombras que se aproximaban veloces hacia ellos. Thery, sin dar crédito a lo que estaba ocurriendo y con cara de espanto, intentaba distinguir las figuras cada vez más cercanas. Maxt tiró de su brazo para hacerla correr con él, pero ella se resistió. ¿De qué querían protegerla? ¿Dónde la llevarían? ¿Podría volver cuando quisiera? Decenas de preguntas se acumulaban en su mente y bloqueaban sus movimientos.

—Thery, todo está relacionado con tus padres. —Empujó a la chica para hacerla avanzar. Cuando os aproximéis al acantilado, Maxt te pedirá que te abracés a él. Hazlo sin dudar.

—Pues vaya una forma de salvarme. ¡Esto es absurdo!

Maxt la agarró la mano y tiró de ella mientras Luis la incitaba a avanzar con las manos puestas en su espalda.

—¡Vamos, Thery! Por favor, corre. Cuando estemos al borde del precipicio, te abrazarás fuerte a mí y saltamos juntos. ¿Podrás hacerlo? —Dirigió la vista hacia atrás para controlar el avance de las sombras.

—Creo que sí —dijo resignada—.

—Ahora es el momento. Abrázame —le pidió cuando estuvieron en el filo del acantilado.

—Toda la vida imaginando que un hombre como tú me dice eso y cuando pasa es justo a como nunca imaginé.

—¿Qué dices?

—Nada —sonrió con miedo, pero con decisión a lo que se avecinaba—. Voy.

En unos instantes, el grupo de hombres que los perseguían llegó a su altura. Sin perder tiempo, Thery se acercó a Maxt que la abrazó y se lanzaron al precipicio. Ella ahogó un grito aterrorizada hasta que sintió como se zambullían en el agua fría. Con los ojos cerrados, se aferró aún más fuerte a Maxt mientras notaba las sacudidas de las corrientes marinas. La cabeza le daba tantas vueltas que la hundió tanto como pudo en el cuerpo del muchacho.

Unos instantes después, sintió que ya no estaban sumergidos en agua. Era como si se arrastrasen por un césped mullido a pequeños saltos. Sin despegarse del soldado, percibió que avanzaban más despacio dando tumbos hasta que se detuvieron. Solo entonces se atrevió a abrir los ojos, abrazada con fuerza a Maxt.

18

Percibió el aire frío en el rostro y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Las hojas de los árboles se movían y el siseo que provocaban era el único ruido en el entorno. El aire frío en medio de un bosque frondoso. Los árboles no le dejaban ver el cielo y el sendero por el que se habían deslizado estaba cubierto de hierba fresca y mojada.

¿Cómo habían llegado hasta allí después de saltar por el precipicio? Y sin ningún rasguño, ni un solo golpe. Estaba aterrada y confusa. ¿Sería otro de sus sueños como los que tenía a menudo con los dragones? Sentía el calor y la respiración de Maxt que continuaba abrazado a ella. No podía estar soñando.

Oyó sonidos de pasos cerca y cuando levantó la vista, sus ojos se encontraron con los de Dobres que sonreía con aire amistoso.

—Bienvenida a Bie —le dijo el soldado—. Espero que estés bien, aunque supongo que algo aturdida.

—Siento lo que ha ocurrido, Thery —se excusó Maxt separándose de ella—, pero era necesario salir de allí cuanto antes. Teníamos a los terractnores encima. —Se levantó y le tendió la mano para ayudarla a ponerse de pie.

—¿Los terrac... qué? —preguntó confusa— ¿Dónde estamos y cómo hemos ...?

—Estamos en Bie —interrumpió Maxt—, uno de los últimos pueblos habitados de Halkibie.

—¡Otra vez con esa historia! ¿Dónde están mis amigos? Dijisteis que podría reunirme con ellos.

—Lo comprobarás por ti misma enseguida. Hemos venido aquí a través de uno de los portales que nos une a la Tierra y nos permite viajar entre ambos planetas. Era necesario protegerte.

—¿De quién? ¿De los hermanos?

—De los hermanos, de los mercenarios y de...

—Para, para, para —esta vez fue ella quien interrumpió—. ¿Por qué me persiguen? Solo soy una persona normal y corriente, con una vida sencilla y tranquila hasta que tú y este aparecisteis el otro día.

—Me llamo Dobres.

—Me da igual. Quiero saber dónde están mis amigos y volver a casa.

—De momento, no podemos volver —dijo el soldado con calma—, pero te puedo llevar con tus amigos.

Caminaron sendero arriba a través de una montaña mientras Dobres le detallaba cómo funcionaban los portales. Por fin le explicó que Thery era un candil especial. Pertenecía a una raza híbrida entre ambos planetas y generaba la energía necesaria para garantizar la supervivencia de Halkibie.

Maxt callaba y dejaba hablar a su amigo, pensando en la conversación que tenía pendiente con

Coudet. La versión que le había repetido tantas veces no encajaba y debía descubrir por qué.

Cuando alcanzaron la cima, divisaron a lo lejos diferentes edificaciones.

—Nuestro planeta está en una situación crítica —continuó Dobres—. Corre peligro de extinguirse si nuestro amuleto, el Orelum, carece de energía. Solo algunos humanos terrestres son capaces de dotarlo de la energía necesaria para que sigamos adelante.

En breve saldrían todos hacia el Templo de Tristannas para recargar el Orelum. Gracias a los humanos candiles recargarían el amuleto. Además, el camino era muy peligroso y necesitaban humanos que los ayudaran a vencer a las fuerzas contrarias, concluyó.

Thery caminaba, con la respiración agitada, entre Dobres y Maxt mientras escuchaba con atención al soldado. Aún no sabía si creerse la historia que le contaba, pero el chico mantenía el rictus serio y sonaba convincente.

—Me cuesta respirar —dijo Thery agobiada.— ¿Y cómo se hace esta recarga?

—Este aire es menos espeso que el de la Tierra. Te vacunaremos enseguida para que te sientas mejor —le explicó Dobres, mientras ella intuía que no quería responder a su pregunta.

—Ahora entiendo lo que te ocurría, Maxt. ¿Y por qué no solucionáis vosotros mismos vuestros problemas en lugar de involucrarnos? —El tono de la pregunta denotaba enfado.

—Vuestra energía es más potente. Solos no podemos contra las fuerzas que nos amenazan. Sin la magia del Orelum, somos vulnerables a otros pueblos de Halkibie. Como Terracnor, ya has oído hablar de ese lugar, una tierra que posee energía de manera natural.

—Sea como sea, quiero ver a mis amigos ya —exigió.

—Pronto estarás con ellos. Primero iremos a la enfermería para que Arenal te vacune y luego podrás verlos en la cena.

—¿La cena? Si acabamos de desayunar.

—Hay un desfase temporal entre tu planeta y el nuestro —apuntó Maxt encogiéndose de hombros.

La sensación de incredulidad invadió a Thery una vez más. ¿Sueño o realidad? ¿Le estaban gastando una broma pesada? Si no fuera por el descubrimiento de la carta, estaba convencida de que no estaría allí.

Habían llegado a la ciudad cuyos edificios achatados se diseminaban en el espacio. Le llamó la atención uno acristalado de varias plantas al que parecían dirigirse. Las ventanas estaban dispuestas de una forma desconcertante. No guardaban una armonía ni en forma ni tamaño. Thery se detuvo para examinarlo varias veces.

—Los cristales tienen esa disposición para captar mejor la energía —le aclaró Dobres antes de entrar cuando notó su desconcierto.

Recorrieron un pasillo lleno de puertas, muy iluminado, y accedieron a una sala que desprendía olor a medicina y humedad, similar al dormitorio de un internado. Allí los esperaba una señora de edad bastante avanzada y aspecto huraño que, al verlos entrar, se acercó a ellos. Thery observó la escena como mera espectadora, quedándose con los detalles de cada comportamiento de los presentes.

Maxt se adelantó para saludarla con la tensión reflejada en el rostro.

—Hola, muchachos. Me alegro de veros —saludó perfilando una sonrisa ácida—. He venido para recibir a la recién llegada y acogerla en mi casa. Me gustaría ser su anfitriona y ...

—Tranquila, Coudet —la cortó Dobres—. Se quedará conmigo. Además, aún no ha venido Arenal para ponerle la vacuna.

—Yo también se la puedo administrar —propuso—. Ya sabes que tengo en casa.

—No te preocupes, gracias. Esperaremos a Arenal y se quedará conmigo.

—Imagino que ahora que está aquí, no la acapararás, ¿verdad, Dobres? —inquirió apretando los dientes—. No querrás que se sienta incómoda.

—Tranquila. La cuidaremos hasta la llegada al templo. Nos vemos luego, Coudet.

—Hasta pronto, muchachos —se despidió en tono seco. Después miró a Maxt con una leve mueca dulce que contradecía su mirada fulminante—. Maxt, luego me gustaría hablar contigo. Cuando tengas un rato, claro.

—En cuanto salga de la enfermería, podréis hablar —intervino Dobres—. Nos vemos en la fiesta, Coudet.

La señora salió a regañadientes y los tres se quedaron en un incómodo silencio.

Al poco se volvió a abrir la puerta y entró otra mujer. Thery se quedó paralizada al verla. De inmediato la reconoció. Era la mujer de la foto, con algunos años más. Debía de ser su abuela.

—¿Nos podéis dejar solas? —pidió dirigiéndose a los dos chicos.

—Perdona, Arenal, pero el general me ha encargado que custodie a la invitada —respondió Dobres.

—El capitán de la misión soy yo —se apresuró a decir Maxt con el ceño fruncido.

—Lo sé Maxt, pero estás aún convaleciente y, dadas las circunstancias, es mejor que Thery esté siempre protegida.

—No estoy de acuerdo.

—Habla con el general.

—Discutidlo en otro momento —intervino Arenal sin quitar la vista de Thery—. Dejados solas, por favor.

Cuando salieron de la estancia, miró a la joven intentando que no se notara la emoción que la embargaba. Tuvo que contenerse para no abrazarla con todas sus fuerzas y llevársela para protegerla. Le iba a costar mantenerse tranquila.

—¿Quién es usted? —preguntó Thery con la respiración agitada.

—Arenal, la mujer de Aes Blantz, el general Blantz. ¿Lo conoces?

—No, solo conozco de este lugar detalles que no entiendo.

—¿De dónde vienes? —preguntó Arenal.

—De Santander. Pero, ¿dónde estoy en realidad? —quiso saber Thery.

—Estás en Bie, un pueblo perteneciente al planeta Halkibie. ¿Tienes familia, muchacha?

—No —dijo Thery bajando la mirada—. ¿A qué se dedican ustedes aquí?

—Depende. Cada cual tiene su labor —respondió Arenal intentando controlar la emoción—. ¿Qué edad tienes?

—Treinta. ¿Qué harán conmigo? Yo quiero volver a mi casa. No entiendo de poderes ni de

energía. Solo quiero recuperar a mis amigos y mi vida.

—No sé por qué te han traído aquí, pero te ayudaré a escapar si así lo decides. —Tras un segundo de silencio, se atrevió a preguntar—. ¿Conociste a tus padres? ¿Te hablaron alguna vez de tu pasado? ¿Has tenido una infancia feliz?

—¿A qué vienen tantas preguntas? ¿Por qué me quiere ayudar? Yo también necesito saber. Todo lo que me sucede desde hace días es muy extraño.

—Tranquila. Comenzaré yo a contestar, así tal vez ambas aclaremos nuestras dudas. Perdona por avasallarte a preguntas. Me recuerdas tanto a Nansa. Eres su viva imagen —dijo en tono melancólico—. Y tienes los ojos iguales a mi hijo Asón.

—¿Cómo? ¿Usted...? —Thery se hizo la sorprendida al escuchar el nombre de sus padres. A pesar de estar al tanto de todo, oír su nombre en labios de ella y notar su emoción, hacía que la sintiera cercana. Tragó saliva y la dejó explicarse.

—Se marcharon lejos hace años. Ocultaron su destino para protegerse. No los he vuelto a ver. —Su mirada se hizo cristalina y tras unos segundos intentando contener las lágrimas, continuó—. Mi único consuelo ha sido pensar que serían felices. Mi hijo me prometió que, si algún día tenían descendencia, la protegerían de este lugar y de sus gentes.

—¿Por qué tuvieron que huir?

—Querían vivir.

—No puede ser —dijo Thery dando pequeños paseos por la estancia.

—Claro que puede ser. Soy tu abuela —dijo Arenal con lágrimas en los ojos.

—Pero... —Thery se detuvo mientras se tapaba la cara con ambas manos—. Mi padre guardaba un medallón con la foto de una mujer...

—El medallón con mi foto que le regalé como recuerdo antes de marcharse —explicó Arenal acercándose a la joven y tendiéndole las manos.

Thery se las ofreció también y Arenal continuó sin apartar la vista de su mano derecha:

—Estos anillos engarzados te los regalaron en tu dieciocho cumpleaños.

—¿Cómo lo sabe?

—Son los anillos que te protegen de que nadie descubra tus poderes, aunque la energía que transmites es tan grande que es difícil ocultarla. Te lo regalaron porque con la mayoría de edad los poderes se intensifican.

—No tiene sentido.

—Claro que lo tiene. Hazme caso. Yo no voy a hacerte daño. Estás en peligro. Hay mucha gente que quiere aprovecharse de ti por el poder que tienes.

—¿Cómo puedo comprobar que todo esto es cierto?

—Hay muchísimos datos que te convencerán de que mis palabras son ciertas. El día que tus padres murieron los recogió un compañero de tu padre, Adal Istroval, que también murió. Era el padre de Maxt, el muchacho que curaste y te ha traído hasta aquí. De hecho, tú te encargas de llevar unas rosas a su tumba todos los años. A ninguno de los tres les faltan flores el día del aniversario.

—¿Cómo lo sabe? —La cara de desconcierto de la chica iba en aumento.

—Desde aquí los tenían controlados. Tu padre tenía una mancha de nacimiento en el brazo derecho, que has heredado tú.

Thery soltó las manos de la anciana para tocar la mancha y al cabo de unos segundos dijo:

—En realidad, todo eso que me cuenta no significa nada. —mintió ruborizada.

—Ven a casa y te enseñaré fotos de tus padres. Es sencillo de comprobar. Ahora debes tener cuidado. Aquí corres peligro. Voy a hablar con tu abuelo para que te quedes con nosotros y puedas verificar que te digo la verdad. —No pudo contenerse, le acarició la cara y en tono de súplica continuó—. Ahora debo ponerte la vacuna.

Thery la siguió hacia una sala que parecía un dispensario médico. En un momento, Arenal preparó la vacuna. No parecía muy diferente a las de la Tierra. Arenal se la puso en el brazo derecho sin preguntar. ¿Cómo se habría dado cuenta de que era zurda? La gente suele preguntar esas cosas para saber dónde inocular. Sintió un leve escozor. Pero nada comparado con el que sentía en su pecho al notar la cercanía de aquella mujer que decía ser su abuela y a todos visos lo era. Tal vez se había excedido en su dureza por hallar respuestas, pero necesitaba comprender si su verdadera naturaleza era crear vínculos con ella o ser solo un arma en su guerra cruzada con otros pueblos.

Nada más terminar de ponerle la vacuna, se oyó el chirriar de la puerta y entró Coudet como una exhalación.

—¿Qué haces, Arenal? —preguntó en tono invasivo.

—Nada, ya nos íbamos.

—¿Le has puesto el inhibidor?

—Lo siento. Se me ha olvidado. Voy fuera a por él.—mintió haciendo que salía de la sala a recogerlo, mientras buscaba un arma escondida y la apuntaba por la espalda.

—Yo se lo pongo.

Thery vio cómo aquella señora le acercaba un aparato a la cabeza, pero no notó nada en particular.

Dobres entró en la estancia, hizo un gesto para que Arenal bajara el arma y se encaró con Coudet.

—¿Qué haces aquí? Acabo de hablar con Blantz para que ella se quede en mi casa. Tengo todo lo necesario para estabilizarla en caso de que haya complicaciones y estoy dentro de esta misión, no como tú. Espero que no le hayas administrado el inhibidor de recuerdos, porque está prohibido para determinados candiles.

—Era lo que tenía que hacer, no querrás que escape...

—No digas tonterías —la interrumpió—. Sabes que la necesitamos en plenas facultades. No deberías haberlo hecho. Y menos siendo del Concejo.

—Tú qué sabrás —dijo antes de salir.

Thery lo miraba sin entender nada. La mujer parecía muy peligrosa y, su actitud le generaba desconfianza. Por fortuna, con ella el inhibidor no había surtido efecto. Mejor que no se enterara nadie. Tal vez así conseguiría más información para saber qué diablos estaba pasando allí. Por ahora, todos querían algo de ella y sabía que para sobrevivir necesitaba tener los cinco sentidos a

punto.

—Dobres, ¿quién es esa mujer? —preguntó al soldado cuando la vio salir y a sabiendas de que ella podía escucharla.

—Es Coudet —dijo chasqueando la lengua—. Es una integrante del Concejo. Tiene mucho poder y, como ves, toma sus propias decisiones.

—Cuéntame cuál es el plan. ¿Qué vais a hacer conmigo? —Pasaron por delante de Arenal como si no la conociera mientras notaba su desasosiego ellos se alejaron.

—¿Qué plan quieres que te cuente?

—¿Es que hay más de uno?

—En tu caso, sí. Debes saber que a tus amigos se les administró un inhibidor de recuerdos, han ido recobrándolos, pero todavía no han recobrado todos. Pueden tardar días en hacerlo. Te lo comento porque tal vez no te recuerden, pero lo harán de manera progresiva. Ahora que estamos solos te lo puedo decir. Ya sé que contigo no funciona, te guardaré el secreto.

Thery tomó aire.

19

El general Blantz esperaba a los hermanos Luey y Xion dando pasos cortos arriba y abajo cerca del cruce de caminos. No se fiaba de las intenciones del Concejo y mucho menos de Coudet.

Su plan de proteger a su nieta en la Tierra había fracasado. Su primera idea había sido raptarla sin más, pero como caído del cielo, la muchacha quería un cambio de aires, así que pactó con Luis el traslado a Barcelona. Esto le facilitaba la labor y en el transcurso del dicho viaje, los hermanos la secuestrarían y la llevarían hasta Halkibie. Desde luego, no podía negar que la habían vigilado y protegido durante meses desde una distancia prudencial, sin contar el incidente del último día en el supermercado tras la metedura de pata de Xion.

El general los vio aparecer de lejos y, en cuanto estuvieron a unos metros, reprochó:

—Tenías una misión, Luey, solo una.

—Lo sé, general. Lo siento.

—Debías vigilarla y esconderla de los soldados de Bie y, sobre todo, de la expedición. Y no solo no lo has conseguido, sino que encima, la trae Maxt en lugar de vosotros.

—Lo siento, lo remediaré —se lamentó Luey de nuevo—. No sabemos cómo Maxt la interceptó y la trajo hasta aquí. Recibimos su notificación, general. Nos sorprendió tanto como a usted, pero llegamos tarde y se escaparon por poco.

—He trazado otro plan —sentenció el general Blantz—. La secuestraremos mañana cuando vayan hacia el Templo a llevar el Orelum.

—Coudet también tenía un mercenario en esa misión. Creemos que es Maxt porque no nos cuadra ningún otro —interrumpió Xion.

—Imaginé que podría darse el caso, pero no lo creo. Maxt es un hombre de mi confianza, a la vista está que la ha traído —contestó contrariado, mientras sacaba un mapa electrónico del bolsillo—. Os comentaré mi plan y si después albergáis alguna duda, la resolveremos.

El general fue desplegando pantallas para mostrarles el itinerario de la expedición que saldría al día siguiente camino del templo donde depositarían el Orelum.

Los muchachos atendían sin poner ninguna pega mientras el general les explicaba que deberían atravesar los valles de Nosa y las tierras de Suxo y Kampoo, utilizando el atajo por Kayón's Marie para acabar en el puente de Asón. Allí los esperarían y su hombre en la sombra, Dobres, dinamitaría el puente a su paso. La muchacha iría protegida todo el tiempo por los guerreros.

Blantz solo se fiaba de un par de personas de la expedición. Tenía un topo dentro, que custodiaría a Thery en el puente, retrasaría su paso y así no cruzarían con el resto. Tal vez los darían por muertos con un poco de suerte o, al menos, ralentizarían la búsqueda.

—¿Quién es el topo con el que trataremos? —preguntó Luey.

—Lo sabréis cuando os la entreguen —dijo el general—. Todo a su debido tiempo.

—¿Por qué nunca nos da los nombres? —quiso saber Xion.

—Si algo saliese mal, cuanto menos sepáis los unos de los otros, mejor. Si no sabéis de quién se trata, no podréis revelar su identidad en caso de desertión, tortura o traición.

—¿Dónde la llevaremos?

—A la tierra de Abionzo.

—¿A la tierra de los dragones? Abionzo es el dragón más peligroso. Es una completa locura entrar sin poderes mágicos o sin la ayuda de médiums o magos extrahalkibianos.

—La chica es un candil. Vuestra misión es llevarla allí para protegerla y así ella os protegerá. Además, vosotros poseéis energía, la podréis enseñar.

—Pero, ¿cómo si no lo sabe? —protestó Xion.

—Vosotros llevadla allí, cerca del manglar. Es el sitio donde Abionzo la encontrará.

—De acuerdo. Así se hará. ¿Por qué está tan seguro de que saldrá bien? —preguntó Luey.

—El plan no puede fallar. Es la única manera de restablecer el orden y hacer lo correcto —contestó.

—No lo defraudaremos, general —se cuadró Xion.

—Venga, muchachos. No hay tiempo que perder. Debo volver al pueblo antes de que me echen de menos. En paz —dijo realizando el saludo de respeto.

—En paz —contestaron al unísono los chicos mientras replicaban el saludo.

Cada cual tomó su camino. Los hermanos marchaban con la esperanza puesta en sus planes de recuperación, pero preocupados por lo impredecible que resultaba la muchacha y la cantidad de factores a tener en cuenta. Querían que el plan funcionase, pero desde el principio, todo había salido bastante mal y comenzaban a sospechar que Blantz era demasiado mayor para dirigir el ejército. Claro que Xion y Luey tampoco podían hacer más, pues no contaban con la experiencia suficiente para llevar un equipo.

A diferencia de los de Bie, ellos no deseaban alargar la guerra, sino buscar una forma de establecer una paz duradera e impedir que se destruyeran más vidas y familias. En los últimos años, los rumores de que Sortine no existía y de que todo era una burda mentira para ocultar los sacrificios de los candiles al Orelum no habían dejado de crecer.

Con ello, también lo había hecho la tensión entre quienes creían en esta isla paradisíaca y quienes no. Había llegado a un punto, en el que las dos ciudades estaban enfrentadas en una guerra sin cuartel entre ambas facciones, y en el que se condenaba al ostracismo a las familias que se negaban a sacrificar sus hijos candiles. La situación era cada vez peor y el conflicto podía estallar en cualquier momento. Por eso, Luey y Xion necesitaban seguir el plan. Necesitaban salvar a la muchacha. Solo así podrían acabar la guerra.

20

Varias horas después del encuentro con los hermanos, Blantz estaba deseando reencontrarse con su esposa en el Vulrum, la cena previa a la cosecha, una tradición que se repetía antes de sacar al Orelum de camino al templo.

Todos agradecían, como cada año, la cosecha recogida y pedían por la venidera. Cada grupo a su manera: jóvenes, por un lado; ancianos, por otro. Las familias comían entre cánticos, bailes, juegos y risas.

Antes, Blantz se acercó a casa de Hankli, el alcalde de Bie, donde Coudet y varios miembros del Concejo lo esperaban.

—Por fin, Blantz. ¿Dónde te habías metido? Hankli y yo te estábamos esperando —dijo Coudet.

—Siento el retraso —se excusó.

—Bien, podemos continuar. Hemos descubierto que la nueva adquisición de Maxt es un candil tan potente que acabará con todos nuestros problemas. Así que sustituirá al otro que teníamos. Tan solo hay un inconveniente —dijo Hankli situándose frente a Blantz.

—No te sigo —disimuló Blantz con el corazón encogido.

—El candil que sacrificaremos mañana es tu nieta. Tiene mucha potencia. Coudet nos ha dado infinidad de pruebas de ello porque, al parecer, ella la tenía ya vigilada en la Tierra —respondió Hankli—. La iba a reclutar ella con su equipo de élite personal, pero Maxt se adelantó.

—Bueno, alguien tenía que mirar por nuestro pueblo —se jactó la anciana con una risa maliciosa—. Espero que todo salga según lo planeado. Yo voy hacia la fiesta —continuó dirigiéndose a la puerta—. Vosotros no os demoréis mucho. El resto de los ancianos y arcanos ya estarán allí.

—Enseguida vamos —contestó Hankli viendo cómo se alejaba la mujer—. Creo que está todo claro —retomó la conversación con los presentes—. Si me permitís, quiero hablar con Blantz a solas. —Guardó silencio mientras los miembros del Concejo salían de la habitación.

—Menos mal que se han ido —bajó la voz para hablarle a Blantz—. Sé que esto es muy duro para vosotros. ¿Has hablado con tu mujer?

—No, aún no. No puedo hacer nada para evitar esta situación —dijo cabizbajo—. Yo mismo he dirigido la misión.

—Arenal dice que es el vivo retrato de Nansa, aunque los ojos son de tu hijo Asón. También la ha reconocido por los anillos unidos de contención y protección que llevaba. Tu nieta tiene un potencial enorme del que ella parece no ser consciente.

Se hizo un silencio entre ambos hombres, hasta que por fin Blantz, con el rostro desencajado por el dolor, acertó a decir:

—Gracias, amigo. Mi hijo está muerto y enterrado junto a su mujer. Ellos tomaron sus

decisiones y afrontaron las consecuencias arrastrando consigo a sus descendientes. Yo tengo la obligación de defender a mi pueblo. Eso no significa que no me duela, pero he de ser consecuente con mis actos y con mis ideales.

—¿Estás seguro? —preguntó Hankli.

—Sí. Lo hice con mi hijo y lo haré con ella. Nos ceñiremos al plan y para que eso no cambie, serás tú el encargado de repasar la ruta con Maxt. Así disiparemos dudas, si las hubiera. Me mantendré al margen. Si tiene tanto poder como dices, estamos salvados.

—De acuerdo, como prefieras. Solo necesitaba contártelo.

—Gracias, amigo.

—No me des las gracias. Coudet no parará hasta verla muerta. Quiere para ella el mismo final que tuvo su hijo. Según me han contado mis espías, tiene preparadas algunas trampas para matarla si intenta escapar en su camino hasta el templo.

—Lo intuía. Y más sabiendo los poderes de la muchacha —respondió intentando controlar las lágrimas. No decir nieta o su nombre era una manera de distanciarse de ella para no exponerse.

—No me gustaría estar en tu lugar, pero como alcalde debo agradecerte el enorme sacrificio que vas a hacer. Y ya sabes, nos estamos jugando mucho con esta operación llena de dificultades —dijo Hankli poniendo una mano sobre el hombro de Blantz—. Y ahora, vamos a pasar un rato en familia en la cena del Vulrum.



Nada más salir los dos hombres de la casa del alcalde, un trabajador se encaminó a encontrarse con Maxt quien maldijo su destino. Lo habían elegido para que acabara con la chica que, a esas alturas, se había convertido en alguien importante para él. Aunque si era cierto lo que le acaba de narrar y su pueblo podía salvarse gracias a Thery, estaba en una situación complicada. Sabía que tenía que tomar partido y hacerlo ya. Acabó de alinear todas las conexiones: el interés de Coudet, el anillo y la capacidad de curación de Thery.

Al llegar al centro del pueblo, donde todo estaba dispuesto, Cruzó un par de miradas con Dobres, la fiesta estaba en horas bajas, algo no encajaba. Demasiados guardias rodeando el perímetro, la escolta personal de Coudet con sus insignias de espinelas relucientes demasiado cerca de Thery. Los miembros del Concejo observando con desconfianza.

Aquella calma tensa no hacía más que provocar incertidumbre entre unos guardias y otros. Mientras todo el mundo parecía disfrutar, una batalla de miradas se libraba tras los asistentes de mayor rango.

El general Blantz buscó a su mujer. Estaba sentada con la mente en blanco frente al fuego. Se acercó a ella y cuando cruzaron sus miradas, el general intuyó la profunda tristeza en la que ella también estaba sumida.

—Tenemos que salvarla como sea —le susurró Arenal—. Deberíamos de llevarla a casa de inmediato. No podría soportar perderla a ella también.

—Lo sé, pero no podemos realizar ningún movimiento que delate que no vamos a seguir el plan establecido. Tengo mis métodos, confía en mí —le pidió sentándose junto a ella—. Esta vez no voy a perder lo que más me importa. Mi honor dejó de ser una prioridad hace mucho. Esta guerra no tiene sentido y nuestra forma de sobrevivir tampoco. He avisado a Abionzo para que la proteja. En el fondo, también él es parte implicada.

—No creo que el viejo dragón te haga caso. Ya sabes que vive en su mundo ajeno al nuestro.

—Veremos —dijo cogiéndole la mano a su mujer para tranquilizarla.

Hankli los observaba desde la distancia con cara de pena y Coudet se acercó al alcalde por detrás:

—Hankli, amigo. El general Blantz es el hombre más íntegro que conozco —aseguró señalando con discreción al general—. No debe ser fácil su postura. Lo bueno es que está de nuestro lado. Lo malo es que, si en algún momento se descubriera alguna anomalía en nuestros procesos o decisiones, yo sería implacable.

—Lo sé, Coudet. Ambos me producen una profunda tristeza.

—A todos. Ella es una abnegada esposa y él, férreo en sus principios. Son un gran ejemplo para nuestra comunidad y enterraremos a su nieta con honores. Se enseñará como ejemplo a seguir en las escuelas.



La fiesta acababa de comenzar. El anochecer, aunque fresco, resultaba agradable y el olor a incienso, carnes y verduras a la parrilla impregnaban el ambiente. Las risas y los cuchicheos tomaban la vez al silencio y los chicos se divertían, comían y escuchaban mil historias del pueblo ajenos al peligro de la misión que estaba a punto de comenzar.

Thery llegó al lugar con Flinner quien le explicaba el motivo del evento, obviando la parte más cruel. Mientras hablaba, su pensamiento se escapaba a lo que pasaría al día siguiente y se sentía angustiado. Sin saber por qué, intuía que la chica era demasiado valiosa como para morir en el templo. La sentía cercana a él a pesar de que intentó espantar la sensación durante toda la velada.

A lo lejos vieron a Maxt deambulando solo.

Fueron paseando entre las fraguas y los guisos, los puestos, las hogueras y los comensales sentados en torno a mesas improvisadas. Contaban historias de caza y pesca, de batallas infructuosas y guerras ganadas. De amores extraños, mágicos o prohibidos.

En una de las mesas, estaban sentados el general y Arenal, quienes se levantaron y se dirigieron hacia ellos en cuanto los vieron. Cuando estuvieron más cerca, Flinner los dejó solos.

—Hola —dijo Thery extendiendo la mano hacia Arenal—. Me alegra verte de nuevo. Él debe de ser mi abuelo —dijo dirigiéndose a Blantz cuyo rostro apagado y su mirada triste le impresionaron.

—Thery, aléjate de nosotros y confía —susurró el general—. Vamos a sacarte de aquí en cuanto podamos. Ahora, aléjate.

Su abuela ni siquiera había hablado. No entendía qué estaba pasando. ¿Por qué se comportaban como extraños cuando, al parecer, eran su familia? ¿Por qué no la abrazaban, no se mostraban alegres por haberse reencontrado? Cada vez más angustiada, comenzó a buscar a sus amigos. Al menos, quizás ellos pudieran explicarle qué sucedía. Le habían dicho que estaban en la fiesta, pero por el momento no había visto a ninguno.

21

Después de un buen rato buscando angustiada, Thery sintió un escalofrío recorriéndole todo el cuerpo. Al otro extremo de la plaza donde se celebraba aquella extraña fiesta con gente que no conocía y que ofrecían raras piezas de caza y baratijas redondas, llamadas Orelum, apartados del resto de los asistentes, vio a sus amigos. Su primera reacción fue correr hacia ellos para abrazarlos, para expresarles lo preocupada que había estado por su desaparición. Sin embargo, conforme se acercaba, cruzó una mirada con Jon y este ni siquiera se inmutó. Aminoró el paso desconcertada y, con inseguridad, se acercó al grupo que hablaba de manera animada. Comenzó a sentir las pulsaciones bombeando las sienes cuando la miraron como si no la conocieran.

—Hola —dijo su compañero al verla parada junto a ellos.

Thery enmudeció y empezó a percibir todo emborronado por las lágrimas que se acumulaban sin que pudiera remediarlo.

—Soy Jon —se presentó el chico, tendiéndole la mano—. ¿Te encuentras bien?

¿Bien?, pensó Thery. No era capaz de describir cómo se sentía. Una mezcla de desconsuelo y angustia la invadía. Se puso la mano en el pecho y enseguida sus pensamientos se dispararon al pasado. Era la misma sensación de opresión que había sentido durante meses, después de la muerte de sus padres, cuando la ansiedad la angustiaba en lo más profundo de su ser.

—Ven, siéntate con nosotros —le dijo con amabilidad al ver que no reaccionaba.

Jon le presentó a todos y, por fin, Thery fue capaz de pronunciar su nombre y de preguntarles qué hacían allí. Por sus respuestas, era evidente que no lo tenían muy claro. Ni siquiera eran conscientes de que estaban en otro planeta. Jon le explicó que después de ir a una fiesta de disfraces, se habían despertado en aquel lugar. Los habían reunido a todos en el salón de actos de un colegio para proyectarles un vídeo en el que alguien, que se identificó como su jefe, les contó que habían sido elegidos para una misión especial, aunque no les especificó de qué se trataba.

Jon arrimó su silla a la de Thery y le explicó que llevaban unos días entrenándose para proteger el Orelum y que les habían prometido que después volverían a su casa y recibirían una recompensa. Les preguntó si sus familias sabían dónde estaban y respondieron que su nuevo jefe les había dicho que no se preocuparan porque todo estaba controlado.

Thery le agarró las manos. La chica notó como la energía fluía entre ellos y el estremecimiento de Jon ante el contacto mutuo.

En ese momento la expresión del chico cambió y soltó las manos de Thery, asustado.

—¿Qué ocurre? —preguntó desconcertado—. ¿Estoy soñando? Estoy confuso.

Thery le instó a guardar silencio y le contó lo que le había ocurrido a ella en los días anteriores. No sabía por qué era capaz de hacer esas cosas, pero estaba claro que tenía que ver con su pasado. Le instó a guardar silencio y averiguar todo lo que pudieran.

Con la excusa del reencuentro, Thery se quedó a cenar con ellos y tocándolos uno a uno con

disimulo, les devolvió sus recuerdos. Por lo que había escuchado a escondidas, el inhibidor de recuerdos podía usarse de manera momentánea o a largo plazo, pero con el tiempo recobrarían la memoria de forma progresiva. Con la imposición de manos, ella solo había adelantado el proceso.



Al cabo de unas horas, ya bien entrada la noche, todos se fueron a descansar. Por delante iban Thery, Maxt y Flinner quien a mitad de camino recordó que había olvidado algo y decidió volver. Maxt se ofreció a quedarse con ella hasta que regresara y esperaron en silencio los dos solos.

Sentados en unas piedras al borde del camino, entre las sombras de la noche y solo con la luz de la luna llena, Maxt le resultó a Thery más robusto.

—Se ha complicado todo tu mundo un poco, ¿verdad? —rompió el silencio Maxt.

—Decir «un poco» es ser demasiado generoso. —suspiró.

—Siento haberte traído hasta aquí. —Cogió aire.

—Eso deberías haberlo pensado antes, ¿no?

—No te pongas a la defensiva. Era la única opción.

—Siempre hay otras opciones, Maxt.

—Thery, dejarte allí no era una posibilidad.

—Después de tantos días, ahora sin más, vienes a darme explicaciones —le reprochó mirándolo a los ojos.

—Sé que no he sido agradable contigo, y te pido disculpas.

—Da igual. Yo no quiero estar aquí —dijo Thery con decisión—. Os acompañaré a llevar el Orelum con la condición de que me lleves a mi casa en cuanto hayamos completado la misión y yo haya encontrado las respuestas que busco.

—No puedo prometerte nada, pero haré todo lo que pueda —le aseguró agarrando sus manos—. Cuidaré de ti como tú cuidaste de mí. No sé cómo agradecerte todos tus desvelos de esos días.

Ambos se miraron en silencio y notaron un calambre.

—Ahora entiendo por fin tu potencial. —Atajó el espacio que les separaba.

—¿Cómo? —preguntó sin apartarse

Oyeron cerca a los rezagados de la fiesta y se soltaron un poco ruborizados.

—No tienes nada que agradecerme —dijo Thery para romper el hielo—. Sé que hubieras hecho lo mismo por mí, aunque tal vez sí debas agradecer mi paciencia por aguantar tu carácter. —Sonrió.

—Ahí estamos empatados porque tu carácter también deja mucho que desear. Eres muy mandona —aseguró—. No me negarás que en esto nos parecemos, ¿no?

—Cierto —asintió Thery con una mueca pícar.

Se quedaron los dos frente a frente y Thery tuvo una sensación de vacío en el estómago. Percibía con claridad cómo la energía fluía entre ambos y se sorprendió a sí misma perfilando una sonrisa. Hacía tiempo que ningún chico la hacía sentir así.

Notó la mano de Maxt acariciando su cara y ella deslizó el dorso de los dedos por la del chico mientras sus rostros se acercaban. Un instante después, se apartaron como un resorte al oír que

Flinner, Dobres y Jon se acercaban.

—Será mejor que vayamos a descansar —dijo Maxt—. Mañana será un día largo.

—Sí, será lo mejor —convino Thery—. Además, estoy bastante cansada.

—¿Qué os pasa? —quiso saber Jon.

—Nada, esperábamos a Flinner —resolvió Thery—. ¿Nos vamos?

Hicieron el camino de vuelta en silencio y casi sin mirarse. Un simple movimiento de manos sirvió para despedirse. Thery se marchó con Flinner y Dobres.

Jon y Maxt esperaron al grupo de rezagados que también emprendían el camino de regreso a casa.

22

Casi había amanecido y Jon llevaba bastante rato despierto. Estaba sentado a la orilla del río, disfrutando de unos momentos de soledad, con el trino de los pajaritos como sonido de fondo, el agua fresca mojando sus pies descalzos y el aire de la mañana acariciando su cara.

—¿Quién hay ahí? —preguntó mirando hacia unos matorrales tras oír el crujir de las hojas.

—Soy yo —dijo Deba—. No podía dormir y cuando noté que te marchabas, te seguí. No quería interrumpir. ¿Te encuentras bien? Estás muy callado desde que ha llegado ella. Y anoche estuvisteis mucho tiempo hablando los dos solos.

—Bueno, me pregunto qué pasará en unas horas. No tiene nada que ver con Thery. —Hizo un gesto con la mano para que se sentara junto a él.

—Ya, pues no lo parece —comentó Deba—. No estoy celosa, pero veo cómo te preocupas por ella y...

—Es mi amiga. No te preocupes. Entre nosotros solo hay una bonita amistad y mucha complicidad —pasó el brazo por la cintura de la chica.

—Desde que te dijeron que la traían estás muy nervioso. —Ella lo abrazó también—. Al principio no entendía por qué, mis recuerdos son confusos desde que estamos aquí. Pero, yo pienso que a lo mejor...

—Llevo semanas echándole valor para hablar contigo y ella siempre me animó. Nos presentó en el ascensor simulando un encuentro por azar. Gracias a ella, nos conocimos.

—Lo sé, todo esto me pone nerviosa —contestó ella un poco ruborizada.

En ese momento escucharon unos pasos entre la hierba. Enseguida vieron aparecer a Dobres y ambos se pusieron de pie.

—Buenos días, madrugadores. Os estábamos buscando. Dentro de poco partimos, pero antes debéis desayunar para coger fuerzas y estar preparados para el viaje. Deba, necesito hablar a solas con Jon —pidió Dobres.

—De acuerdo, nos vemos en un rato. —Sonrió la chica antes de marcharse.

Cuando Deba ya estaba lejos, Dobres intentó sonsacarle a Jon cómo estaba después de haber sido relegado como candil principal. Era importante saber que contaba con él para proteger a Thery. Largas tardes de entrenamiento habían forjado complicidad entre ellos, pero ahora el soldado quería ir más allá y buscar su lealtad.

—No temas, todo saldrá bien —intentó tranquilizarlo Dobres.

—Lo sé, pero, ¿por qué me espías? —dijo Jon receloso—. Llevas vigilando al grupo desde el primer día y a mí en especial. Me sigues a todas partes, te fijas en todos y cada uno de mis movimientos, ya sea mientras aprendo a luchar o cojo un vaso de agua. Cuando antes he preguntado quién andaba entre los matorrales, me refería a ti.

—Lo siento —dijo Dobres con la cabeza gacha—. Imagino cómo te sientes. Te habían

explicado que eras un candil y tu energía serviría para alimentar el Orelum y, de repente, Thery es más importante que tú. Además, ahora empezaréis a recobrar vuestros recuerdos, con lo cual...

—No digas tonterías. —Cabeceó mientras se lavaba la cara en el río.

—Ya. No lo reconozcas si quieres, pero ambos sabemos la verdad. Yo he pasado por eso y se cómo te sientes.

—¡Es absurdo! —exclamó Jon molesto.

—Como quieras, pero debes saber que cada uno tenéis vuestra propia misión aquí. Y tú eres tan relevante como Thery. Solo que de otro modo.

—No te entiendo.

—Las cosas han cambiado, es verdad. La chica es especial. No teníamos planeado traerla, pero ahora que está aquí y sabemos la energía que posee, el Concejo la necesita para llevar el Orelum y tú eres perfecto para protegerla en este viaje.

—Ya, ¿me podrías decir algo que no sepa?

—Sí. Si algo me pasara en la misión, eres el encargado de protegerla. Maxt se debe preocupar por todos; tú, por ella, incluso antes que por ti o por Deba. Ese es tu cometido. ¿Podrás hacerlo o busco a otro? Flinner estaría encantado. Sin embargo, tú, a diferencia de él, tienes alma de guerrero y piensas como tal...

—Sí. Puedes estar tranquilo. —Sonrió Jon—. La protegeré.

—Thery tiene mucha suerte de contar contigo.

—Y yo con ella —comentó—. Le tengo mucho aprecio.

—Sí, se ve, pero tiene carácter.

—Es como una hermana mayor, siempre está ahí para reñirme. —Rio.

—Ahora es el momento de que tú la protejas.

23

La mañana fue angustiosa para Thery, se sentía confusa. No solo no terminaba de entender qué hacía allí, sino que se había quedado consternada tras el encuentro con Arenal y la posibilidad de que fuera su abuela. Y, para colmo, no podía quitar de su pensamiento a Maxt y la sensación de notar sus manos acariciando su cara.

Casi no había podido dormir de la ansiedad. Se había levantado aún de noche y había deambulado por el apartamento de Flinner y Dobres hasta que había llegado el momento de partir para la plaza. Allí, ante toda la parafernalia que habían montado, notaba aún más la fuerte opresión en el pecho que le dificultaba respirar desde que habían llegado. Todo el Concejo había acudido a despedirlos. También su abuela. Cada vez que cruzaba una mirada con ella, sentía la paz que se había esfumado desde que murieron sus padres. Tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para no echarse en sus brazos antes de que la subieran a un altar y le pusieran el Orelum en el cuello. Aquel amuleto pesaba mucho y sentía que reaccionaba al contacto con su piel.

Al principio pensó que era alergia al metal, pero debía ser algo mucho más potente porque todo su cuerpo parecía unido a aquel colgante que se adhería a su pecho como un imán. Estaba deseando quitárselo, pero le habían dicho que no podía hacerlo hasta que llegaran al Templo de Tristtanas y, por lo visto, tardarían todo un día en hacerlo. A pesar de que le habían explicado que en Orelum se condensaba toda la energía necesaria para vivir en Bie, no entendía bien el proceso ni el significado del colgante, pero debía ser muy importante a juzgar por la preocupación que mostraban todos.

La ceremonia terminó rápido y los miembros del Concejo se despidieron de la expedición que la escoltaría hasta el templo, encabezada por Maxt y su equipo, en el que también irían Jon y el resto de compañeros. Se reunirían de nuevo en el templo. ¿Por qué no iban todos en la misma expedición? No le gustó nada esa distinción y aún menos que sus abuelos se quedaran con el resto del Concejo.

Partieron hacia los valles de Nosa y notó como el Orelum se iluminaba. Por las tierras de Suxo y Kampoo, tornó a color carmesí y ellos se pusieron las capas, ralentizaron el paso y agacharon la cabeza. Avanzaron en el más absoluto silencio para no despertar a los displouds, unos mamíferos en peligro de extinción, de piel camaleónica, temidos por su agresividad y gran tamaño. Al parecer, no gozaban de buena visión, lo que les restaba agilidad para cazar, de ahí las capas, los pasos cortos y el silencio.

—No pueden vernos. Solo atacan cuando te huelen o perciben movimiento —explicó Flinner.

Por el camino vieron a los deinbans que Thery confundió con elefantes y más displouds, seres similares a las hienas, pero del tamaño de leones.

Después de atravesar el lugar, descansaron un momento. Thery notó que el Orelum vibraba. Vio sorprendida cómo se volvía azul y de él emanaba un agradable olor a jazmín. Tomaron la

ruta de Kayón's Marie. Era la más corta, pero pedregosa y poco agradable por el constante olor a azufre. Según le explicó Maxt, el hedor era producto de diferentes emanaciones de la tierra. El camino se hizo más difícil por la niebla densa que devoraba aquel paraje yermo. En esa zona, el Orelum adoptó un color blanquecino y desprendió una bruma que envolvió a todos los miembros del equipo en un aura que hacía el aire más respirable. Thery percibió que el anillo le oprimía el dedo. Estaba aterrada por la reacción inexplicable del amuleto que empezaba a vincular con la alianza.

—Ya queda poco para el cruce de caminos —explicó Maxt—. Desde allí bajaremos hasta el puente y llegaremos al templo.

—El camino no ha resultado tan difícil como esperaba —dijo Jon que empezaba a pensar que no tenía sentido tanto entrenar para esto.

Les habían explicado que debían llegar al primer puente y cruzarlo rápido y en silencio para no despertar a las criaturas que vivían bajo él. Los cillos tenían garras y dientes afilados. Podían sentir el movimiento y emitir ensordecedores gritos que desequilibraban a sus presas para que cayeran del puente y comérselas. Estos competían con los rigos, marsupiales que saltaban entre la maleza que se acumulaba en los bordes del río y el puente con gran habilidad y escupían un veneno paralizante para sus víctimas o posibles predadores. Si no eran silenciosos al pasar por allí, tampoco tardarían en atraer a las liebanders, unas criaturas voladoras capaces de llevar en sus garras a cualquier presa para devorarla después.

Jon, Deba y Dobres se miraron sin decir una palabra y, como Thery, tenían la sensación de que no podían respirar debido a lo cargado que estaba el ambiente, enrarecido por los vapores que emanaban del agua. Les costaba trabajo. Maxt insistía en que disminuyeran el ruido de sus pisadas y Thery intentaba ser lo más sigilosa posible, pero cuando llegaron al cruce de caminos y vio el cartel que anunciaba el puente, no pudo evitar romper el silencio.

—¡Qué curioso! Se llama Asón, como mi padre —susurró sorprendida.

Maxt pareció molesto con el comentario, pero Jon se acercó a ella, seguido de Deba, para seguir la conversación.

—Vaya, no sabía que tu padre se llamara Asón —musitó el chico.

—Sí, se llamaba así —contestó ella—. Mis padres murieron el día que cumplí los dieciocho, un uno de marzo —dijo componiendo un gesto de tristeza—. Como tu padre, menuda coincidencia.

—¿Por qué no me lo habías dicho nunca? —preguntó Jon extrañado.

—Me negaba a hablar de mi pasado, aunque no creo que haya sido buena idea.

—¿Vuestros padres se conocían? —preguntó Deba.

—A menos que se llamase Adal Istroval, no —comentó Thery mientras Maxt se giraba con sorpresa y Jon la miraba boquiabierto—. Murieron en un accidente de coche con un compañero de trabajo.

—¿Eres la hija de Asón y nieta del general Blantz? —preguntó Maxt en un susurro sin poder evitar su asombro, a pesar de que ya intuía desde que llegaran quién era.

—Mi padre era el guerrero Istroval.

—Mi padre también se llamaba así —dijo Jon estupefacto.

—Entonces... ¿vuestro padre era la misma persona? —preguntó Thery atando cabos—. ¿¿Por eso está Jon aquí?!

—Yo no sabía nada de eso —repuso Maxt ofuscado haciendo un gesto para que bajaran la voz al ver acercarse a Dobres y Flinner que iban unos pasos más atrás. En aquella misión le daba la sensación de no controlar nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dobres—. No podéis deteneros en un cruce de caminos. Estamos demasiado expuestos. Lo que tengáis que hablar podéis hacerlo en otro momento —dijo sin esperar a que respondieran.

—¿Te ocurre algo? Pareces nervioso —apuntó Thery.

—No, solo que este no es un buen lugar para estar.

—De acuerdo—repuso la chica intuyendo que el guerrero ocultaba algo.

—Tienes toda la razón —lo apoyó Flinner que había oído la conversación—. Deberíamos avanzar. Thery, luego aclararemos la situación, pero por ponerte en antecedentes, te adelanto que yo soy sobrino del general Blantz. Mi padre y tu abuelo eran hermanos.

—Vaya...—acertó a decir Thery con gesto meditabundo.

—Chicos, por favor. Debemos darnos prisa —interrumpió Dobres—. Luego hablaremos.

—¡Qué casualidad más extraña! —susurró Jon a Thery con gesto pensativo.

—Estoy tan sorprendida como vosotros. Para una vez que se me ocurre hablar de mi familia...

—Mirad, allí está el puente —interrumpió Dobres.

—Bien, el Orelum cruzará el último, junto con la escolta, como siempre —ordenó Maxt—. Cuando esto pase, tenemos una conversación pendiente, Jon.

—Lo sé, estoy tan asombrado como tú ahora mismo. No puedo pensar en otra cuestión.

—Por eso debemos avanzar. Cuanto antes lleguemos, antes podremos hablar y aclarar todo este embrollo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Flinner a Thery.

—Gracias por preocuparte. Aunque pasó hace bastante tiempo, no estaba preparada para esto.

—Por favor. Os ruego silencio. Pasad en orden, de uno en uno —ordenó Maxt—. Hay que cruzar antes de que despierten los monstruos de ahí abajo. En sumo silencio, chicos.

Atravesaron de forma ordenada y silenciosa mientras el resto esperaba al otro lado del puente a que llegase su turno. Flinner se quedó rezagado, quería quedarse cerca de Thery y la agarró de la mano en señal de protección.

—No te preocupes, no ocurrirá nada —la animó Flinner.

—Gracias, Flinner—susurró ella.

—Vamos, pasad ya —ordenó Maxt haciendo un gesto con la mano.

—¿Puedo ir detrás de ella? —preguntó.

—No, ella y la escolta pasan los últimos, ya lo sabes.

—Ya, pero...

—Pasa —sentenció—. Y tú también, Dobres.

—Ahora soy yo su escolta —protestó él.

—Lo sé, pero intuyo que alguien nos vigila —comentó Maxt inspeccionando a un lado y a otro.

—De acuerdo, estaré atento —confirmó Dobres.

—Sí, pero cruza ya —insistió Maxt.

—En serio, no me importa estar en la retaguardia. Es mi trabajo —aseguró con firmeza.

—Dobres, no dudo de tu capacidad; sin embargo, el Orelum y el candil son mi responsabilidad

principal junto con la seguridad de mi equipo. Este tramo lo haré yo. Si algo me pasa, protégelos incluso con tu vida. Recuerda, eres el segundo al mando para su protección —afirmó Maxt.

—De acuerdo —aceptó enfadado Dobres.

Se agachó con la excusa de atarse los cordones y colocó un par de cargas explosivas con temporizador en uno de los huecos del puente.

—Dobres, ve un poco más deprisa. Debemos pasar aún los tres y ya oigo moverse a las criaturas ahí abajo —susurró Maxt.

—Me estás poniendo nerviosa —le reprochó Thery susurrando.

—Gracias —comentó Maxt con cinismo ante la mirada reprobadora de ella—. Dobres, por favor, avanza ya —Maxt, inquieto, sacó su espada y se puso en guardia.

—No podéis pasar —se plantó Dobres delante de ellos—. Tengo una misión. Si quieres ve con el equipo. El puente va a explotar de inmediato y Thery no puede cruzar al otro lado. Alguien la tiene que llevar hasta el reino de Abionzo. Lo iba a hacer yo, iba a tratar de convencerte para llevarla allí si no atendías a razones, pero el tiempo se acaba.

—¿Se puede saber qué haces? Se están despertando las criaturas —dijo levantando el tono Maxt.

—Ya lo entenderás. No podéis cruzar, al menos ella, deja que me quede con Thery.

—De eso nada, haz lo que quieras, pero ella se quedará conmigo. ¿De qué va esto Dobres? —dijo Maxt agarrando del brazo a la chica.

—No hay tiempo. Me voy, un equipo os espera en el cruce de caminos para escoltaros. Thery, dame el Orelum, tiene demasiado poder. Si lo llevas contigo seguirían tu rastro. Es más seguro que permanezca con el grupo para guardar las apariencias.

—De acuerdo, Dobres. Aquí tienes el Orelum —dijo Thery mientras se quitaba el amuleto—. Confío en ti. —Miró a Maxt, luego a Dobres. Al deshacerse de él no pudo ocultar un gesto de alivio.

Dobres salió corriendo con el amuleto y ellos se quedaron en la orilla del puente atónitos y paralizados. En ese momento, se oyó un zumbido ensordecedor y el puente comenzó a arder tras varias explosiones.

Dobres realizó el saludo desde el otro lado y se marchó con el resto para alejarlos lo máximo posible de allí.

Algo en el interior de Maxt le decía que Dobres había decidido por él, pero era la mejor opción. Comenzaron a avanzar en dirección al cruce de caminos para alejarse del puente. ¿Por qué su compañero no había sido sincero hasta ese momento? No tenía tiempo de averiguarlo. Ya lo aclararían después.

Unos metros antes de llegar a un cruce de caminos, Maxt tuvo un presagio, paró en seco y puso el brazo delante de Thery para que no siguiera avanzando.

—¡Shhh! Creo que alguien está allí esperando.

—Sí, Dobres dijo en el puente que un equipo estaría aquí para escoltarnos hasta Abionzo. ¿Recuerdas?

—Dobres debió confiar en mí y contarme sus planes.

—Sus motivos tendría. Ahora no hay marcha atrás, Maxt. Ya hablaréis.

Cuando el puente fue derribado, la expedición se quedó estupefacta al lado contrario de la pareja. Los de Bie intentaron ponerse a salvo arrastrando con ellos a los muchachos reclutados incapaces de reaccionar.

—¿Qué ha pasado, Dobres? Tú ibas con ellos —preguntó Jon.

—No lo sé, todo ha sido muy rápido. Se quedaron rezagados y las criaturas empezaron a despertar. Desde algún lugar alguien empezó a lanzar flechas incendiarias que casi nos alcanzan —mintió—. Creo que han logrado sobrevivir por poco y ella me entregó el Orelum para mantenerlo a salvo. Luego unas cargas explosivas destruyeron parte del puente y el resto ya lo sabéis.

—Nosotros no hemos visto nada. Deberíamos ir hasta el puente de Govies y esperarlos allí o atravesarlo e ir en su busca —propuso Flinner.

—No, debemos llegar con el Orelum antes de ser interceptados y ponerlo a salvo. Ellos seguro tomarán ese camino y nos alcanzarán —supuso Dobres.

Comenzaron a avanzar hasta que llegaron a una bifurcación. Tal como indicaban dos letreros de madera tallada, un camino llevaba al «Puente de Govies» y el otro al «Templo Tristtanans» hacia donde se dirigieron en silencio.

—¡No voy a abandonar a Thery! —gritó Jon de repente mirando al grupo—. Y tampoco a Maxt después de todo lo que sé —dijo antes de echar a correr en dirección al puente de Govies.

El resto lo miró con sorpresa y salieron tras sus pasos.

—Jon, espera —le pidió Dobres a voces—. Ese puente también está atestado de cillos y rigos. Esperad aquí —ordenó al grupo cuando vio que no se detenía—. Voy en su busca.

Mientras Jon atravesaba el puente, los cillos iniciaron su canto ensordecedor que de inmediato le hizo retorcerse y caer al suelo, tapándose los oídos con las manos. Intentó ponerse los tapones que llevaba en el bolsillo, pero se le cayeron al suelo.

Dobres, al darse cuenta, corrió hasta llegar él y le ayudó a ponérselos, con lo que recuperó el equilibrio. Lo ayudó a levantarse y lo sacó del puente en la dirección por la que habían llegado. Alejados del ruido desequilibrante producido por los cillos, Dobres convenció a Jon de que continuar con el plan era la mejor forma de ayudar a Thery y a Maxt, y unos minutos después el grupo reanudaba la marcha hacia el templo mientras los pensamientos de Jon giraban en torno al destino de Thery y Maxt.

Dobres se acercó a Flinner y le hizo una señal para que escoltara junto a él a Jon y evitar así otro incidente. Flinner obedeció disimulando su malestar. Le costaba respirar y la presión de su pecho iba en aumento. No veía la hora de llegar y poder hablar con su tío Blantz. Por mucho que dijeran que lo mejor para todos era sacrificar a la chica, se alegraba de que se hubiera escapado. Debía de haber otra solución porque no permitiría que la mataran. Era su prima y las viejas

normas ya no iban con él. Era evidente que el sistema que sostenía la vida de los habitantes de Bie estaba agotado y no podían condicionar su existencia al sacrificio de personas inocentes. A estas alturas estaba convencido de que Sortine no existía.

No sabía si podría hablar con el general y convencerlo de que no mataran a la joven por más que la consideraran un candil potente. Seguro que había otra manera de conseguir energía para el pueblo. Quizá en la propia joven estaba la respuesta y no fuera necesaria su muerte para que proporcionara la energía que precisaban.

—¿Te encuentras bien? —Jon interrumpió sus pensamientos—. Estás muy pálido.

—Todo esto me sobrepasa —mintió con media sonrisa en el rostro—. Gracias por preocuparte. ¿Tú conoces bien a Thery?

—La conozco de hace mucho, pero no bien —suspiró confuso—. Thery es una persona bastante hermética. Las distancias cortas la abruman. Cuando coges cierta confianza con ella, se aleja, pone excusas, con tal de proteger su intimidad.

—Ya veo. Parece mentira que llevéis tanto tiempo siendo amigos y trabajando en el mismo sitio y sepas tan poco de ella.

—Ella tiene sus cosas, pero es generosa, siempre que puede te ayuda y tiene una palabra amable cuando la necesitas.

—¡Qué extraños sois los humanos terrestres! —remató Flinner y se quedó rezagado para evitar seguir la conversación.

Dobres se puso a su altura y caminaron justos en silencio. El guerrero sospechaba que Flinner también tenía secretos, pero intuía que en el fondo los movía el mismo objetivo en ese momento.

—¿Qué vamos a hacer? Llevamos las manos vacías —se preguntó en voz alta Flinner.

—Tenemos a Jon, podemos utilizarlo.

—¿En serio? Creo que no es una buena idea. El Concejo debe darse cuenta de que no podemos seguir solucionando así nuestros problemas.

—No pienses en nada. Al llegar allí trataremos el tema con el general —respondió Dobres aparentando seguridad.

Él también estaba preocupado, pero no quería transmitir esa sensación. Se preguntaba cómo iba a resolver la situación cuando Blantz lo viera llegar sin Thery. Debería haberse quedado para protegerla, como era su misión, pero sin él y sin Maxt quizá el grupo no hubiera llegado al templo. Al menos tenían a Jon, era un guerrero y un candil. Esto último, los miembros del Concejo lo ignoraban y eso jugaba a su favor, podrían emplear su energía para protegerse de los guardias de templo y huir con el general en busca de Thery, si esta y Maxt no aparecían por allí.

En ese momento, lo que menos le preocupaba a Dobres era el Concejo, aunque desde luego iba a ser complicado explicar por qué habían consentido que el candil más poderoso se escapara.

26

Thery y Maxt se aproximaban al cruce de caminos cuando vieron a un grupo de hombres armados del ejército de Coudet. Maxt reconoció de lejos a su hombre de confianza y se escondieron detrás de unas rocas hasta que el peligro hubo pasado.

Llegaron con precaución a la intersección y vieron aparecer a Luey y Xion. Maxt se puso en posición defensiva, pero Luey le indicó que iban en son de paz, enviados por el general Blantz. A pesar de que el guerrero confiaba en el general, quería proteger a Thery y le pidió que se mantuviera unos pasos atrás. La chica se negó y al final los dos se acercaron con cautela a hablar con ellos.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Luey con actitud imperativa—. Debemos llevarla ante Abionzo, Maxt. Allí estará a salvo. Los dragones y los piasas nos ayudarán a protegerla y para ello, debemos atravesar la ciénaga de las tristezas antes del anochecer.

—¿Por qué ante Abionzo? —preguntó Maxt—. ¿Y por qué nos ayudáis?

—Es el único que puede protegerla. Cumplimos órdenes del general Blantz. Queremos la paz entre nuestros pueblos y si ella muere, Halkibie estará en peligro por una nueva guerra y esta será peor.

—¿Por qué es seguro Abionzo? —preguntó Thery.

—Confía en mí —la tranquilizó Maxt.

—Está bien, —se resignó Thery—. ¿Nos volveremos a encontrar a la vuelta de Abionzo con el resto?

—Aún no le habéis explicado nada sobre Abionzo, ¿verdad? —se sorprendió Xion mirando a la muchacha—. Como siempre me toca a mí. Thery, Abionzo no es un lugar. No. Es un Dragón. El más poderoso que existe en este planeta y él también te busca porque perteneces a su estirpe.

—¿Cómo? —arqueó las cejas sorprendida—. ¿De qué hablas?

—¡Qué forma de explicar la situación! —lo fulminó Luey con la mirada—. No hay tiempo que perder.

—Como siempre no entiendo nada —dijo Thery con la vista en el dedo anular que se le había enrojecido y en el anillo brillaba más que nunca—. Vamos donde sea porque aquí no hay quien entienda nada.

Pasaron rápido el cruce de caminos.

—¿Ya no me tienes miedo? —preguntó Xion dirigiéndose a Thery.

—No, aunque todo me resulta extraño, algunos detalles van cobrando todo el sentido, pero aún pienso que de un momento a otro despertaré de esta pesadilla.

—Bueno, chicos, basta de charlas —cortó Maxt.

—Así que tú eras el topo de la expedición —dijo Luey echando un último vistazo a Maxt—. Nunca lo hubiera imaginado. El general nos dijo que alguien del equipo estaba infiltrado, pero no

nos dijo quién.

—No, el topo por parte del general era Dobres. Me lo contó *in-extremis* tras dinamitar el puente —aseguró Maxt.

—No te ofendas —dijo Luey—. Mi gente te respeta, pero no está de acuerdo con ciertas decisiones de los altos cargos del Concejo.

—Ya veo. Ya no sé en quién confiar y quién no —soltó Maxt molesto.

—Bueno, a veces es necesario transgredir las leyes por el bien común —espetó Thery.

Maxt recordó la misión secreta urdida por Coudet, se estremeció y no quiso dar la réplica.

—Respecto a Abionzo...

—Shhh —Luey interrumpió a Thery para pedir silencio mientras les instaba a esconderse entre los matorrales.

El suelo tembló cuando un deinban acechado por varios displouds corría malherido para ponerse a salvo. El enorme herbívoro fue alcanzado por las otras criaturas que lo atacaron con ferocidad. Hundieron las garras y sus fauces en el cuerpo del animal ante el estupor de Thery.

Los guerreros y ella aprovecharon la coyuntura para salir corriendo. La imagen real que acababan de presenciar al más puro estilo documental salvaje la hizo sentir aún más extraña. Se fijó en los ojos del animal y sintió verdadera lástima por él. Se preguntó cómo aquel lugar podía ser tan parecido a la tierra y tan diferente a la vez.

Por suerte, los animales no los siguieron y los jóvenes pudieron continuar el camino programado, hacia la tierra de los dragones.

Al cabo de un buen rato de caminar por paisajes de arenas tan naranjas como el sol y lagunas rosas, Thery comenzaba a acostumbrarse a la sorpresa. Todo era tan irreal que a veces tenía la sensación de estar soñando y se olvidaba de que la estaban persiguiendo. No entendía por qué no le contaban la verdad, así que se propuso intentar sacársela a los hermanos, sobre todo a Xion que era más parlanchín. Tendría que hacerlo con disimulo porque Maxt estaba siempre pendiente de ella y estaba segura de que no quería que supiera nada para poder manipularla.

Subieron una colina a marchas forzadas y, al llegar a la cima, hicieron una pausa para descansar. Observó el horizonte. Una gran cascada descargaba el agua con tal furia que sentía como las gotas pulverizadas llegaban hasta ellos. Una estampa preciosa que en otras circunstancias habría disfrutado sin prisa. A pesar de las diferencias entre Halkibie y la Tierra, el paisaje, en el que se combinaban montañas y valles, y los amaneceres marcados por una débil niebla que se disipaba con el paso del día, eran similares. Thery había sido testigo de uno de ellos, disfrutándolo como solía hacerlo en Santander.

Sintió palpar el dedo, provocado por la presión del anillo que comenzó a apretarla como si tuviera la mano inflamada, al tiempo que se iluminaba o alteraba su color. El dedo en ocasiones se enrojecía e irritaba, y, a veces, cambiaba de temperatura y lo mismo sentía frío como mucho calor.

—¿Va todo bien? —preguntó Maxt acercándose a ella—. Te noto tensa.

—¡Cómo para no estarlo! —respondió seca—. Estoy cansada de todo esto, quiero volver a mi casa y a mi vida.

—Ya queda menos —mintió—. Ahora tenemos que seguir avanzando.

Siguieron la marcha y encontraron una cueva donde decidieron resguardarse para descansar.

Los hermanos compartieron con ellos los víveres que llevaban y, aunque Thery no tenía hambre, aceptó la comida que le ofreció Maxt para reponer fuerzas.

No dejaba de dar vueltas a la idea de sacar información a los hermanos. Quizás ahora que estaban cansados, le resultaría más fácil. Thery aprovechó entre bocado y bocado para preguntar por todo lo que no encajaba en su mente. Maxt no dejaba de mirarla de reojo, pero no hizo nada para evitar que Xion se explayara y le contara que era un candil y lo que tenían preparado para ella.

Thery no daba crédito a lo que oía. Empezó a respirar de manera acelerada y a sentir que el corazón le palpitaba acelerado por la angustia. Miró a Maxt buscando respuestas. Había confiado en él pese a sus diferencias, le había dado cobijo y lo había cuidado sin conocerle. Empezó a notar la picazón en el dedo anular con más fuerza, pero ni se inmutó. La había traicionado. La había hecho creer que sentía algo por ella y todo parecía una estrategia para cumplir su misión. ¡Qué tonta había sido! Solo Dobres parecía querer salvarla cuando evitó su paso por el puente. Se llevó una mano al pecho al notar una fuerte opresión provocada por la ansiedad, mientras que la presión ejercida por el anillo en el dedo era tan fuerte que parecía que iba a estallar.

Por fin, Maxt reaccionó:

—Thery, yo no sabía quién eras —su tono pareció sincero—. Además, Coudet me engañó diciéndome que suponías una amenaza para nuestro planeta y me encomendó encontrarte.

—Encontrarme, vaya eufemismo, ¿no?

—Encontrarte y eliminarte —prosiguió ruborizado—, pero... Aquella mañana en el parking, justo cuando iba a apretar el gatillo, todo se desbarató y no pude hacerlo.

—¿Ibas a matarme en el par...?

—Lo intenté también a la salida del ascensor —la interrumpió—. Esta vez con una inyección casi indolora para no generarte sufrimiento.

—Oh... Muy generoso por tu parte —soltó con ironía—. Deduzco que cuando te colaste en mi piso no era para comer tarta de cumpleaños.

—No, pero me dejé llevar por mi instinto y descubrí que eras un candil inofensivo.

—Sí... Como una veleta va tu instinto—le increpó con furia—. Ahora la mato, ahora no.

—Luego no he dejado de protegerte y ahora estoy aquí.

—Chicos, tranquilizaos. Ahora estamos todos en el mismo bando —intentó apaciguar los ánimos Luey.

—¿En cuál, en el de matar a la pardilla de Thery que todo se lo cree?

—No, Thery. Deja que te explique —intervino Maxt.

—Adelante, soy todo oídos. A ver cómo sales de esta.

—Confieso que esa era mi misión al principio, hasta que te conocí y me di cuenta de que la versión de Coudet no encajaba. Anoche tomé consciencia de lo que tenían preparado para ti y me quedé bloqueado. Por primera vez me cuestioné esta conducta de mi pueblo con respecto a los candiles. Llevaba tiempo dándole vueltas y acatando órdenes, pero no fue hasta conocerte

cuando algo en mí cambió. No sabía qué hacer. Por eso no quería hablar contigo en la fiesta. Después tuve claro que no iba a permitir que te hiciera daño y decidí ser tu escolta hasta el templo. Creí que podría protegerte y cuando estuviéramos allí hablar con tu abuelo para planear una salida.

—Ya, pues parece que en el templo me iban a asesinar de todas maneras.

—Nunca lo hubiera permitido. Además, después de saber que tengo un hermano que también es un candil y será un gran guerrero, estaba convencido de que hubiéramos conseguido salvarte. Reconozco que no sabía cómo gestionarlo todo, pero tenía muy claro que no iba a permitir que te hicieran ningún daño.

—¿Cómo sé que no queréis hacer lo mismo ahora?

—No lo sabes —respondió Xion—. Pero tampoco tienes más opciones. O te quedas sola o confías en nosotros. Tú decides —dijo en tono firme mirando a Thery a los ojos.

—Trabajamos para tu abuelo —aclaró una vez más Luey—. Llevamos vigilándote desde hace meses, desde que tu abuelo descubrió que estabas viva. Nuestra misión era llevarte con nosotros y protegerte, pero todo se precipitó cuando Coudet se enteró de tu existencia.

—Puedes creernos o no, Thery —intervino Xion—, no obstante si te quedas aquí estarás en peligro. Deja que te demostremos que queremos protegerte y ayudarte.

—¿Y él? —Thery señaló a Maxt—. Después de esto no sé qué pensar.

—Creo que me merezco el beneficio de la duda. Si hubiera querido matarte, lo habría hecho ya. He tenido muchas oportunidades de hacerlo.

—Me va a explotar la cabeza —dijo Thery para sí misma con los ojos cerrados y los dedos apoyados en las sienes.

—Lo entiendo, pero dame la oportunidad de enmendar mi error poniéndote a salvo —Maxt se acercó a ella y agarró las manos de la chica que abrió los ojos y dio un paso hacia atrás para retirarse de él—. Sé que es muy difícil de digerir toda esta información, pero confía en mí.

Thery entendió que no tenía muchas opciones. Si se quedaba sola, nunca saldría de allí. Nada ni nadie le aseguraba que no la fueran a traicionar una vez más. Pero si esa era su intención, ¿qué sentido tendría que se lo hubieran contado?

Sin duda, la elección más inteligente en ese momento era seguir con ellos a condición de llevar ella también un arma para protegerse. No les convenció la idea, pero accedieron.

Emprendieron el viaje al amanecer. El cielo estaba encapotado y la escarcha aún cubría las hojas. Thery vio sorprendida que el anillo se había vuelto negro. Pensó que sería por el contacto con algún metal y no le dio más importancia. Al contrario, se sintió aliviada porque la presión en el dedo había desaparecido.

Después de una larga subida, llegaron a una explanada desde donde se divisaba gran parte de Bie.

Sus edificios y las tierras colindantes con sus cosechas tan parecidas a las de la tierra.

Olía a tierra mojada y al atarse la zapatilla notó el suelo un poco pegajoso. Estaban en un prado repleto de caracoles tan grandes como canicas que lo pringaban todo con sus babas. Pudo ver como unas flores lilas aún pugnaban por abrirse y el rocío de sus pétalos aún se resistía a abandonarlas. Aquella visión era hermosa, no como las babas que desentonaban con el resto. Desde allí le indicaron el recorrido a seguir. A Thery no le gustó la idea. Debían bajar hasta el bosque de los helechos y recorrer un camino que lo atravesaba. Pasarían lo más rápido posible para evitar a los rapgarres, unos insectos, similares a las garrapatas, que se adherían a la piel, succionaban la sangre y se instalaban en el cuerpo como parásitos. «Al final, no somos tan distintos los unos de los otros. Lugares parecidos, vidas similares. Luchas de poder. Fauna y flora con su ciclo de vida.», pensó mientras se lo explicaban.

Después de atravesar el bosque, aparecieron en un claro plagado de arenas sucias y malolientes. Avanzaron durante un rato y después caminaron por otro sendero aún más siniestro donde el olor a azufre resultaba irrespirable. El paisaje se había oscurecido y hasta la hierba parecía negra y apenas sin vida, lo que provocó en Thery una sensación tétrica que la hizo estremecer. Según le contaron los chicos, quedaba poco para llegar a la Ciénaga de las Tristezas y, al atravesarla, llegarían a las lindes del reino de Abionzo por fin.

—En marcha —animó Xion—. Estamos en la recta final hacia Lao, la tierra de los dragones.

—Hablas como si fuera normal —resopló Thery—. ¡Unos dragones me quieren ayudar! Ni la mejor peli de ciencia ficción o fantasía podría mejorar esto.

—Te entiendo, pero has tenido mucha suerte —le dijo Luey.

—Desde luego —respondió con ironía.

—Venga, Thery. Vamos a continuar. Cuanto antes lleguemos, mejor —rezongó Maxt.

Thery reanudó la marcha sin ni siquiera mirarlo.

Un rato después, llegaron a la ciénaga, una superficie marrón que formaba un gigante espejo opaco del que se escapaban hilos de humo. Thery pensaba en el nombre tan peculiar que habían puesto mientras los chicos intentaban llegar a un acuerdo sobre cómo cruzarla.

Cuando Maxt se disponía a meter un pie dentro, escuchó unos pasos tras de sí y vio aparecer un monje con una catana. Thery chilló asustada y, de la impresión, casi se cayó dentro de las

aguas turbias. Enseguida Maxt la sujetó contra su pecho. Los dos se miraron durante unos segundos y la chica percibió una sensación de vacío en el estómago similar a la que había experimentado junto a él un par de noches antes.

—No debéis despertar a la bestia si os cruzáis con ella —les advirtió el ser místico y extraño con una entonación cantarina.

—¿Quién eres? —preguntó Maxt poniéndose delante de Thery en posición de combate para protegerla.

—No temáis. Mi nombre es Sleep. Soy un monje protector, tengo el poder de la invisibilidad y me envía Abionzo para escoltaros y libraros de todo mal. Xion y Luey, ya podéis volver. Habéis cumplido vuestra misión.

—¿Cómo sabemos que dices la verdad?—quiso saber Luey.

El monje se cuadró ante ellos e hizo el saludo de respeto. Tras esto sacó de su alforja una insignia de la facción divergente. Solo si formabas parte de ella o eras simpatizante la podías llevar, pues poseía la particularidad de aniquilar a los adversarios con el veneno del alma. Un potente hechizo que solo atacaba a las almas oscuras y no enemigas de la causa divergente.

—Sé que os manda Blantz y que debo llevar a estos dos jóvenes frente a Abionzo. No puedo pasar a tanta gente porque estas aguas son traicioneras y, sin la protección adecuada, te envuelven sin remedio.

Los hermanos decidieron acatar la orden y se despidieron. El monje les hizo el saludo de respeto al que ellos respondieron y luego se introdujo en el cenagal y, con un gesto, indicó a Maxt que lo siguieran. El guerrero agarró a Thery de la mano para ayudarla a bajar a la ciénaga. Cuando se introdujeron en las aguas lodosas y putrefactas, siguieron con dificultad el recorrido que el monje marcaba.

—Ahora entiendo lo de la tristeza —dijo Thery poniendo un gesto de asco y tapándose la boca y la nariz con la mano libre—. Voy a vomitar solo de pensar sobre lo que estoy caminando.

Sus pies se asentaban sobre diferentes alturas que la hacían tambalearse y, a veces, pisaba sobre montículos blandos que explotaban cuando pisaba sobre ellos. Aunque ir cogida de la mano de Maxt no le gustó al principio, ahora se sujetaba a ella con todas sus fuerzas y le aportaba seguridad, a pesar de que solo tenía ganas de llorar y separarse de él. Sus sentimientos encontrados la estaban volviendo majara y aquella situación no ayudaba.

Sleep no decía palabra. Solo hacía gestos raros con las manos todo el tiempo. Aunque Thery le pedía a Maxt en voz baja que le explicara qué estaba pasando, el guerrero parecía hipnotizado y andaba como un zombi.

—Pues sí que estamos bien —no pudo reprimir Thery.

Los dos se giraron y la miraron con mala cara.

—No eres consciente del peligro que corres —le imprecó el monje.

—Estoy harta de tanto peligro —abrió los ojos como platos con una mueca de asco.

En ese momento, pisó en falso y se quedó sumergida en aquella lava maloliente. Una fuerza potente succionaba sus pies de tal manera que no podía asomar la cabeza para respirar.

Maxt tiraba de ella, pero solo conseguía mantener el contacto para que no desapareciera en el

barro.

Así estuvieron unos segundos interminables, hasta que el hombrecillo se plantó delante de ellos y posó las palmas de sus manos sobre la superficie de la ciénaga. Al instante, Thery volvió a asomar la cabeza cubierta de barro.

—Sacadme de aquí —pudo articular entre lamentos.

El monje ignoró la petición y volvió a su posición en la fila para continuar el camino hacia el borde de aquella ciénaga.

Tampoco se inmutó cuando justo antes de salir Maxt comenzó a chillar diciendo que Thery era un dragón. Ella lo miró espantada, creyendo que se había vuelto loco. Aunque le pedía que se callara, Maxt no dejaba de gritar señalando la ciénaga.

Cuando la chica se fijó en la superficie y vio también el reflejo de un enorme dragón enfurecido, comenzó también a chillar despavorida.

El monje salió de la ciénaga con parsimonia y una vez en la orilla dijo:

—No entiendo por qué quiere Abionzo rescataros. Tenéis una actitud infantil.

Maxt fue con dificultad detrás del monje tirando de Thery para ayudarla a salir. Ambos se quedaron en la orilla, atónitos ante el persistente reflejo del dragón.

—Pero, ¿usted no lo ve? —preguntó señalando la ciénaga.

El monje se volvió y se quedó perplejo al comprobar que la verdadera naturaleza de Thery surgiera en la ciénaga y entonces fue consciente del verdadero motivo por el que debía protegerla.

—Ahora entiendo por qué te mandaron matarla y a mí protegerla —exclamó Sleep con aire pensativo—. Debemos ir cuanto antes a ver a Abionzo.

—¿Cómo sabes que me mandaron matarla?

—Sé muchas cosas.

Lo habían mandado a la Tierra para protegerla de Maxt. Él fue quien lo despistó en el parking cuando intentaba apretar el gatillo. Después, se mezcló en la misión del pub y le hirió para asegurarse que no le hacía daño. Abionzo le había encargado acabar la misión, así que lo vigiló hasta llegar a casa de Thery donde no pudo cumplir su objetivo por la herida y la llegada de Flinner y Dobres. Como era sensitivo, se dio cuenta de que Maxt ya no iba a matarla, volvió. Abionzo se enfureció cuando se enteró de que no había completado la misión y lo obligó a protegerlos hasta que la chica estuviera ante él, explicó con gesto adusto. Entonces volvió a la tierra y se convirtió en la sombra invisible de ambos. Viendo como ella le cuidaba y ambos regresaban a Halkibie esperando su momento de actuar

Thery se detuvo y se llevó las manos a la cabeza en un gesto desesperado. La situación empezaba a sobrepasarla. Le dolía todo el cuerpo del esfuerzo que había realizado para avanzar entre el lodo y sentía que su piel cambiaba de textura y color. La historia parecía complicarse cada vez más y temía no poder volver a su vida normal. Si al menos estuviera Jon cerca...

Maxt se paró a su lado y le pasó un brazo por el hombro para animarla a caminar.

—No se te ocurra tocarme, estoy muy harta de ti —le reprochó en un momento de ofuscamiento.

—Silencio —ordenó el monje—. Corremos peligro, sin rechistar.
Thery, resignada, emprendió la marcha.

Jon se acercaba por un camino angosto hasta el templo. Cansado del viaje, presagiaba que algo sucedía al ver a los miembros del Concejo nerviosos.

Los distinguió entre la gente, arremolinados junto a Hankli. Se desconcertarían cuando no vieran al candil potente que les habían prometido.

Y ahí estaba él, haciendo de guerrero protector sin protegida.

Antes habían llegado otros grupos por diferentes caminos para despistar al enemigo y la gente echaba en falta a bastantes soldados. Siempre había bajas en cada ceremonia del Orelum, pero esta vez había muchas más, según iba oyendo a su paso por los corrillos formados por la gente. Los terracnores solían poner trampas en los bosques o azuzaban a las bestias del camino para que no cumplieran su objetivo.

Lo primero que llamó la atención de Jon nada más atisbar el templo fue su aspecto. Parecía una casucha con dos edificios adosados a los lados, alejado del aspecto solemne que él había dibujado en su imaginación. No entendía cómo los de Bie veneraban aquel paraje. Unos metros antes del edificio, se distribuían los brujos y los ancianos en dos hileras. Hankli, se situaba en el centro, apoyado en una vara de metro y medio que terminaba en un círculo con piedras engarzadas, junto al general Blantz y su mujer.

Comenzaron a sonar gongs y Hankli inició el ritual, acompañado por rezos arcanos de los brujos, nada más ver al grupo. Eran plegarias planas que iban contestando el resto de los asistentes a cada pausa. Blantz con discreción tocó el brazo a Hankli y le hizo una señal para que escrutara al grupo. Después el general miró a Dobres con gesto interrogativo.

Hizo una señal a los brujos y a Hankli para que detuvieran el ritual y se acercó al soldado. Ante las explicaciones de que no habían podido atravesar el puente y que ellos traían consigo el Orelum, los miembros del comité intercambiaron miradas con preocupación.

—Seguro que Thery y Maxt vendrán de camino —los tranquilizó Flinner—. Habrán ido hasta el otro puente. Maxt es muy profesional y sabe todos los atajos para llegar hasta aquí.

—¿Por qué no los esperasteis? —quiso saber Hankli tamborileando los dedos sobre la vara—. Lo lógico era ir hasta el otro puente para esperarlos y venir juntos.

—Entonces hubiéramos puesto el Orelum en peligro —aseguró Flinner haciendo un gesto con la cabeza al grupo—. Estoy convencido de que llegarán de un momento a otro.

—Entiendo —dijo el alcalde—. Imagino que no tardarán. Pospondremos la ceremonia.

—Id a descansar —les pidió Blantz—. Hemos dispuesto una habitación para vosotros con avituallamiento.

Esperaron unos minutos a que el equipo se marchara dentro y Hankli comenzó a pasear en círculos con la mano en la barbilla. El general con una fingida pose daba soluciones aleatorias. Necesitaba ganar tiempo para poder hablar con Dobres. En ese momento su mujer intervino.

Creía conveniente salir en busca de Thery porque sin ella estaban perdidos, afirmó.

Todos secundaron su idea y antes de marcharse, el general Blantz colocó el Orelum en un atril, lo ajustaron y comprobaron que estuviese intacto. Luego Hankli se encargó de meterlo en una urna de cristal decorada con runas que se encontraba dentro del templo.

—Debemos encontrarlos —comentó el alcalde—. Me temo que hayan podido ser interceptados por los terractnores o, algo peor, por Abionzo —dijo mientras pensaba en Coudet.

—Tranquilo, amigo —mintió Blantz—. Estarán al llegar, confío en Maxt.

Hankli recordó que debían completar el ciclo antes de la luna nueva de media noche. El día del Orelum se acababa. Si no daban con ellos pronto, el trabajo de los últimos tiempos no serviría de nada y más que nunca estarían expuestos a los deseos de Lao y Terracnor.

Blantz instó al alcalde a custodiar el Orelum mientras él se reunía Dobres y su grupo para organizar la búsqueda de Thery.

—De acuerdo —aceptó Hankli—, pero si no la encontramos, usaremos al resto a falta de candil, como teníamos planeado antes de que llegara tu nieta. Tal vez libremos con eso.



Cuando Blantz entró en la estancia reservada para los miembros del Concejo, notó a los reclutados nerviosos. Se encontraban en la sala solos con Flinner y Dobres. El resto de soldados estaban en el templo.

Organizaron la expedición para buscar a Thery y Blantz se lo comunicó al alcalde Hankli aceptó a condición de que dejaran a los reclutados terrestres encerrados. No podían perderlos bajo ningún concepto.

Blantz asintió, pero consiguió sacarlos sin que nadie de las altas esferas se enterara. Un grupo numeroso de guardias, en su gran mayoría del séquito de Hankli, pertrechados con todo tipo de armas y ropa de asalto, se instalaron en la habitación. Triplicaban en número a los reclutados; el capitán de ese pelotón les explicó a voz en grito que quedaban custodiados y vigilados en todo momento sin poder salir de aquella estancia hasta nueva orden.

Mientras el capitán hablaba, estos se intercambiaban la ropa con un grupo de guerreros. Tras esto salieron, cerraron la puerta con llave, se la entregaron a Hankli y la expedición partió con el general Blantz y su mujer a la cabeza. El plan urdido por el general llevaba meses gestándose en la sombra. Si su nieta o cualquier inocente era llevado para el sacrificio, la sublevación sería inminente.

Hankli satisfecho se fue con los demás miembros del Concejo. Salieron por una puerta trasera del templo escoltados hasta medio camino por unos guerreros del séquito de Hankli. Al llegar a un claro los guerreros se despidieron quedando divididos en dos grupos. Uno fue hacia el templo y el otro se quedarían para seguir el marcate.

Lo que no sabían los miembros del Concejo, era que estos formaban parte de la resistencia de Bie y estaban con el general. Se trataba del séquito de los divergentes, integrados en las filas como agentes dobles. Entre los guerreros fuertemente armados estaban Jon y el resto que no comprendían nada, pero acataban las órdenes.

Como el general tenía a casi todo el ejército de Bie con él. Solo esperaban el momento de la rebelión.

Cuando el general consideró que estaban bastante alejados del templo de Tristtan, detuvo la marcha y les explicó el verdadero motivo de la expedición. Todos aprovecharon para quitarse las máscaras de protección que el séquito llevaba siempre y atendieron con cara de extrañeza ante tanta parafernalia. El general por fin habló.

No era una opción que Thery volviera al Templo, concluyó después de referirles las artimañas del Concejo. Todas las miradas fueron a parar a los guerreros reclutadores por considerarlos responsables. Flinner intentó explicarse, pero antes de que lo hiciera, Jon se abalanzó sobre él y Dobres lo detuvo antes de que lo agrediera.

—Lo sabías, sabías que nos matarían y, aun así, nos trajiste hasta aquí —masculló Jon con los dientes apretados—. ¡Traidor!

—Jon, estáis a salvo —intentó tranquilizarlo el general—. Hice un pacto con Abionzo para

detener esta situación, salvar la vida de mi nieta y del resto de candiles. Ahora voy a salvaros a vosotros también.

El general les explicó quién era Abionzo y la misión que ocupaban los dragones en Halkibie, aunque Jon tenía saturado el pensamiento con la traición de Flinner sobre quien volvió a abalanzarse. Esta vez fueron sus compañeros quienes lo detuvieron mientras el soldado se mantenía impasible y le sostenía la mirada.

—Al principio estaba de acuerdo con todo —dijo cuando estuvieron todos más tranquilos—. Era nuestra costumbre, pero luego me di cuenta de que no podía participar en algo así y no dejé de pensar en cómo podíamos revertir la situación.

—¡Revertir! ¡Revertir! —exclamó Jon furibundo encarándose con él de nuevo.

—¡Basta! —gritó el general—. Ya aclararéis la situación más tarde. Ahora tenéis que elegir en qué bando estáis: o peleáis con el Concejo o contra él.

—¿Tú qué crees? —soltó Jon zafándose de sus compañeros y atravesando con la mirada a Flinner y Dobres.

—Maxt la habrá llevado ya a Abionzo —aseguró Dobres—. Confiemos en él. Tampoco es el mismo que cuando empezó la misión. Yo era el encargado de llevarla hasta allí y Maxt me relegó de hacerlo. A la vista está de que ha seguido el consejo que le di antes de volar el puente. De todos modos, el general contaba con un plan B, siempre hay algo que puede salir mal. Este es el plan B. ¿Cuál es el siguiente paso?

—¿Lo volaste tú? —preguntó Jon abriendo los ojos.

—Silencio —ordenó el general—. El siguiente paso es atravesar la ciénaga y llegar al reino de Abionzo. —Y refiriéndose a sus soldados, remató—: Todo aquel que se quiera unir puede acompañarnos. Quien no, que se vaya ahora mismo.

Todos los presentes permanecieron inmóviles esperando las órdenes del general. Este soltó un suspiro de alivio al ver las caras de seguridad en todos los presentes.

29

Tras un par de horas andando por senderos yermos, vieron a lo lejos una edificación. Thery ya no podía más y se sentó sobre una enorme piedra a descansar. Según el monje, en breve llegarían al castillo de Abionzo y Maxt le ofreció su mano para ayudarla a levantar, aunque ella lo rechazó. Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, la embargaba una sensación de pena por rechazarlo, pero, por otro, no podía olvidar lo que había estado a punto de hacerle y se resistía a confiar en él.

Reanudaron la marcha y, al rato, el monje señaló con el brazo extendido al frente. En lo alto de un montículo, resaltaba un inmenso castillo rodeado de una muralla a los pies de la cual un séquito de monjes soldados esperaba en fila mirando al frente.

Cuando se acercaron a la muralla, uno de los hombres se adelantó y preguntó en tono amenazador:

—¿Adónde vais?

—Venimos a ver a...—comenzó a decir Maxt.

—Soy Sleept —interrumpió el monje—. Abionzo me espera —dijo mirando al hombre—. Vengo a cumplir la misión que me ha encomendado y es de vital importancia que nos reunamos con él.

El hombre miró al cielo, hizo una señal agitando la mano derecha y un dragón verde oliva voló hasta la torre principal. Thery no emitió palabra y se quedó mirando ensimismada al dragón volando.

—Un dragón...

—Sí —la miró Maxt—. Estamos en Lao, el reino de los dragones.

—Todo depende de Abionzo —dijo Sleept.

Al poco el enorme dragón se posó delante de todos.

—Pueden pasar —dijo el monje adelantándose—. Al llegar a la torre, solo pasará ella. —Señaló a la chica que continuaba encogida tras el guerrero—. Abionzo la verá en primer lugar. Tiene que cerciorarse de que es ella.

—De ninguna man...

—Shhh, calla, insolente —dijo Sleept a Maxt—. Es ella la que importa y los dos lo sabemos. Calma tus impulsos. No tenemos muchas opciones.

Maxt, aparentando serenidad, comenzó a andar y notó cómo Thery se aferraba a su ropa. Se giró para tenderle la mano y la chica lo miró con el horror reflejado en el rostro.

Thery observó boquiabierta al dragón que sobrevolaba el cielo en círculos fijando sus ojos rojo intenso en ella. Maxt tiró de su brazo, pero ella no se inmutó. Rodeó su cintura con suavidad y después de susurrarle al oído «Tranquila, todo saldrá bien», consiguió que se pusiera en marcha, sin quitar ojo del dragón.

Se mantuvieron en silencio por aquel camino largo y empinado. Solo se escuchaban sus resuellos y las pisadas al golpear aquel suelo pedregoso.

De vez en cuando Maxt y Thery se miraban, pero no intercambiaron una sola palabra.

Llegaron a la puerta principal y un monje se apartó para darle prioridad a la chica.

—Thery —la nombró solemne el monje—. Abionzo te espera. Nosotros entraremos cuando hayáis hablado.

Maxt, se acercó a ella y le agarró la cara con ambas manos sin decir nada. Thery permaneció en silencio y le abrazó fuerte.

—Entra, te está esperando —intervino el monje.

El monje empujó la puerta cuyos goznes rechinaron al abrirse y, en cuanto la chica la cruzó, se cerró de golpe.

Nada más atravesar el umbral, Thery empezó a brillar de manera cegadora. Su reflejo se proyectaba en las losetas del suelo, su pelo rubio había tornado a carmesí. Lo iluminaba todo a cada paso y el anillo comenzó a palpar. Lo miró angustiada por la presión que ejercía en el dedo y de inmediato los aros engarzados se hicieron añicos. Dio un respingo y se quedó observando las manos que empezaban a cubrirse de escamas. Levantó la vista con espanto y vio que al fondo del patio una potente luz iluminaba una estancia. Se acercó y atravesó el umbral entrecerrando los ojos por la claridad. Cuando su vista se adaptó un poco al resplandor, lo vio. La luz provenía de un enorme dragón que parecía sonreírle, situado en medio de un salón abovedado rodeado por puertas. A pesar del miedo, le resultó un lugar mágico, como sacado de un cuento de hadas.

—Tú debes de ser Thery —dijo por fin moviendo la cabeza—. Yo soy Abionzo. Bienvenida a mi reino —marcó aún más la sonrisa—. No tengas miedo, no te haré daño. Estás aquí para protegerte. Acércate.

Ella miraba al dragón con incredulidad al tiempo que escuchaba los latidos de su pecho como aldabas golpeando con fiereza una puerta.

—Veo que aún no eres consciente de lo que ocurre.

—No entiendo nada —acertó a decir—. ¿Qué...? ¿Qué hago aquí? ¿Por qué brillo así? Se trata de algún truco de ilusionismo, ¿no?

—Es mucha información para digerir de repente, Thery —la tranquilizó sin mucho éxito—. Ya estás aquí y eso es lo importante.

—Necesito saber. ¿Qué es todo esto? —rugió molesta con un sonido que la asustó—. ¿Por qué hablo así? —rugió de nuevo.

—Tu madre pertenecía a este planeta y, aunque tú naciste en la Tierra, eres de los nuestros.

—Lo sé. Descubrí una carta escrita por mis padres y, aunque desconcertada, quise comprobar por mí misma que era cierto todo aquello.

Thery se desplomó en el suelo con los ojos vidriosos, agotada. Por fin verbalizaba su plan. Aceptaba su nueva realidad, lo cierto es que ya lo hizo en el momento en el que decidió seguir a Maxt.

Abionzo, sonriendo, acercó a ella su cabeza y con su respiración la ayudó a recuperarse. Thery comenzó a reaccionar y al ver al dragón tan cerca, extendió la mano para tocarlo. Él no se movió.

Al tacto, su piel era suave y resistente como el cuero y, conforme la tocaba, ella iba apaciguando su ánimo y notaba la energía que fluía entre ambos. Su piel le recordaba a la de un cocodrilo, siguió acariciando, el miedo iba dejando paso a la paz en su interior. Desde que sus padres habían muerto, no había compartido ese nivel de afecto e intimidad con nadie. Era una sensación similar a la que había tenido cuando tocó a Arenal, pero esta aún era más intensa. Sentía paz en su interior y ya no le parecía extraño estar junto a una criatura de tan magna dimensión que ella creía un ser fantástico.

Se recolocó en el suelo, mirándole de frente, a la espera de que el dragón se comunicara con ella. Percibía una conexión absoluta con él, tanto que sus dudas y miedos habían desaparecido por completo cuando él comenzó a transmitirle información sobre sus orígenes.

Su madre, Nansa, pertenecía al reino de los dragones. Conoció a Asón, hijo del general Blantz, habitante de Bie, tras la última guerra abierta en la que él, en lugar de matarla, curó sus heridas. La escondió durante meses dentro de una cueva oculta en las montañas. Los dragones no participaban y aquella lucha la pilló fuera de su tierra.

—Ojalá hubieran tenido tiempo de contarme todo eso. Estoy segura de que aquellos cuentos de mi infancia contenían retazos de su historia.

—Cuando Nansa recobró las fuerzas, se debatió entre quedarse con Asón o regresar con su pueblo y lo eligió a él. El amor es tan poderoso que supera cualquier barrera, querida —continuó el Dragón.

—Imagino la cara de sorpresa de los abuelos al descubrir que mi madre era un candil y pertenecía a Lao.

—Tu abuelo era un férreo defensor de las costumbres bienses, exigió al joven Asón que se deshiciera de ella por temor a poner en peligro a su familia y su pueblo. Él se negó y se enfrentó a su padre, pero al entender que su mujer era un candil muy potente y no podría mantenerla escondida, decidieron huir de Halkibie e instalarse en la Tierra. La decisión llegó tarde porque el Concejo ya había preparado una ceremonia con Nansa como protagonista.

—¡Madre mía! ¡Qué miedo debieron de pasar! —Thery se estremeció pensando en ellos y lo que debieron de sentir.

—Asón juró que no lo consentiría y, como el Concejo no aceptó sus súplicas, preparó la huida a la Tierra, ayudado por los contactos que tenía allí. Blantz organizó la estrategia la noche antes de la ceremonia del Vulrum. Prefería tener a su hijo lejos antes de verle muerto. Mientras, en el Templo de Tristtanás, se desarrollaba una reunión especial del Concejo previo a la ceremonia.

—Lógico, al fin y al cabo era su hijo. De todos modos, menudas costumbres las de aquí, ¿no?

Thery ensimismada con el relato advirtió la cálida mirada de Abionzo sobre ella, contar aquella amarga verdad a pesar del tiempo transcurrido no la hacía menos pesada y era consciente de ello.

—En la reunión mantenida por el Concejo, el hijo de Coudet, ajeno al plan de Blantz y Asón, se negó en redondo a que acabaran con la vida de Nansa. Se había enamorado de la novia de su amigo y no estaba dispuesto a sacrificarla. En el duro enfrentamiento que mantuvo con su madre, demostró que él también era un candil.

—¡Dios mío! Ahora entiendo la inquina de esa mujer —susurró Thery con una mueca de

dolor.

—Por ello, cuando el Concejo fue consciente de la huida de Asón y Nansa, sacrificaron al hijo de Coudet para perpetuar la existencia de Bie con la energía de su corazón.

—Esa mujer murió aquel día, en lugar de cambiar las leyes para evitar derramar sangre, optó por la venganza.

—Así es. Tras el sacrificio, nada volvió a ser lo mismo. Coudet emprendió un maquiavélico plan para vengarse de Blantz y aún no estaba satisfecha, a pesar de ser la responsable de la muerte de tus padres, Thery. También quería completar su venganza, acabando contigo, pero estás a salvo en Lao—. Le aseguró Abionzo con la carga de la culpabilidad reflejada en sus ojos.

—Lo sé, me siento a salvo aquí contigo.

Para cuando Abionzo se enteró de lo sucedido en Bie, había pasado mucho tiempo y aniquilar a toda una especie por venganza no era una opción. Solo se dedicó a seguir su instinto y buscarla sin descanso.

A la pregunta de por qué él no fue a buscarla sin rodeos, el dragón respondió que debía llegar a Lao por sus propios medios, con ayuda, pero recorriendo el camino de manera voluntaria. Era una condición indispensable para su evolución.

Ella podía salvar su vida si se quedaba en la tierra de los dragones. Los terractnores se habían hartado de tanta guerra y estaban de su parte. Por eso, ayudaban a Blantz que parecía el único del Concejo con ganas de acabar con las muertes injustificadas de inocentes.

Abionzo concluyó su explicación diciendo que ella tenía la capacidad de convertirse en dragón o seguir siendo humana, gracias a sus poderes.

Thery intentaba interiorizar aquella historia al tiempo que sentía una enorme paz al entender muchas de las dudas que la habían aturrido hasta el momento. Ahora, sabía por qué soñaba con dragones.

30

El final del día del Orelum fue terrible para los de Bie que se quedaron en el templo. Coudet apareció exhausta después de buscar a Thery por todas partes. Explicó que habían tenido algunos problemas para avanzar en el camino, sin especificar cuáles, y cuando el alcalde le contó lo que había pasado con el candil, fue imposible parar su furia.

—¿Cómo que la chica no ha llegado aquí?! ¡No puede ser! —increpaba descontrolada con su vara en alto—. ¡Inútiles!

Sus anhelos de encontrarlos se habían esfumado con la rapidez de un suspiro.

Mandó a su séquito a buscarlos de nuevo, en tanto que Hankli y el resto del Concejo, acongojados, no eran capaces de reaccionar ante la ira de Coudet.

—Si no aparecen pronto, todo, todo por lo que hemos luchado durante años será en vano. ¿De dónde conseguiremos la energía? —Los miraba con ojos desorbitados—. ¡Se acabará nuestro poder!

Cuando apenas quedaban unos minutos de luz, volvieron los soldados de Coudet con las manos vacías y, sin contemplaciones, los mandó de vuelta al bosque para seguir buscando.

La desesperación y la tristeza se apoderó de todos y aquella resultó ser la noche más larga jamás vivida para los miembros de Bie.

Al dar las doce de la noche, todos permanecieron cabizbajos, sin intercambiar palabra. El día del Orelum había tocado a su fin y no habían podido recargar su energía. Lo que sucediera a partir de ese momento era un misterio. Estarían expuestos a lo que sus enemigos quisieran hacer con ellos. Aun así, confiaban en Blantz. Sabían que volvería tarde o temprano y tal vez el Orelum reviviera si traían al candil que tanto brillaba.

Jamás se habían enfrentado a una situación similar. Nunca se habían sentido tan vulnerables. Temían que no tuvieran piedad con ellos, porque ellos no la habían tenido antes. Abatidos, esperaban que en cualquier momento se lanzaran sobre Bie la ira y la rabia contenida de Terractnor, que podrían aniquilarlos cuando se lo propusieran.

Cuando amaneció, todos siguieron esperando, mientras la cólera de Coudet aumentaba. Maldecía a cada instante y ya no escondía que debía haber matado con sus propias manos a la nieta de Blantz.

El general y su ejército tras huir del templo de Tristitanas llevaban un día andando. Paraban de vez en cuando para descansar en aquel paisaje tan cambiante y el silencio era la tónica a lo largo del todo el camino. Todos tenían demasiado que perder en aquella aventura.

Cuando llegaron a la ciénaga de las Tristezas, Flinner rompió el silencio del grupo. Quería exponer su plan para solucionar el problema. No era necesario realizar ningún sacrificio humano para traspasar su potencial de energía al Orelum. La energía que irradiaba Thery era tan poderosa que podía hacerlo sin morir.

Blantz de inmediato lo interrumpió. Estaba de acuerdo con el joven, pero su propuesta no sería aceptada por el Concejo de Bie. Arenal manifestó sus dudas con respecto a la teoría de Flinner, a pesar de que deseaba proteger a su nieta. El Concejo no escucharía la propuesta y Coudet, mucho menos, solo deseaba destruir a su familia.

El general era consciente de aquel punto de no retorno en Bie. Habían elegido bando y se habían puesto del lado de su nieta. Deberían luchar contra los suyos y, solo de imaginarlo, sintió una fuerte opresión en el pecho. Era un hombre íntegro que siempre había defendido los intereses de su pueblo, pero no quiso proteger a su hijo y a su nuera y ahora no podía hacer lo mismo con su nieta.

Resignado, dio la orden para que comenzaran a atravesar la ciénaga. Dobres encabezaría la fila y Flinner la cerraría. Les advirtió de que avanzaran en hilera, agarrados a la prenda del compañero que tuvieran delante para evitar ser engullidos por las alteraciones del terreno pantanoso.

Jon, Deba y el resto de compañeros de Thery acataron la orden poco convencidos de lo que hacían. Con una mano se aferraban a quien tuvieran delante y con la otra se tapaban la boca y la nariz para protegerse del olor fétido que emanaba de la ciénaga. Jon no podía apartar a Thery de su pensamiento. Deseaba regresar a casa y que lo dejaran vivir en paz. Era evidente que allí estaban en constante peligro. Dio una arcada al notar como el fango se removía al avanzar.

Por fin, Dobres alcanzó el borde de la ciénaga y ayudó al general a salir. Después tendió la mano a Jon y fueron ayudándose unos y otros hasta que Flinner estuvo fuera. Se tomaron unos minutos para respirar y disminuyeron las arcadas que les producía el olor nauseabundo de los restos de barro putrefacto pegado a sus cuerpos.

Avanzaron molestos por sentir las ropas cubiertas del barro maloliente y, después de una larga caminata, llegaron exhaustos hasta el séquito de monjes que custodiaban la fortaleza de Abionzo.

De nuevo, el monje principal se adelantó para recibirlos y tras intercambiar un saludo con Blantz, el general preguntó si Thery estaba con Abionzo. La respuesta afirmativa lo tranquilizó, pero una sombra de tristeza nubló su pensamiento, al ser consciente de que ahora ya nada dependía de él.

Las rachas de aire frío se sucedían y el silbido del viento resultaba poco tranquilizador mientras recorrían el camino pedregoso hacia el castillo.

Al llegar a la muralla se encontraron con Sleapt y Maxt que se acercó a Dobres, y ambos tras unos segundos de miradas cruzadas, se fundieron en un abrazo.

Después, el capitán buscó a Jon, que estaba consolando a Deba y se retiraron para hablar en un aparte. Maxt le habló de la extraña relación de sus padres porque su padre pasaba mucho tiempo fuera de casa y la relación entre ellos era casi nula. Quizá su madre sospechó alguna vez de que tuviera otra familia, pero a él nunca le dijo nada.

Jon escuchaba al tiempo que establecía similitudes con su propia vida. Tampoco su padre había pasado mucho tiempo en casa, y, la única diferencia con el padre de Maxt, era que el suyo había sido comercial... o eso les hizo creer.

El general se acercó a Maxt y, después de disculparse por la interrupción, le preguntó:

—¿Se ha transformado ya? ¿Sabe ya que es...?

—No —intervino el monje que se acercaba al grupo con paso lento—. Imagino que le estará explicando todo.

—¿Explicando qué? —quiso saber Jon.

—Su historia —respondió Blantz—. Debe ser Thery quien os cuente la verdad sobre su pasado, bueno, de sus ancestros.

Al cabo de un rato que se les hizo eterno, se abrieron las puertas y Thery salió seguida del dragón negro. Su forma de mirar era diferente y, en su semblante, algo intimidaba.

Thery se abalanzó sobre sus abuelos, que, por fin, pudieron abrazarla. Con los ojos llenos de lágrimas, le prometieron que lucharían con ella por revertir la situación.

Ya no podían seguir siendo miembros destacados de Bie, les pidió Thery segura de sí misma. Debían organizarse para combatir contra ellos, tal y como hacían los terractnores.

Blantz la escuchaba atento y en su interior sentía incertidumbre por el nuevo papel que iban a adoptar, aunque sabía que era el camino correcto. Sin tiempo que perder, Blantz entró a hablar con Abionzo para agradecerle su apoyo y ponerse al servicio de la estrategia que tuviera el viejo dragón.

Mientras tanto, Thery corrió a abrazar a sus amigos a quienes a esas alturas suponía informados de todo. La energía que emanaba de sus cuerpos estaba bastante mermada por la ciénaga de las Tristezas. Ahora podía notar cualquier cambio de energía a su alrededor y la que desprendía Jon le preocupaba en especial.

—Siento todo lo que estáis pasando, pero al menos nos hemos salvado de una muerte segura —se disculpó después de saludarlos.

—Imagino —respondió Deba que tenía el cabello fosilizado por el barro—. Si eres tan poderosa como dicen, podrías mandarnos de vuelta a la Tierra.

—Tranquila, todos nos iremos pronto.

—¿Tú también? —preguntó Jon.

—Eso espero. Estoy convencida de que debo ayudarles a pesar de sentirme un poco insegura todavía —respondió Thery—. No todos los días descubres que eres un dragón. Estoy intentando

asimilarlo. No sé qué tengo que hacer ahora, pero lucharé para que los de Bie no se salgan con la suya. Debemos detener al Concejo y a Coudet para evitar que se derrame más sangre inocente. No os preocupéis. Confiad en mí.

Se quedaron petrificados y no solo por el barro que cubría sus cuerpos. Su fortaleza le dejó perplejos. Desconocían aquella faceta de la muchacha.

Thery se alejó del grupo sabiendo que la confianza era un valor caro de merecer y que ellos tardarían en asimilar que ella era un dragón. Estaba convencida de que sus amigos estarían a salvo junto a ella, aunque no tenía muy claro cómo conseguirlo.

Entró de nuevo en el castillo, esta vez para reunirse con sus abuelos y Abionzo. Quería estar al tanto de cada detalle de la estrategia a seguir. El dragón trazaba un plan que permitiera atacar el templo, destruir el Orelum y neutralizar al Concejo.

Les contó que los dragones estaban dispuestos a luchar para terminar con la guerra de una vez y que, al tener a Thery, ahora podrían conseguirlo. Aclaró que los genes de la hija de Nansa habían sufrido alguna mutación desconocida, quizá por todo el tiempo que había pasado en la Tierra. Su poder era superior incluso al suyo propio y debían aprovecharlo. Descendiente de estirpes de varias tierras en un mundo y nacida en otro mundo.

—Deberíamos devolver a los humanos de la Tierra a su mundo y prepararnos para la lucha —propuso Blantz—. Lo más acertado es devolverlos a su lugar de origen, así que lo prepararemos.

—Sí, será lo mejor. Me encargaré de prepararlo todo —concluyó Abionzo.



Cuando salieron de la reunión, Jon se acercó a Thery, le acarició la espalda con ternura y ella lo miró con complicidad. La chica se dio cuenta de que Maxt estaba observándolos y cambió el gesto de la cara de inmediato. Aunque le había costado reconocerlo, a Thery le importaba más de lo que podía imaginar.

Blantz comunicó a todos la estrategia a seguir. Un comité de monjes acompañaría a los reclutados hasta Bie y desde allí los devolverían a la Tierra donde Luis se encargaría de ellos.

—El mundo al revés, eso es este sitio—concluyó Thery cuando se abrazó a Jon para despedirse.

—Yo no voy —afirmó Jon—me quedo. Soy parte de esto. Quiero descubrir mis orígenes y conocer un poco mejor a mi hermano.

—¡Jon! —exclamó con rabia Deba.

El joven se apartó con ella unos metros y le explicó que necesitaba quedarse allí.

—Cuando todo esto acabe te buscaré y hablaremos —la besó y luego se abrazaron mientras ella miraba con inquina a Thery—. Te lo prometo.

Jon esperaba a Thery a las puertas del castillo a que terminara su entrenamiento con Abionzo para poder pasar unos minutos con ella. Habían transcurrido varias semanas desde que comenzaran sus respectivos entrenamientos. Notaba la brisa fresca del atardecer y el olor a petricor.

Thery salió de su clase con Abionzo. En su cabeza rondaban las palabras que Maxt le había dedicado unos días antes: «Se sentía responsable por todo lo sucedido».

Thery se mostraba esquiva con todos, excepto con sus abuelos. Estaba muerta de miedo. Notaba a Maxt aún más pendiente de ella que nunca, preocupado por cómo encajaría los cambios que había experimentado en los últimos días, tal y como le había confesado el guerrero. Sus abuelos tampoco se separaban de ella ni un momento y en sus rostros, aunque no lo confesaran, la chica percibía su inquietud. Todos, menos Abionzo y los suyos vivieron esos días de preparación con el alma en un puño, sin saber muy bien qué iba a ser de ellos.

Vio a Jon deambulando de un sitio a otro, con aire pensativo. En los últimos días se mostraba también nervioso. En una conversación que había mantenido con la chica se mostró incrédulo por el giro tan grande que habían dado sus vidas en tan poco tiempo. El sueño que tenía de niño de ser un guerrero por fin se cumplía. Se tomaba muy en serio la misión de salvar Halkibie. Por primera vez en mucho tiempo —le confesó—, se sentía parte de algo. Debía aprender a defenderse y a atacar. No le resultaba sencillo dominar aquellas extrañas armas en unos pocos días.

Gracias al general Blantz, Jon también aprendía estrategias de ataque en la batalla. Arenal, les impartía clases sobre venenos, ungüentos y le enseñaba cómo curarse en caso de ataque. Pero la experiencia que más le sorprendió fue la de aprender a cabalgar a lomos de un dragón. Como su héroe, Bastian, en *La historia interminable*.

Aún recordaba la carcajada de Maxt al ver su cara de sorpresa y miedo la primera vez que se subió a uno. Tardó un rato en poder cerrar la boca y no hacía más que dar vueltas intentando articular alguna palabra. Cuando por fin pudo decir algo, lo único que le salió fue un ¿en serio?, apenas susurrado.

Aquel momento fue decisivo para darse cuenta de que estaba justo donde deseaba a pesar de la gravedad de la situación.

La razón era que se había encariñado de Maxt. Disfrutaba de su compañía, de conocerlo y comprobar que se parecían bastante más de lo esperado. Hablaban de su padre y de sus respectivos pasados. Su hermano le enseñaba el arte de la guerra. No era cuestión de brutalidad y golpes, sino de actuar de manera racional. Su máxima era «No es más efectivo el que más golpea sino el que golpea mejor». Evolucionaba por momentos, gracias al profesor tan paciente y entregado que tenía.

Como contrapartida, Jon le hablaba de Thery. Maxt no se cansaba de que le contara anécdotas y cómo era aquella mujer tan extraña que, aunque no quisiera reconocerlo, acaparaba su pensamiento. Jon constató en estos ratos compartidos que Maxt estaba enamorado de ella. Solo era necesario fijarse en la cara que ponía cuando escuchaba su nombre.

Esto motivó que Jon reflexionara sobre lo que sentía por su amiga. Siempre la había considerado especial, un tanto huraña, pero de gran corazón y siempre lo había ayudado. No podía negar que antes e incluso en ese momento sentía una cierta atracción hacia ella, aunque no era capaz de definir en qué sentido ni el alcance de ese sentimiento. A ratos la sentía como una hermana, a ratos como una amiga y en otros, como algo más. Nunca imaginó que estarían tan unidos por el destino y estaba claro que siempre habían compartido un vínculo basado en el respeto y la estima mutua, una química diferente a la que tenían con el resto de los compañeros.

Por eso, no le gustaba que, en esos momentos difíciles, Thery estuviera tan aislada. Sentía que estaba haciendo lo de siempre, escabullirse de todos. Necesitaba hablar con ella y decirle que, en parte, se había quedado por ella y que estaba dispuesto a ayudarla en lo que fuera necesario.

Apenas coincidían en todo el día. Los turnos de entrenamiento eran exigentes y cada uno llevaba un ritmo diferente. Abionzo no se despegaba de ella ni un momento y resultaba casi inaccesible. El proceso para transformarse en dragón absorbía casi todo su tiempo. Sin embargo, Thery era la única persona con la que podía hablar con sinceridad, así que decidió esperar a que acabara el entrenamiento al caer la tarde.

Cuando Thery terminó, lo saludó a Jon con intención de pasar de largo, pero el chico la siguió dispuesto a hablar con ella.

—¿Cómo te ha ido el día? —Le puso la mano en el hombro para que se detuviera—. Espero que no te moleste que te haya esperado.

—Disculpa —dijo un tanto decaída—. Estoy muy nerviosa.

—¿Por qué? —La abrazó con ternura—. ¿El dragoncito ese te ha puesto a prueba otra vez?

—Lo de dragoncito es más propio de mí que de ti. —Sonrió ella apretándose contra Jon en busca de protección—. Mañana es un día decisivo.

—Estarás a la altura de las circunstancias, ya verás. —Levantó su barbilla buscando una mirada de complicidad—. Total, el fuego ya lo lanzas a las siete de la mañana, así que imagínate transformada en dragón.

—Qué bobo eres. —Se rio por fin sin dejar de abrazarlo—. Tengo miedo por si algo sale mal —respondió Thery ruborizada. Aún sentía ese vínculo tan extraño con Jon que no sabía definir con claridad.

—Todo saldrá bien. No te apures.

—Eh, pareja —oyeron decir a Maxt que se acercaba con el gesto contraído.

—¿Sabes que le tienes loquito? —susurró a la vez que recibía de la chica una palmada en el hombro.

—¿Qué os pasa? —preguntó Maxt cuando estuvo a la altura de ambos. Acto seguido cogió aire y giró sobre sus pies—. Thery, tu abuelo quiere vernos en la sala de reuniones. Os espero allí, no quiero interrumpir.

—Ya voy —dijo ella mientras daba un último abrazo a Jon y Maxt miraba de reojo—. Imagino que es para dejarlo todo listo.

—Todo va a salir bien, Thery. —La tranquilizó Maxt girándose por inercia como si lo que acabara de presenciar no le hubiera quemado las entrañas.

—Yo me marcho —intervino Jon—. Tengo que hablar con el general antes de la reunión —concluyó con un guiño dirigido a Thery.

Lo observaron alejarse durante unos instantes. Maxt sentía que debía estar más cerca de ella. Desde que habían llegado al castillo, apenas habían intercambiado palabra y la echaba de menos. Nunca había visto a nadie transformarse en dragón y que fuera Thery la primera lo tenía muy nervioso. Decidió que debía hacer gala de su valentía como guerrero y apoyarla. Así que en cuanto se quedaron solos se envalentonó y la abrazó. Para su sorpresa, Thery se arrebujó contra su cuerpo y lo rodeó. Sintió de nuevo que la energía fluía entre ellos, esta vez amplificada. Recordó el abrazo que había presenciado hacía unos segundos e intentó separarse unos metros de ella.

—Va a salir todo bien, te lo prometo. —Tomó su cara con ambas manos, le apetecía besarla, apretarla contra él y no dejar de sentir esa energía. Lo hubiera hecho sin pensarlo de no haberla visto con Jon, debía respetar lo que fuera que tuvieran—. No temas. Has nacido para transformarte. Ahora tienes las herramientas necesarias para hacerlo con seguridad. Todo saldrá bien.

—Eso espero. —Suspiró ella observando cómo los ojos del muchacho se posaban en sus labios y ella hizo lo propio—. Maxt, quiero a Jon, pero no estoy enamorada de él. Es mi amigo y ese es un vínculo irrompible. La complicidad que tenemos es muy especial, pero tú eres... tú...

Él tragó saliva, movió los pies de un lado a otro y jugueteó con las manos sin saber muy bien donde ponerlas. Notó como le subía el calor del pecho hasta incendiarle la cara. Vio como a ella también se le encendían las mejillas y su mirada revoloteaba en sus ojos y en sus labios sin posarse en ninguno. Las manos de Thery se deslizaron por sus brazos, suaves dedos de seda que fueron surcando cada poro de su piel hasta llegar a sus manos y se engarzaron a las suyas.

—Te quiero a ti. No sé cómo ni de qué manera será lo nuestro, pero no tengas celos de tu hermano. Porque a quien deseo es a ti, tontito. Tengo miedo, pero...

—Shhh...

Maxt volvió a mirarla a los ojos, mantuvo los labios en esa posición de silencio ya sin sonido, atrayendo la mirada de Thery como hipnotizada hacia él. Entonces sucedió lo que llevaban imaginando desde hacía tiempo. Se besaron con la ternura y la ansiedad que genera saberse correspondido.

El general reunió a todos en el templo y expuso los puntos acordados con Abionzo. Todos estuvieron de acuerdo con la manera de proceder.

Xion y Luey debían hablar con el resto de terractnores y vigilar los pasos del Concejo que se encontraba en el templo. Era muy importante que aún siguieran allí a la espera de una solución. Blantz les había mandado un mensaje al templo, diciendo que Thery había sufrido una caída severa. No podía moverse y debían impedir que perdiera ni un ápice de energía. En breve estarían allí y podrían llevar a cabo la ceremonia.

Por otro lado, un equipo de soldados había salido hacia Terractnor para convencerlos de que se reunieran con el general y los guerreros en los alrededores del Templo en la fecha marcada. Los terractnores les ayudarían a destruir el Orelum.

Mientras, en Lao, ultimaban los detalles de la expedición y los guerreros terminaban su formación sobre los dragones. Habían aprendido a volar sobre ellos y también a evitar posibles ataques y a defenderse. Estaban expectantes ante la transformación de Thery y después todo estaría listo para seguir el plan trazado.

Tras la reunión, el general y su esposa Arenal se quedaron rezagados para hablar con su nieta. En esos días se habían conocido un poco más. Thery había conseguido que sus abuelos sonrieran de nuevo. Durante largas noches, a pesar del cansancio y el sueño, hablaban de sus padres, de cómo se conocieron y de su convivencia. De lo inquieto que él era de crío y lo poco que se parecían en eso. Rieron a carcajadas cuando ella les contó anécdotas de su niñez y adolescencia. Sus padres siempre habían sido sobreprotectores y ahora entendía por qué.

—No te preocupes. —la abrazó su abuela—. Todo va a salir bien. Confía en ti. Nosotros ya lo hacemos. Estoy segura de que tus padres si estuvieran aquí, te dirían lo mismo.

—Además, tienes un gran maestro. Con Abionzo el éxito está asegurado —le dijo sonriendo Blantz—. Doy fe de ello.

—Estoy segura. ¿Sabéis por qué? Por algo que sucedió cuando tenía casi diecisiete años, un año antes de su accidente. Estos días lo he recordado y ahora entiendo sus reacciones. Iba a celebrar con mis compañeros de clase una fiesta de disfraces y me empeñé en ir de dragón. Mis padres estaban tan contentos de que hubiera elegido aquel disfraz que no lo pude entender hasta ahora. Siento que mi naturaleza ya pugnaba por salir y, después de todo lo que ha ocurrido, lo tengo claro.



A la mañana siguiente, Thery, hecha un manojo de nervios, fue hasta la colina donde Abionzo la esperaba. Abajo se habían congregado monjes y dragones, Jon, Maxt y sus abuelos, que no paraban de hacerle señas para que estuviera tranquila.

—¿Nervios? —preguntó Abionzo con su voz cavernosa—. Todo saldrá bien.

—Claro, lo hemos hablado un montón de veces —soltó de carrerilla—. Yo me acerco al borde, respiro hondo y muto a dragón. Sencillo, como la vida misma —le contestó, aunque estaba un poco harta de que todo el mundo la tirara por precipicios.

—Confía en ti —sonrió Abionzo—. Coge todo el aire que seas capaz de mantener durante unos instantes y suéltalo antes de lanzarte.

—Me tiemblan las piernas, Abionzo —susurró—. No sé si podré.

—Ya verás como sí —respondió él mientras le hacía una señal al dragón verde oliva que les sobrevolaba en círculos—. Deja de hablar y vamos a ensayar las respiraciones que aprendiste para este momento.

—De acuerdo —dijo pendiente de todos los que la observaban.

—Mantén el aire —le pidió con voz suave mientras ella asentía.

En ese momento, Abionzo le dio un golpecito en la espalda que la catapultó al vacío.

El dragón verde oliva enfiló el vuelo hacia ella por si algo salía mal. Jon y Maxt gritaron al unísono su nombre y sus abuelos apretaban los dientes viendo a su nieta caer.

Los segundos parecían eternos para todos menos para Thery que cada vez veía más cerca el suelo. Algo en su interior cobró vida y empezó a notar como una fuerza salida de la nada le daba la energía suficiente para alzar el vuelo. Sentía cómo la energía recorría su cuerpo y una presión en la espalda y dos alas surgieron de su cuerpo. Sintió un dolor desgarrador, pero sus músculos se habían llenado de fuerza en un instante. Su cuerpo empezó a mutar y por instinto alzó el vuelo.

—¡Aaaaah! —gritó incrédula y emocionada—. Creí que me estamparía contra el suelo.

Continuó volando un poco errática al principio. Veía cómo el dragón verde volaba cerca de ella custodiándola. Hizo un par de piruetas confiada y corrigió su dirección un par de veces.

—Tranquila, lo estás haciendo muy bien —la tranquilizó Aonzo que había llegado hasta su posición—. Vamos, te enseñaré estas tierras mientras prácticas.

Surcaron los cielos contemplando el atardecer anaranjado, los valles y montañas, el templo en todo su esplendor rodeado por la muralla. Vieron la ciénaga de las tristezas, aunque oscuro y yermo no parecía tan terrible desde el aire. Los dragones la custodiaban formando una uve, pero no tardaron mucho tiempo en cruzarse con otros dragones y piasas que sobrevolaban la zona.

A lo lejos divisaron los parajes áridos de Bie en contraste con los de Terracnor que permanecían verdes y frondosos.

El vuelo de iniciación acabó al llegar la noche. Mientras se mantenía en el aire, se sentía más a gusto que nunca en su vida. Le surgieron muchas preguntas que hasta ese momento no habían

tenido cabida. Así que cuando al final de la jornada, ya en tierra firme, Thery pasó a probar sus dotes con el fuego, buscó el momento oportuno para saciar, aunque fuera un poco su curiosidad.

—¡Guaaaaau! —exclamó cuando lanzó las primeras llamas—. Abionzo, una pregunta.

—Dime —sonrió el dragón—. ¿Qué te preocupa?

—Cuando me vuelva a transformar en humana... ¿Mi ropa se ha roto? En fin, no sé...

—¿Eso es lo que te preocupa? —rio el dragón—. Tu cuerpo estará cubierto de una fina capa de escamas del color de tu piel que te protegerán de las agresiones externas y miradas curiosas. No creo que vuelvas a vestirte. Seguro que preferirás seguir siendo dragón. Tiene muchas más ventajas. De todos modos, tendrás tiempo para elegir.

Thery se asustó. No había pensado en la posibilidad de ser un dragón rojo para el resto de su vida. ¿Qué pasaría con Maxt? En los días que llevaban en el reino, lo había perdonado y le hubiera gustado saber en qué se había convertido su relación. Ahora todo eso era complicado. ¿Cómo iba a querer ser el compañero de una dragona? ¿Querría? Imaginaba que sí, el beso lo confirmaba. Recordó a sus padres, si ellos habían tenido un futuro, puede que ella también. El dragón llevaba un buen rato riéndose de sus ocurrencias y no quería estrenar su nueva condición siendo el pasto de todas las bromas. Preguntarle si había muchas parejas como sus padres no era una opción. Ya lo resolvería al día siguiente.

Hankli estaba muy nervioso. Llevaban ya demasiados días sin recibir ninguna señal de Blantz, más allá de aquel mensaje para que esperaran, pero nadie había vuelto y muchos se habían marchado hartos de esperar un milagro. El resto comenzaba a pensar que era mejor volver a casa y prepararse para sobrellevar lo que les viniera.

Dada la situación, el alcalde reunió a los miembros que quedaban del Concejo, Coudet incluida, para ir preparando la partida. Mientras estaban discutiendo si debían llevarse o guardar allí el Orelum, oyeron los gritos de los vigías.

Corrieron fuera del templo a ver qué sucedía. Sus caras eran un fiel reflejo de que se encontraban en un punto sin retorno. Una hilera infinita de dragones, capitaneados por Abionzo, cubría el cielo en dirección al templo. A medida que se acercaban, pudieron ver que cada dragón llevaba a un soldado encima. Y aún más cerca, descubrieron que Blantz y Arenal también iban a lomos de aquellas bestias.

Ante tal magnitud de fuerzas, los miembros del Concejo corrieron a refugiarse en el templo. Ni siquiera Coudet tuvo los arrestos de quedarse fuera.

Abionzo tomó tierra mientras su séquito de dragones realizaba las labores de aproximación.

La voz cavernosa del dragón resonó potente:

—Salid —bufó—. Miembros del Concejo, venimos en son de paz. No queremos diezmar vuestra población ni hacer daño a nadie. Solo queremos hablar. Ya ha corrido mucha sangre y es hora de acabar con todo esto.

Tardaron unos minutos en recibir respuesta. Fue Hankli quien se asomó a la puerta con su báculo para mostrarse ante Abionzo.

—¿Qué proponéis, Alteza? —preguntó el alcalde—. ¿Nuestra rendición? De sobra sabéis que el Orelum no posee la magia de tiempo atrás.

—Así es —convino el dragón—. Lo único que ambos teníamos en común lo llevo aquí a mi lado. Te presento a la nueva Thery. —Señaló a la chica que aterrizó junto a él.

Hankli miró al dragón rojo y ahogó un grito. Comprendió entonces con estupor que no solo habían perdido esa batalla, sino también la guerra iniciada antaño.

—Os damos de plazo hasta mediodía para deponer las armas y entregarnos el Orelum o arrasaremos con todo —amenazó Abionzo.

—Eso jamás —gritó Coudet—. Es nuestro y la única fuente de energía que nos queda —dijo con suficiencia.

—Sin mí no tenéis nada, Coudet —intervino Thery—. Ya ves que te he ganado.

—General, ¿qué está pasando aquí? —preguntó a Blantz que tomó tierra al lado de Thery.

—Quién te habla es mi nieta, mucho más que un candil al que sacrificar. Tu momento de mandar y ser obedecida ya pasó. Entiendo que te cueste, pero debes aceptarlo.

Coudet lo miró con ira e hizo amago de atacar.

Abionzo se aproximó a ella con calma. No era rival para él. Cuando estuvo lo suficientemente cerca de ella sonrió triunfal.

—Sabes que, si destruyes el Orelum podremos fabricar otro, ¿verdad? —preguntó la anciana abatida—. Forjaremos uno nuevo en solo seis lunas llenas.

—Lo sé —respondió él—, pero también sabemos que para que eso suceda necesitarás huesos de diez candiles y sangre pulverizada de sus corazones. Y, querida Coudet, los candiles no nacen de los árboles.

Varios dragones aterrizaron y los guerreros que los dirigían se apearon de ellos.

El general Blantz, se bajó del dragón y caminó hacia Coudet y Hankli.

—Se acabó, Coudet —dijo con la mano en su hombro—. Voy a por el Orelum.

—¡No! —gritó la anciana girándose hacia él e hiriéndole en un costado—. No permitiré que destruyas lo que tanto esfuerzo y sacrificio nos ha costado mantener.

Thery lanzó una gran bola de fuego que calcinó a Coudet en segundos. Se transformó en humana y se acercó para socorrer a su abuelo entre lágrimas. No se percató del aspecto rojizo y escamado que había adoptado su piel.

Maxt se acercó corriendo. Se agachó junto a Thery y la obligó a mirarle.

—Thery, ¿recuerdas los días en que estuve en tu casa? —preguntó mientras ella lloraba sin consuelo—. ¿Recuerdas cuando me curabas y las veces que pasabas tus dedos por mis heridas?

Thery realizó una profunda inspiración para tranquilizarse. El corazón latía con fuerza, en otro momento el anillo habría cambiado de color apretando su dedo. Por fin, entendió el significado de aquella manera de sentirse cuando aún lo llevaba. Se secó las lágrimas e impuso sus manos en la herida de su abuelo. En unos segundos la herida empezó a mejorar su aspecto.

—Poned al general a salvo —ordenó Abionzo a unos soldados—. Tranquila, se recuperará con varias imposiciones más. Y vosotros —se dirigió a Maxt—, sacad el Orelum del templo.

—Solo queda destruirlo —exclamó Thery.

—Cuidado, jovencita —dijo Abionzo—. Me temo que no es tan sencillo.

—¿Cómo? —se sorprendió.

—El Orelum aún posee mucha energía en su interior. Ten mucho cuidado. Que los bienses no sean capaces de percibirlo y utilizarlo hasta que se acaba, no significa que no exista.

Maxt salió del templo con el amuleto, custodiado por varios soldados. Se lo entregó a Thery quien se volvió a transformar y emprendió el último viaje que el Orelum realizaría.

Después de otear el horizonte, pensó que el mejor sitio para deshacerse de aquella pieza tan perturbadora era la Ciénaga de las Tristezas. Allí reposarían los restos del objeto que tanto dolor y sufrimiento había provocado. Levantó aún más el vuelo para calcular la dirección que debía tomar y, cuando vio el puente caído, emprendió la marcha entre las nubes, siguiendo el camino que días atrás había recorrido en muy distintas condiciones. Por su mente pasaron imágenes de los hermanos terractnores, el encuentro con Abionzo y la impresión de conocer sus orígenes. En las últimas semanas, su vida se había transformado tanto y al mismo tiempo de forma tan orgánica que aquí, volando sobre estos bosques, se sentía en casa.

Un planeta tan diferente y, al mismo tiempo, tan simétrico y tan parecido en el fondo. No sabía elegir entre los dos mundos, aunque su aspecto ya había elegido por ella.

Sonrió recordando cómo había dado comienzo aquella historia: soplabas unas velas para apagarlas en sueños y ahora soplabas al Orelum para destruirlo.

El olor desagradable que desprendía la laguna la devolvió a la realidad y se preparó para aterrizar. Entre aquel paisaje tan pardo, no iba a desentonar que ella hiciera más ceniza. Descendió con total precaución, a pesar de la dificultad debida a su nueva envergadura.

Una vez en el suelo, colocó el Orelum para que el impulso del fuego lo trasladara hasta aquel pantano. Se separó a una distancia prudencial, con cuidado de no engancharse con algunos árboles.

Una vez en la posición que ella entendió correcta, ensayó un par de veces cómo sacar el fuego de su interior. Abionzo era un gran maestro, pero ahora debía ponerlo en práctica sola. Había sido muy diferente con Coudet. El fuego había salido sin proponérselo, por un puro instinto de supervivencia. Thery se había quedado exhausta y muy sorprendida, y aún le escocían los labios. Con el Orelum, no se trataba de un arrebato. Aquella era una joya que arrastraba un pasado de sangre y destrucción por la pérdida de tantas almas inocentes, incluidas las de sus padres.

El fuego volvió a gestarse en su interior. Fue rápido. Una poderosa llamarada, que se reflejó en aquellas aguas ponzoñosas, redujo el Orelum a cenizas que se mezclaron con el lodo hasta perderse en las profundidades. Por fin eran libres y ella un dragón.

Un futuro incierto se abría ante ella. Sonrió. Empezó el vuelo de nuevo surcando los cielos de Halkibie. Se sentía en casa, su lugar era aquel.

EL BESTIARIO DE HALKIBIE

Displouds:



- Hábitat: Camino entre Bie y los Valles de Nosa, Templo de Tristtanas, Senda hacia La Ciénaga de las Tristezas Infinitas.
- Fisiología: Mamíferos de gran tamaño con piel camaleónica. Carecen de visión, pero tienen un olfato muy desarrollado y son capaces de percibir el movimiento de sus presas.
- Alimentación: Son animales carnívoros que se alimentan principalmente de los deinbans.
- Comportamiento: Son animales muy agresivos y territoriales. Cazan en manada.

Deinbans:



- Hábitat: Camino entre Bie y los Valles de Nosa, Templo de Tristtanas, Senda hacia La Ciénaga de las Tristezas Infinitas.
- Fisiología: Mamíferos de gran tamaño, similares a un elefante de la Tierra.
- Alimentación: Herbívoros, se alimentan principalmente de las hojas de los árboles y sus frutos.
- Comportamiento: Se desplazan entre sus hábitats en manadas y huyen cuando son atacados por carnívoros.

Cillos:



- Hábitat: Puente de Asón.
- Fisiología: Son mamíferos terrestres con garras y dientes afilados, capaces de percibir el movimiento.
- Alimentación: Son animales carnívoros que se alimentan de animales y personas incautas que atraviesan el Puente de Asón.
- Comportamiento: Cuando identifican a sus presas en el puente, utilizan unos gritos ensordecedores para desequilibrarlas y hacer que caigan del puente.

Rigos:



- Hábitat: Alrededores del Puente de Asón.
- Fisiología: Marsupiales capaces de escupir un veneno paralizante tremendamente poderoso.
- Alimentación: Son animales carnívoros.
- Comportamiento: Habitan entre la maleza que se acumula en los bordes del río y cerca del Puente de Asón, desde donde atacan a sus víctimas. Son animales muy ruidosos.

Rapgarres:



- Hábitat: Bosque de Helechos.
- Fisiología: Son similares a las garrapatas de nuestro mundo, pero de un tamaño mucho mayor.
- Alimentación: Se alimentan fundamentalmente de sangre.
- Comportamiento: Se esconden entre la vegetación, esperando a algún animal al que adherirse.

Liebanders:



- Hábitat: Sobrevuelan el Puente de Asón.
- Fisiología: Son criaturas voladoras con grandes garras capaces de aferrar a una presa del tamaño de una persona.
- Alimentación: Son animales carnívoros y carroñeros que se alimentan tanto de presas frescas como de los restos y víctimas de otros depredadores.
- Comportamiento: Sobrevuelan en grandes grupos el Puente de Asón, atentos a los chillidos y ruidos de otros depredadores, a los que les roban el botín de su caza.

Agradecimientos

Gracias a todos los que habéis hecho posible que vuelva a tejer mis sueños y recordarme que la perseverancia, la confianza y el afrontar el miedo son una constante en la vida.

A Aitor y Manu, los dos hombres de mi vida. Pase lo que pase en el futuro, siempre, siempre os llevaré en mi corazón.

A Tortxu, mi sufridor Beta.

A Cris, Crissister, nos unió el vínculo de la sangre, pero más aún, las ganas de seguir adelante compartiendo las batallas de la vida. Gracias por demostrarme de qué pasta estamos hechas las aguilillas.

A Gema, Carol, Mimi, Ana, David, Fernando (mi bonitez), Jon H.Q. (una de mis almas gemelas), a mi Carlos que me mima desde el cielo. A Jon, uno de mis supuestos cinco musos, fuiste la primera persona en ponerme las pilas para que sacara brillo a esta novela. Gracias, una y mil veces más a todos/as por apoyar este proyecto.

A Katia, Nuria, y Susana por creer en mí desde la primera novela.

A Bea Peidró, por acompañarme y sacarme una sonrisa cuando estaba muy «emo», cuando no era capaz de ver la luz que había en mí. Me he encontrado en el camino a una gran persona, profesional, compañera y amiga.

A Mayte Velilla, por darme las llaves de la librería mágica de los sueños. Por ser de todo, profesora, correctora, compañera y amiga.

A Yolanda Barambio, por el editing con el que aprendí un montón.

A mis lectores beta, Raúl, Mayte, Manu, David, Jon, Ana, Juanjo, Mimi, Ghost reader.

Vuestra ayuda ha sido imprescindible para corregir errores y ver la evolución de la novela.

A mis niños, no os nombro sabéis quienes sois. Unos por darme alas, otros por regalarme sonrisas.

Y, por supuesto, no puedo dejar de nombrar a una mujer: «Que después de haberme dicho que los dragones no existían, me condujo a su guarida». (Esta frase la utilizo para expresar de una tacada lo que hiciste por mí, pero es de la novela *Alguien voló sobre el nido del cuco*.) Ana González Duque y MOLPE editorial.

Gracias, gracias, gracias por entrar en mi vida como un huracán y darme el aire que me empezaba a faltar (ahora sé por dónde debo seguir).

A Íñigo Miranda, @ahate_arte, por sus ilustraciones de las criaturas y las ideas de portadas aquella tarde de Navidad. Los primeros bocetos y los del lanzamiento.

A Eva @lluvia_de_ acquarelas, por la ilustración de portada. Diste con la esencia de lo que buscaba.

A Txema @txemarobles por el booktrailer. Me encanta como has plasmado la idea.

A Raúl Alcantarilla, por su trabajo de maquetación y cubierta, pero también por ser amigo y compañero. Por sus consejos y sacudir a la impostora que llevo dentro.

A Sara Ávila @shanaide, de Ártifex Ediciones, por diseñar el mapa de Halkibie con tanto

esmero.

Y a Tártalo: Semana de lo fantástico en las artes, por acogerme con tanto cariño y por todo lo que he aprendido formando parte del evento.

No me quiero dejar en el camino a mis compis del PEP3 (curso de Molpe: Programa del escritor profesional) que han compartido este viaje al centro de la escritura de ficción y no ficción. Juntos nos hemos apoyado y ayudado aportando nuestro granito de arena para crear mundos llenos de historias que contar.

Gracias por siempre. No quiero echaros de menos, quiero seguir a vuestro lado aunque nuestros caminos se bifurquen. Un besazo.

A ti de nuevo, lectora o lector, por elegir mis historias.

Como siempre, espero que disfrutes tanto como yo lo hice al escribirlo.

Un besazo y hasta pronto.

Gracias por elegirme. ¿Me guardas un secreto?

Quiero darte las gracias por darme la oportunidad de entretenerte y, quizás, sacarte una sonrisa de vez en cuando en este ratito para ti.

Sin ti, *El destino del Orelum*, ni los demás títulos habrían sido lo mismo.

Me encantaría leer tu reseña en Amazon, Goodreads o en redes sociales (etiquétame para que te lea). Para mí, resultaría muy importante tu opinión y también ayudaría a otros/as lectores/as, a la hora de elegirme como lectura.

Te quiero pedir un último favor: no desvelas el final, así lograremos juntos/as sorprender al resto. Shhh... Será nuestro secreto.

Gracias por todo. Espero seguir sorprendiéndote con nuevas historias.

Recuerda que me puedes encontrar en mi web, correo, newsletter y mis redes sociales para cualquier sugerencia o consulta. Estaré encantada de leerte y comenzar de la mano una nueva aventura.

Newsletter. Si te suscribes a ella encontrarás mis novedades, nos tomaremos un café de mañanita los jueves y te encontrarás un regalito de bienvenida: un reto de escritura de un mes para que puedas sacar un ratito para escribir cada día, al que puedes acceder a través del enlace o del código QR que te dejo a continuación:

<https://raquelvalencia.com/reto-de-escritura/>

Newsletter o Nomiletter



Sobre la autora



Un ratito conmigo



www.raquelvalencia.com



*info@raquelvalencia.com
Reto de escritura*



[@raquelvalencia](https://www.youtube.com/@raquelvalencia)



[Un ratito para ti, entre libros](#)



[Un ratito para ti, entre libros](#)

Mis redes sociales



Página : Raquel Valencia



*@_raquelvalencia_*



@info.raquelvalencia



@raquelvalencia



*_raquelvalencia_*

Índice

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)

[El bestiario de Halkibie](#)

[Displouds:](#)

[Deinbans:](#)

[Cillos:](#)

[Rigos:](#)

[Rapgarres:](#)

[Liebanders:](#)

[Agradecimientos](#)

[Gracias por elegirme. ¿Me guardas un secreto?](#)

[Un ratito conmigo](#)

[Mis redes sociales](#)